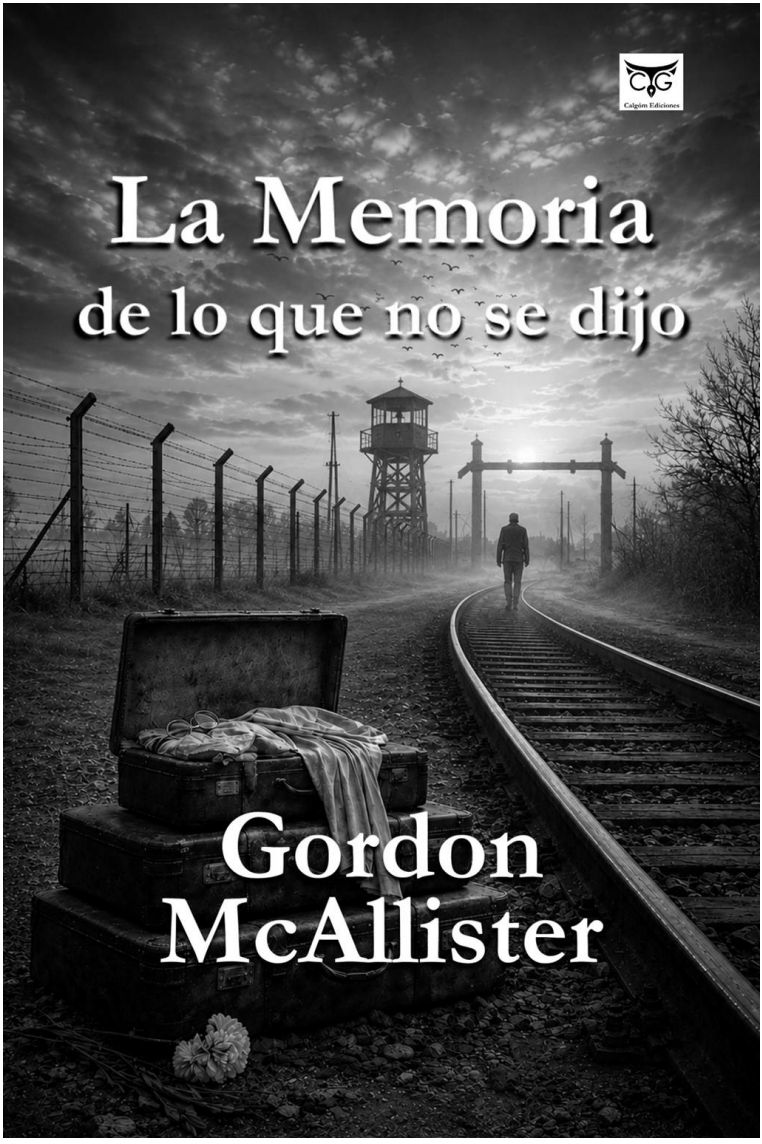

Calgüm Ediciones
La Memoria
de lo que no se dijo
Gordon
McAllister

# La Memoria
## de lo que no se dijo

Una historia de silencio, exilio
y redención

Gordon McAllister

Título: La Memoria de lo que no se dijo
ISBN: 9798173229021 - Amazon
Subtítulo: Una historia de silencio, exilio y redención.
Copyright Todos los derechos pertenecen a
Carlos Alberto Gómez Acuña
Calgom532002@yahoo.com
Edición: Nueva edición: Amazon.com 2026
Calgóm Ediciones 2026



Título Original: El recuerdo de los años perdidos.

Todos los derechos reservados Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.
All Rights Reserved It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author.

Nota del Autor:

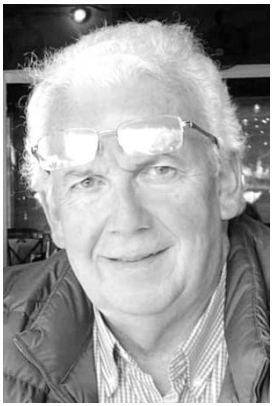
La presente obra es una novela de ficción inspirada en la historia de los llamados «Niños de Rusia» y en las experiencias de españoles que vivieron en la Unión Soviética durante aquellos años, algunos de los cuales estuvieron vinculados al sistema de campos de trabajo soviéticos en Karaganda, en la entonces República Socialista Soviética de Kazajistán.

Aunque la obra incorpora acontecimientos, lugares, personajes y referencias históricas reales, su propósito es esencialmente literario. Para la construcción de la trama, el autor se ha permitido introducir personajes ficticios, modificar determinadas circunstancias y cronologías, recrear diálogos y situaciones, y tomar otras libertades propias de la novela histórica.

Por tanto, los acontecimientos narrados no deben interpretarse como una reconstrucción documental exacta de los hechos, sino como una obra de ficción inspirada en un contexto histórico real.

Gordon McAllister

Gordon McAllister



De profesión administrador de empresas, con especialización en marketing.

Durante más de 40 años se desempeñó en el mundo empresarial, ocupando diversos cargos de gestión gerencial.

A partir de 2007 inició su incursión en el mundo de las letras.

Realizó un curso de Escritura Creativa, Cuento, Relato y Crónica Literaria en la Pontificia Universidad Javeriana. Asimismo, cursó Novela I en la Escuela de Escritores de España y asistió a diversos talleres de escritura creativa en la Casa de Arte y Armonía.

En esta etapa de su vida ha incursionado en distintos géneros literarios, como la novela histórica, el cuento, el ensayo y la poesía.

En dos oportunidades obtuvo el primer lugar en el Concurso de Cuento Ramón de Zubiría de Uniandinos, en las versiones 2018 y 2020.
Actualmente cuenta con varias novelas publicadas, tanto en formato digital como impreso.

Índice


| | | |
|---|---|---|
| Prefacio | | |
| Capítulo 1 | La noticia en primera página | 1 |
| Capítulo 2 | Un disidente ruso en prisión | 9 |
| Capítulo 3 | Recuerdos del exilio | 17 |
| Capítulo 4 | La Guerra Civil Española | 25 |
| Capítulo 5 | La transición entre guerras | 29 |
| Capítulo 6 | Rusia en tiempos de guerra | 37 |
| Capítulo 7 | Condenados al Gulag | 47 |
| Capítulo 8 | Las minas de uranio | 55 |
| Capítulo 9 | La experiencia de María | 59 |
| Capítulo 10 | Un sobrino extraviado | 67 |
| Capítulo 11 | La historia de Carmen Urquiza | 71 |
| Capítulo 12 | ¡Oh libertad! | 85 |
| Capítulo 13 | Sesenta y un años antes | 95 |
| Capítulo 14 | Penurias que no acaban | 103 |
| Capítulo 15 | La historia de Benjamín (1) Recuerdos | 109 |
| Capítulo 16 | La historia de Benjamín (2) Soñando con mejores horizontes | 117 |
| Capítulo 17 | La historia de Benjamín (3) Nueva York | 123 |
| Capítulo 18 | La historia de Benjamín (4) New Hampshire | 129 |
| Capítulo 19 | La historia de Benjamín (5) De New Hampshire a Tampa | 139 |
| Capítulo 20 | La historia de Flavio Ayerbe (1) Años después | 147 |
| Capítulo 21 | La historia de Flavio Ayerbe (2) El paquete | 153 |

| | | |
|---|---|---|
| Capítulo 22 | La historia de Flavio Ayerbe (3) La vida caribeña | 163 |
| Capítulo 23 | La historia de Flavio Ayerbe (4) El amor y la revolución | 173 |
| Capítulo 24 | La historia de Flavio Ayerbe (5) Antes de la revolución | 185 |
| Capítulo 25 | La historia de Flavio Ayerbe (6) La revolución y el abuso | 193 |
| Capítulo 26 | La historia de Flavio Ayerbe (7) El regreso | 203 |
| Capitulo 27 | La historia de Leandro Acuña (1) Recuerdos del exilio y el retorno | 219 |
| Capítulo 28 | La historia de Leandro Acuña (2) Años de confusión | 227 |
| Capítulo 29 | La historia de Leandro Acuña (3) Estudio y tragedia | 235 |
| Capítulo 30 | La historia de Leandro Acuña (4) Religión, Espiritualidad y pragmatismo | 249 |
| Capítulo 31 | La historia de Leandro Acuña (5) El hombre sabio | 255 |
| Capítulo 32 | La historia de Leandro Acuña (6) El cambio de Leandro | 269 |
| Capítulo 33 | Un brindis por los compañeros idos | 275 |
| Epílogo | | 283 |


— O —

# Prefacio

No todo queda dicho cuando se cuenta una historia.

Algunas experiencias pueden reconstruirse a partir de fechas, documentos, fotografías y testimonios. Podemos saber cuándo comenzó una guerra, cuándo partió un barco, cuántos hombres fueron enviados a un campo de trabajos forzados o en qué momento recuperaron la libertad.

Pero hay otra parte de la historia que difícilmente aparece en los archivos. Es la que permanece en quienes sobrevivieron.

*La memoria de lo que no se dijo* nace precisamente de esa inquietud. No pretende ser un documento histórico ni reconstruir de manera literal la vida de personas determinadas. Es una novela de ficción desarrollada sobre el trasfondo de acontecimientos que marcaron profundamente el siglo XX: la Guerra Civil Española, el exilio de miles de niños, la Unión Soviética de Stalin, la Segunda Guerra Mundial y el universo de los campos de trabajo del sistema Gulag.

En medio de ese escenario aparecen Benjamín, Flavio y Leandro.

Tres muchachos separados de España cuando apenas comenzaban a comprender el mundo y obligados demasiado pronto a enfrentarse con circunstancias que ningún niño debería conocer. La historia los llevará por caminos que jamás

imaginaron y dejará en ellos marcas que continuarán acompañándolos mucho después de recuperar la libertad. Porque sobrevivir no significa necesariamente haber dejado atrás aquello a lo que se sobrevivió. Con los años llegarán otros países, otras ciudades, nuevos amores, familias, trabajos, proyectos, éxitos y fracasos. Llegará también la vejez. La vida continuará, como siempre lo hace.

Pero la memoria permanecerá.

Y quizá sea precisamente allí donde comienza la verdadera historia de esta novela: no solamente en aquello que estos hombres padecieron, sino en lo que hicieron con sus vidas después de haberlo padecido.

Estas páginas hablan del dolor, pero no solamente del dolor. Hablan también de amistad, amor, humor, deseo, fracaso, esperanza, contradicciones y de esa extraordinaria capacidad humana para reconstruir una existencia cuando parecía que todo había terminado. También hablan del silencio.

Del silencio de quienes no pudieron contar. Del de quienes prefirieron olvidar. Y del de aquellos que recordaron durante toda una vida algo que jamás se atrevieron a decir.

Porque la memoria no siempre conserva únicamente lo ocurrido. A veces conserva también lo que nunca fue dicho.

Gordon McAllister

# Capítulo 1
## Noticia en primera página

Comienzos del año 2015
Barcelona, España

—¿El Señor Benjamín Azcárraga?
—¿Sí?…
—Le subí el diario, estaba abajo en la portería, y como venía subiendo, se lo traje.
—Ah, muchas gracias.

Eran las 5:15 de la mañana. Fui a la cocina, me serví un café y regresé a mi sillón de siempre. Dejé la taza sobre la mesita auxiliar de mármol y comencé a leer las noticias del día.

Pasé a la primera página y leí dos veces uno de los titulares. Luego, un poco más abajo, vi la noticia.

Sentí un leve temblor en el ojo derecho. Apenas un espasmo, casi imperceptible, pero suficiente para darme cuenta. La respiración se me aceleró sin que pudiera evitarlo. Intenté controlarla en vano.

Sentí un vacío en la boca del estómago, algo que hacía muchos años no experimentaba.

La noticia me cayó como un golpe seco, reabriendo algo que el tiempo solo había aprendido a ocultar.

Volví a leer, como si dudara de lo que acababa de ver, y sí, ahí estaba, en primera página.

Me quedé inmóvil frente al artículo. Los ojos fijos en el papel. Un ligero mareo acompañaba el momento. Las imágenes comenzaban a regresar, a pesar de que habían pasado muchos años.

Para cualquier desprevenido, a simple vista parecía una nota menor: un encuentro diplomático en la República de Kazajistán, acuerdos comerciales, inversiones en recursos energéticos y minería.

Pudiera decirse que no era nada que me concerniera. Nada que debiera afectarme.

Pensé que debía calmarme. Aquello había ocurrido hacía muchísimo tiempo. No podía ser que estuviera enfrentando de nuevo algo que creía haber enterrado con los años.

Luego una pausa. Quería tomar algo de distancia.

Separé las pepas del día y con un sorbo largo las pasé. Luego otro sorbo para asegurarme de que ya no estuvieran en la garganta.

Antes de continuar leyendo, fui a la cocina, me serví otra taza de café. Tomé un sorbo y dejé la taza sobre la mesa. Luego me acerqué a la ventana que daba al muelle. Los cargueros fondeados esperaban su turno para atracar. Los observé sin verlos realmente, mi mente estaba a kilómetros de distancia.

Algo se había desplazado en mi interior.

Continué leyendo.

El verdadero peso de la noticia estaba al final.

Durante el acto protocolario, el presidente de Kazajistán había entregado como obsequio dos volúmenes encuadernados en cuero azul. En su interior reposaban las fichas personales de ciudadanos españoles que, entre 1939 y 1954, habían sido privados de su libertad y enviados a los gulags de la antigua República Socialista Soviética de Kazajistán.

A raíz de aquel gesto, ambos gobiernos habían acordado organizar una ceremonia oficial en honor a los fallecidos y a los sobrevivientes. Los invitados viajarían a Astaná, con todos los gastos cubiertos.

Yo figuraba entre ellos, junto a dos viejos compañeros de infortunio: Leandro Acuña y Flavio Ayerbe.

Poco después, había aceptado la invitación, ellos igual.

Hasta entonces me consideraba un hombre pragmático, poco dado a aspavientos emocionales. Siempre había mantenido el control, salvo en aquellas noches en que el pasado regresaba en forma de pesadilla. Pero desde hacía años —creía— ya no pensaba en eso.

En mi cuarto, me senté junto a una pintura mía: un atardecer nublado. El gris del cielo, la luz

extinguiéndose, el horizonte impreciso. Mis ojos se posaron en la tela sin verla.

Entrelacé mis dedos. Estaban fríos. El silencio de la habitación se volvió denso.

El gris dejó de ser un color. Se convirtió en una sensación adherida a mi cuerpo. Un frío antiguo, sin estación.

Karaganda… Un recuerdo antiguo se abrió paso ante mí sin permiso.

Imágenes… ropas endurecidas por la mugre. El olor persistente de la orina y el estiércol, imposible de desprender del cuerpo. El hambre como un ruido constante en el interior, la nimiedad de la existencia cuando casi se pierde, uno solo interesado en pequeñeces… un cordón, un pedazo de metal, una pieza de madera, una papa medio podrida, los calcetines de un muerto.

Jornadas interminables sin horizonte. No había día siguiente, solo cansancio. En las barracas, la desesperanza se volvía contagiosa. Algunos buscaban en la muerte una forma de escape.

Cerré los ojos un instante. Aquel pasado no había desaparecido. Solo había aprendido a permanecer en silencio.

A miles de kilómetros, otro cielo aguardaba.

***

Mayo de 2015

Astaná, República de Kazajistán

El aire era distinto al bajar del avión. Más seco. Más frío. Ajusté el cuello de mi abrigo, sintiendo la incómoda sensación de estar regresando a un lugar del que nunca me había marchado del todo.

Habían transcurrido sesenta y un años desde la liberación. Las lágrimas no brotaban. Permanecían suspendidas en la mirada, endurecidas.

Cuando la trompeta entonó el *Toque del Silencio*, en honor a los caídos, nadie aplaudió. Algunos bajaron la cabeza. Otros permanecieron inmóviles. Yo sentía el peso de la escena, la mandíbula se me tensaba.

Entre los nombres ausentes había muchos niños. Niños que habíamos conocido.

A un lado del gentío, discretamente apartados, permanecíamos los tres ancianos. Asturias y Vizcaya aún nos unían. Eran parte de nuestra historia. El tiempo había vencido nuestros cuerpos, no nuestras memorias.

Observé… Una mujer se detuvo a pocos pasos. Dudó. Apretaba un pequeño bolso contra el pecho, como si temiera que se lo arrebataran. Finalmente habló. Su voz, en ruso, era baja, pero firme.

—Perdonen… ¿ustedes son sobrevivientes de Karaganda?

Los tres bajamos la mirada. No fue un gesto acordado. El nombre nos había llegado antes que la pregunta.

—Busco noticias de un prisionero —continuó—. Se llamaba Cheslav Stepanov.

Guardó silencio un instante.

—Soy su esposa —añadió—. Me llamo Svetlana Stepanova. Nunca supe qué fue de él.

Leandro fue el primero en responder.

—Claro que lo conocimos. Le decíamos Chelá.

Luego yo asentí.

—Era un hombre de ciencia, —dije—. Murió aquí.

No dije más. No hacía falta. Los recuerdos de aquel hombre pugnaban por salir. Había otros recuerdos que preferí mantener donde habían permanecido durante tantos años.

Flavio habló después de una breve pausa.

—Nos hablaba de átomos y de galaxias. Decía que la realidad no terminaba en lo que veíamos.

Svetlana escuchaba sin interrumpir. No lloraba.

—Nos protegió cuanto pudo —añadió Leandro—. En las barracas, por las noches.

Yo hablé por última vez.

—Decía que la conciencia importaba. Que observar era una forma de resistir.

Svetlana apretó el bolso con más fuerza. Asintió una sola vez.

—Gracias —dijo.

No preguntó nada más.

Se alejó despacio, como si temiera perder aquellas palabras si caminaba demasiado rápido. Su rostro parecía más liviano.

Después de sesenta y siete años, tenía una respuesta.

Nosotros, en cambio, permanecíamos allí.

Karaganda no se había ido.

Permanecía en el barro que aún sentíamos bajo los pies, en el frío que regresaba sin aviso, en los cuerpos que caían y eran reemplazados como si nunca hubieran existido. En la angustia de tener que morir en cualquier momento.

El exilio tampoco había terminado. Había cambiado de forma.

Levanté la vista hacia el cielo de Astaná. Azul, distante.

Volvían los recuerdos de los años perdidos en prisión y la memoria de lo que no se dijo.

— O —

# Capítulo 2
## Un disidente ruso en prisión

Año 2012
Barcelona, España

Tres años antes de Astaná.

Benjamín hablaba con voz baja, sin imponerse sobre el murmullo de la noche.

—La libertad había llegado tarde para algunos… para otros, nunca. Un pasado que se negaba a desaparecer. Karaganda seguía allí, intacta, reclamando memoria.

Era una noche fresca. En el patio, una fogata improvisada iluminaba los rostros reunidos alrededor de la mesa. El fuego no se imponía. Acompañaba.

Las miradas se perdían en las llamas. Iban lejos y regresaban convertidas en relatos, en fragmentos de vida, en silencios densos. Nada de lo vivido parecía irrelevante. Incluso las lágrimas que no caían tenían su peso.

Benjamín continuaba su relato mientras sostenía el cuchillo con calma.

Circulaban cañas y algún vino sencillo. Sobre la mesa descansaba una pieza generosa de jamón serrano. Benjamín lo cortaba en lonjas tan finas que

dejaban pasar la luz, con la paciencia de quien sabe que ciertos gestos no admiten prisa. Había también quesos —manchego, emmental, gruyere— y pan de la montaña partido a mano.

Los presentes compartían, aunque no todo era concordia. A pesar del paso de los años, sobrevivían opiniones irreconciliables sobre todo en lo político. No se llegaba a las manos, pero sí a discusiones tensas, casi inútiles, donde cada uno defendía recuerdos como si aún estuviera en medio de una trinchera invisible.

José de Uricoechea hablaba con una seguridad férrea que a veces incomodaba; Pablo Mateus respondía desde una nostalgia obstinada por un tiempo que nunca regresaría. Las palabras se cruzaban con cuidado, como si cada frase tuviera peso propio.

Hablaban despacio. No todos al mismo tiempo. Los recuerdos no lo permitían.

Con el paso de las horas y el efecto del vino, los ánimos se iban caldeando y algunas voces se volvían más ásperas.

—Muchos de los presentes —continuaba Benjamín— arrastrábamos recuerdos de la Unión Soviética. Habíamos quedado atrapados en una Rusia devastada por la maquinaria alemana. Otros, amigos o amigos de los amigos, no habían salido de España

y habían vivido los rigores de la guerra desde otro frente.

Nosotros habíamos sido los llamados "Niños de Rusia", declarados extraños en nuestro propio país durante años.

Estábamos Flavio, Leandro y yo, ancianos ya. También María Serrano, de una belleza serena que el tiempo no había logrado borrar del todo, y Carmen Urquiza, marcada por décadas de exilio en la URSS. José de Uricoechea permanecía cerca del fuego, escuchando más de lo que hablaba. Otros nombres se desdibujaban; bastaba con su presencia.

Ahora lucíamos cabellos blancos —o la ausencia definitiva de ellos—, rostros surcados por zanjas profundas y cicatrices que ninguna fotografía había registrado.

Trofeos amargos, pensaba Benjamín. El cuerpo envejece. La memoria no. El alma, menos aún… siempre que no se apagaran las ganas de vivir, como le había ocurrido a tantos que no resistieron la prisión.

Aquella noche, un nombre regresó a la conversación. Uno de los que no sobrevivieron. Al oír ese nombre Benjamín bajó la mirada hacia las brasas. No miró a nadie. No musitó palabra.

Benjamín bebió un sorbo de vino y luego continuó:

—Murió una madrugada helada, cuando la

bruma se mezclaba con el vapor de los cuerpos exhaustos y los cristales de nieve se levantaban del suelo estepario al paso de los hombres. Había recibido una brutal golpiza durante la noche, aunque entonces pocos sabían exactamente qué había ocurrido.

A la mañana siguiente lo obligaron a marchar con los demás hacia la cantera. Apenas podía mantenerse en pie. Avanzó durante un trecho, tambaleándose, hasta que finalmente cayó junto al camino.

Su cuerpo quedó tendido sobre la nieve manchada de fango. Nadie pudo detenerse. Nadie volvió la vista. La compasión era castigada.

Benjamín dejó el cuchillo sobre la tabla. Nadie lo notó. Hizo una pausa, como si buscara aire antes de continuar.

—Al atardecer, en el regreso —dijo al fin—, algunos reclusos españoles nos desviamos apenas del sendero y lo enterramos. Los guardias miraron hacia otro lado. No hubo cruz. No hubo nombre. No hubo epitafio. Solo un hueco anónimo en la tierra endurecida, donde el olvido llegó tan temprano como el invierno a la estepa kazaja.

En vida se llamaba Cheslav Stepanov. Para los españoles era simplemente Chelá.

Para los prisioneros rusos, *Mudryy chel*ovek: el hombre sabio.

Antes de la prisión había sido un hombre difícil. Excéntrico. Incómodo. Tras su figura adusta habitaba una mente absorbida por galaxias remotas, dimensiones invisibles y estructuras matemáticas que parecían no tener cabida en el mundo cotidiano. Huía de lo banal; la soledad era su territorio.

Eso fue antes de Karaganda.

La prisión lo transformó.

—Chelá era único —recordaba Benjamín—. Incluso allí resultaba distinto. Costaba verlo como parte de aquel mundo miserable. Ni el hambre ni la prisión habían logrado borrar lo que era. Seguía pareciendo un hombre de ciencia, un catedrático extraviado en el lugar equivocado.

En el gulag, despojado de todo, descubrió el valor del contacto humano más elemental. Allí, donde la injusticia alcanzaba su forma más grotesca, emergía una fraternidad inesperada. Bajo ropas sucias y malolientes, todos éramos iguales: rusos, españoles, kazajos. Hombres sin nombre, fundidos en una misma condición.

Por las noches, en las barracas, hablaba con nosotros, los niños españoles. Hablaba de ciencia, de átomos y galaxias, de una realidad más profunda que la visible.

—La conciencia —decía— no es un accidente, es una fuerza.

Benjamín miró a Flavio, quien sonrió apenas antes de intervenir.

—Según Chelá —recordó Flavio—, sus mejores amigos eran físicos. No porque los conociera, sino porque había vivido dentro de sus ideas: Einstein, Bohm, Schrödinger, Bohr, Planck, Heisenberg.

Leandro asintió en silencio.

—En política era ingenuo —añadió Benjamín—. No por falta de inteligencia, sino por no saber cuándo callar.

Había nacido bajo el régimen de Stalin, donde una palabra mal dicha bastaba para perder la libertad. Escribió un libro que nadie quiso publicar. El manuscrito terminó en manos equivocadas.

Veinticuatro horas después estaba arrestado.

Sin abogado.

Sin llamada.

Sin juicio.

Treinta y seis horas más tarde viajaba en un tren de prisioneros hacia Karaganda.

Destino: Gulag Spassk Nº 99.

Cargo: Disidente.

Condena: Indefinida.

Nombre: Ninguno.

Solo un número: 10997.

—Allí lo conocimos —concluyó Benjamín—. No fue un encuentro casual.

Un silencio breve cruzó la mesa. Nadie brindó de inmediato.

Luego sí.

Todos se pusieron de pie.

Las copas se alzaron.

—¡Salud!

Y bebieron en honor a Chelá.

El ruso inolvidable.

Benjamín permaneció inmóvil unos segundos más. Algo había regresado a su memoria, pero no dijo nada.

Recordaba. La noche anterior a la muerte de Chelá.

El baño.

Los golpes.

Los quejidos apagados.

Un ruido seco contra la pared.

Había permanecido oculto, sin atreverse a moverse. Desde donde estaba podía escuchar lo que ocurría. Y había visto más de lo que alguna vez estaría dispuesto a contar.

Cuando todo terminó, esperó unos instantes. Después salió de su escondite y se acercó a Chelá. Apenas podía mantenerse en pie.

Lo ayudó a regresar a la barraca.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

Benjamín parpadeó y regresó al patio de Barcelona. Las copas aún estaban en alto.

No dijo una palabra.

Flavio también permaneció inmóvil unos segundos más. Algo parecía haber regresado a su memoria, pero no dijo nada.

Recordaba… o tal vez soñaba.

La noche anterior a la muerte de Chelá.

Golpes.

Quejidos apagados.

Un ruido seco contra la madera.

Abrió los ojos. No se levantó.

"Deben estar matando a alguien", pensó sin moverse.

Una sombra entró en la barraca dando traspiés. Otra sombra la ayudaba. No pudo distinguir los rostros en la oscuridad.

Era aún antes del amanecer. El aire olía a sopa rancia y metal húmedo.

Quiso incorporarse… pero no lo hizo.

El silencio volvió poco a poco, como si nada hubiera ocurrido.

Flavio parpadeó y regresó al patio de Barcelona. Las copas aún estaban en alto.

No dijo una palabra.

— O —

# Capítulo 3
## Recuerdos del exilio

Año 2012
Barcelona, España

La conversación se había apagado por unos momentos. Cada uno parecía atrapado en recuerdos que prefería no compartir todavía, anclados a la infancia y a unos años que nunca terminaron de marcharse.

Benjamín carraspeó levemente. Pasó el pulgar por el borde del vaso y permaneció unos segundos con la mirada fija en el fuego. Estaba entrando en un territorio que dolía.

Desechó el recuerdo de Chelá. Era necesario hacerlo. Aquello pertenecía a otra herida. Cambió de imagen.

Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero las palabras quedaron enredadas en la memoria. Silencio.

—Todo comenzó ahí —dijo al fin, apenas un murmullo, como si hablara consigo mismo.

Nadie lo interrumpió. El silencio, sostenido por el fuego, parecía formar parte del relato.

—Lo tengo apuntado. Fue el 12 de junio de 1937, en el puerto de Santurce.

Pronunció la fecha como quien nombra una herida abierta. Después se detuvo.

Durante unos segundos no pudo continuar.

—Éramos niños —continuó—. Seis, ocho, diez años… algunos, doce.

José de Uricoechea recordó algo que había leído años después.

—En aquellos meses de 1937 —dijo—, mientras el norte se venía abajo, miles de niños salieron de España rumbo a distintos países. A la Unión Soviética fueron enviados cerca de tres mil.

Benjamín dejó que el silencio se asentara antes de continuar.

—Nuestros padres nos despidieron en el puerto. Los recuerdo apretando pañuelos, sonriendo con una alegría que no era alegría. Nos dijeron que sería un viaje corto. Unas semanas. Tal vez meses. Y nosotros… inocentes… les creímos.

Flavio giró lentamente la copa entre las manos, como si necesitara aferrarse a algo tangible.

—Yo recuerdo el olor —dijo—. La sal del puerto. El humo. La grasa de las máquinas. Y ese murmullo… como si todo el mundo hablara a la vez para no llorar.

Leandro asintió. Sus ojos parecían mirar más allá de la mesa, hacia otro tiempo.

—No sabíamos lo que era el exilio. No sabíamos lo que significaba despedirse de verdad. Creíamos que era un viaje… y terminó siendo un destierro.

Dejó escapar una respiración lenta.

—Después lo entendimos. Duró más de diecisiete años. Y para muchos, lo que vino no fue salvación, sino la peor tragedia de nuestras vidas.

María Serrano, que hasta entonces había permanecido en silencio, se ajustó la gabardina, como si un aire frío hubiera entrado por una rendija invisible.

—Cuando volvimos, en 1954 —continuó Benjamín—, ya no éramos niños. Éramos hombres de veinticinco años, con el alma ennegrecida por lo vivido. Y lo peor… lo peor fue regresar a la madre patria y descubrir que también allí éramos extraños.

Leandro apretó los labios. Flavio bajó la mirada.

—Nos recibieron con reservas —dijo Benjamín—. Nos miraban como si lleváramos una peste. El gobierno nos consideraba sospechosos: "rusos", espías. Y las familias… —vaciló—. Había padres, madres, hermanos… rostros que debían pertenecernos y, sin embargo, eran desconocidos. El tiempo nos había borrado de sus vidas. Y a ellos, de la nuestra.

El fuego chasqueó. Benjamín alzó el vaso sin beber.

—Todos coincidimos en algo: todo comenzó con la Guerra Civil. Sin la guerra, nada de esto habría ocurrido.

Flavio carraspeó, como si aquella frase le hubiera raspado la garganta.

—Y, aun así —dijo—, cuando volvimos y empezamos a enterarnos, supimos que España también se desangró de formas que no imaginábamos. Hambre, bombardeos, pueblos destruidos… La violencia no tuvo un solo rostro. La guerra mordió donde pudo.

Benjamín hizo un gesto mínimo, concediendo el punto sin alegría.

—Sí. Lo sé —dijo—. Pero eso no quita que a nosotros nos lanzaran al mar creyendo que era una tabla de salvación.

La memoria hizo el resto. Y volvieron a 1937.

—La Guerra Civil Española no tenía forma de épica —recordaba José—. Tenía forma de calle rota, de ventana sin vidrio, de hambre. Tenía gritos en las paredes y consignas lanzadas como piedras. Tenía noches sin sueño y amaneceres cubiertos de humo.

Las imágenes, borrosas, danzaban como sombras en la mente de Benjamín.

—En el puerto de Santurce —recordaba—, la multitud era una sola masa de cuerpos. Madres que abrazaban demasiado fuerte, como si quisieran dejar la piel adherida a la ropa de sus hijos. Padres que

fingían firmeza y se tragaban el llanto como una orden. Maestros y auxiliares intentando organizar lo imposible: filas que se rompían, nombres gritados, niños que regresaban corriendo, manos que se soltaban y manos que se buscaban a golpes de desesperación.

Algunos niños lloraban sin saber por qué. Otros reían, contagiados por la idea infantil de una aventura. A ellos también les brillaron los ojos: el barco era enorme, y los adultos repetían que serían solo unos días.

—Nos fuimos henchidos de ilusión —dijo Benjamín—. Como si el mundo fuera a ponerse en pausa para esperarnos.

La voz se le quebró apenas.

Y no se puso en pausa.

Para aquellos niños no había ideologías. Era dolor. Solo el dolor del abandono.

Flavio tomó la palabra.

—En aquel tiempo —dijo—, las palabras "izquierda" y "derecha" se pronunciaban como insultos o juramentos. No eran ideas: eran cuchillos. Había quien justificaba lo injustificable con una fe ciega en la guerra, como si el odio concediera permiso. El fin, decían, lo curaba todo. Y el que caía, caía sin juicio, sin despedida, sin compasión.

El fuego crujió entre ellos. Nadie habló de inmediato.

—Cuando regresamos —continuó—, supimos de la escasez. La gente buscaba una patata como si fuera oro. Una col, una cebolla marchita… cualquier cosa. Familias enteras sobreviviendo con nada. Y eso lo sufrió todo el mundo, sin importar el bando.

—Nos dijeron que nos enviaron a Rusia para salvarnos —añadió—. Y quiero creerlo. Quiero creer que hubo buena intención. Pero también supimos que algunos aprovecharon la evacuación con fines políticos… y quizá más oscuros.

Leandro, que había escuchado hasta entonces, habló por fin.

—Al comienzo no éramos conscientes. Éramos demasiado pequeños. Años después lo entendimos: nos enviaron como si fuéramos una apuesta… una prueba de confianza.

Se detuvo, midiendo las palabras.

—Y salió mal. Terriblemente mal.

Benjamín se inclinó hacia adelante.

—Nuestros padres también fueron parte de aquello —dijo, con una dureza que parecía dolerle más a él que a nadie—. Querían que fuéramos el bastión de sus anhelos… y terminaron arrojándonos a una historia que no comprendíamos.

Leandro lo miró con cansancio.

—Benjamín… déjame terminar. Ya has hablado demasiado.

Benjamín apretó los dedos, pero no volvió a interrumpir.

—Fuimos quienes pagamos los daños —continuó Leandro—. Enviaron niños inocentes a un país extraño, en un momento histórico que ya era una trampa. No era un experimento con adultos convencidos. Éramos niños. Y con el tiempo entendimos que, para unos y otros, fuimos útiles.

Benjamín soltó una risa breve, sin humor.

—Había rabia, sí —añadió Leandro—, pero también una tristeza antigua, sin remedio.

—Hubo quien nos llamó "rusos" con desprecio —dijo Benjamín, interrumpiendo de nuevo—. Y uno… uno no olvida esas cosas.

Guardó silencio. La fogata llenó el vacío con su crepitar.

Entonces alguien alzó la copa. No para politizar la noche, sino para cerrarla como se cierran los recuerdos cuando ya han hecho suficiente daño.

—Por los que se quedaron en el camino —dijo Flavio. Y bebieron.

Durante unos instantes nadie volvió a hablar.

El fuego siguió ardiendo como si nada hubiera cambiado.

— O —

# Capítulo 4
## La Guerra Civil Española

Año 2012

Barcelona, España

Los recuerdos traían sensaciones contradictorias. La camaradería —saberse hermanos de una misma tragedia— resultaba reconfortante, casi necesaria.

Sobre la mesa, el vino, la cerveza, las lascas de jamón serrano, los quesos maduros y el pan campesino contrastaban con los años en que comer había sido una excepción y no una costumbre.

El fuego seguía vivo. Y con él, la memoria.

Leandro observaba en silencio. Luego miró a José de Uricoechea, que hasta entonces había escuchado más de lo que hablaba.

—José —dijo—. Tú sí viviste la guerra allí. En Guernica. Nosotros éramos niños… apenas entendíamos nada. Tú eres algo mayor. Cuéntanos cómo fue.

José alzó una ceja.

—Hostias… empezamos mal con lo de "mayor".

La risa fue breve, áspera.

—Pero vale. No pasé por lo vuestro. A mí no me metieron en un gulag. Pero la guerra… la guerra también deja marcas.

—En 1937 tenía dieciséis años —continuó—. Vivía en Guernica, en Vizcaya, al norte de España. No entendía los discursos, pero sí lo esencial: el país estaba roto.

Benjamín sonrió, intentando aliviar la gravedad del momento.

—No hace falta ubicarnos en el mapa —bromeó—. Todos sabemos dónde queda Guernica.

José negó con la cabeza.

—Callaos un momento. Si no, no acabo.

Bebió un sorbo.

—España era un país pobre. Había hambre, desempleo y enormes diferencias entre unos y otros. La Iglesia tenía un poder inmenso. La República despertó esperanzas… pero también abrió heridas que nadie supo cerrar.

No hablaba como quien explica. Hablaba como quien vuelve.

—Había demasiadas verdades absolutas. Cada bando convencido de tener razón. Y cuando todos creen tener razón, la violencia deja de parecer un error.

Leandro asintió en silencio.

—Vi iglesias arder —continuó José—. Fábricas. Negocios cerrados de un día para otro. Vecinos señalándose entre sí. Y hambre… mucha hambre.

Se le endureció el rostro.

—Mi padre era comerciante. Había levantado su tienda desde niño. Una noche quisieron quemarla. Salió solo a defenderla.

Guardó silencio un instante.

—Lo mataron allí mismo. La tienda ardió igual.

Nadie habló.

—Y después de la guerra llegaron las cartillas de racionamiento —añadió—. Lentejas. Siempre lentejas. Un plato al día, si había suerte.

Flavio respiró hondo.

—¿Y Guernica? —preguntó Benjamín—. Cuéntanos, Guernica.

José cerró los ojos un instante.

—El 26 de abril del 37 yo estaba en Bilbao. Cuando regresé… ya no era mi pueblo.

Bajó la voz.

—Después supe que habían sido los aviones de la Legión Cóndor alemana, con participación italiana. Bombardearon durante horas. Luego llegaron las cifras, la propaganda, las discusiones…

Alzó la mirada.

—Yo vi las ruinas. Vi a la gente.

Las ausencias.

Negó lentamente.

—La guerra no entiende de números. Entiende de ausencias.

Bebió otro sorbo.

—Después vino Franco. La represión, la posguerra, años muy difíciles… y con el tiempo las cosas fueron cambiando. España nunca fue una sola cosa.

Miró a Benjamín, a Leandro, a Flavio.

—Y no fuisteis los únicos españoles en gulags. Hubo pilotos, marinos, refugiados… muchos. La historia siempre es más sucia de lo que queremos creer.

Leandro levantó la mano.

—Eso lo supimos después —dijo Leandro—. Pero ahora… dejadme contaros qué nos pasó cuando llegamos a Rusia.

El fuego crepitó, como si aceptara el relevo.

— O —

# Capítulo 5
## Transición entre la Guerra Española y la Segunda Guerra Mundial

Leandro Acuña siempre había sido el más metódico de los tres. No por rigidez, sino por una forma íntima de ordenar el mundo. Había en él una humildad reflexiva, una necesidad casi moral de comprender antes de aceptar.

Incluso en la vejez conservaba aquella manía de archivar la vida: fechas, nombres, causas, consecuencias. No era pedantería. Era defensa. Para Leandro, si el origen no se entendía, el dolor quedaba suelto, sin forma, y entonces regresaba por las noches.

Se acomodó en la silla, cerca del fuego. Observaba sin decir nada. Sobre la mesa aún quedaban migas de pan, el brillo graso del jamón, el perfume áspero del vino. En el suelo, una cañita casi vacía, con un último sorbo en el fondo que nadie bebería.

—Mi versión de los hechos —dijo al fin— es esta.

Nadie lo interrumpió.

—Cuando llegamos a la Unión Soviética en 1937, al principio todo parecía casi bueno. Éramos niños españoles, extranjeros, recién desembarcados. Nos recibieron con comida caliente, ropa, escuelas,

clases de ruso. Nos trataban como si fuéramos huéspedes.

Benjamín bajó la mirada, como si ese recuerdo pesara más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Y también hubo adoctrinamiento —añadió Leandro—. Sería deshonesto negarlo. Profesores españoles, consignas repetidas, una idea persistente: que aquel régimen representaba el futuro.

Flavio soltó una risa seca.

—Todo parecía gratis —dijo Flavio—. Hasta que uno entiende que nada lo es.

Leandro asintió lentamente y continuó.

—Con los años supimos cosas que entonces ni siquiera podíamos comprender. Supimos que nuestra estancia allí formaba parte de una historia mucho más compleja de lo que nos habían contado. Se hablaba de organizaciones españolas en el exilio, de recursos enviados desde España, de reservas, oro, armas… demasiadas versiones y demasiados intereses como para que nosotros pudiéramos saber dónde terminaba la verdad y dónde comenzaba la propaganda.

Benjamín levantó un dedo, incapaz de callar.

—Yo he oído esa historia —dijo—. Que ese oro, o parte de él, sirvió para pagar armas, pertrechos… y también para sostener nuestra manutención. Que hubo negocio, abuso, cuentas

infladas… ¿Quién lo sabe? Pero la pregunta sigue ahí: ¿con qué se pagó todo eso?

Leandro lo miró con una paciencia cansada.

—Eso es precisamente lo que nunca quedó del todo claro —respondió—. Lo único que puedo afirmar es esto: en aquellos años, cuando el hambre empezó a mandar y el miedo se volvió norma, la política dejó de ser discurso y se convirtió en cálculo.

Hizo una pausa.

Y en todo cálculo… siempre hay descartables.

Bajó apenas la voz.

—Nos tocó serlo.

El fuego chasqueó. Alguien sirvió vino sin decir palabra.

Leandro retomó, ahora con otra gravedad.

—Y luego llegó 1939. La guerra grande. La que terminaría devorando Europa.

Se inclinó hacia adelante.

—Al principio parecía lejana. Para nosotros el verdadero cambio llegaría después.

—Hubo un pacto entre Alemania y la Unión Soviética —continuó—. Un acuerdo de no agresión que, en apariencia, garantizaba neutralidad.

—Pero esos pactos duran lo que dura la conveniencia.

Flavio intervino:

—Nadie pensó que eso nos iba a alcanzar.

Leandro asintió.

—Pero nos alcanzó. Cuando Alemania rompió ese equilibrio e invadió la Unión Soviética en 1941, el país entero se convirtió en un frente. Y nosotros… nosotros estábamos allí. Extranjeros. Niños ya crecidos. Sin patria clara. Sin regreso fácil.

Benjamín apretó los dedos.

—¿Y España?

—España era otra herida —respondió Leandro—. Se nos dijo, y así lo vivimos, que el régimen de Franco no nos reconocía. Que éramos sospechosos, indeseables. Para unos, "los rusos"; para otros, piezas útiles. El resultado fue simple: quedamos en tierra de nadie.

Flavio hizo un gesto de disgusto.

—Y mientras tanto había españoles en el frente del Este. Voluntarios, soldados… algunos terminaron prisioneros. Eso complicó aún más cualquier intento de repatriación o negociación.

Leandro levantó la mano, concediendo.

—Sí. Todo eso existió. Y también supimos después que muchos exiliados españoles en la Unión Soviética intentaron regresar… y no los dejaron. Algunas peticiones se castigaban como traición. En tiempos de miedo, moverse es sospechoso.

Flavio miró alrededor, dirigiéndose a los otros comensales que hasta entonces habían escuchado en silencio.

—¿Y a vosotros qué os parece aquello? —preguntó—. ¿Qué tal lo de quedarse a la deriva en tierra extraña?

Un murmullo recorrió la mesa.

—Terrible… —dijo alguien, casi sin convicción.

—Yo creo que el gobierno de Franco tuvo gran parte de la culpa —opinó otro.

—No estoy de acuerdo —terció una tercera voz—. Los bolcheviques también jugaron su propio juego…

En ese momento otro comensal levantó la mano, ya encendido por la discusión.

Benjamín intervino antes de que la tensión creciera. No alzó la voz, pero bastó.

—Amigos —dijo con calma áspera—, no dejemos que esto se convierta en otra trinchera. Estamos aquí para recordar, no para repetir la guerra.

El silencio cayó sobre la mesa. Algunos bajaron la mirada; otros se refugiaron en sus copas para evitar encontrarse con los ojos de los demás.

La noche se cerró un poco más sobre la fogata.

Leandro retomó la palabra, volviendo al hilo que les pertenecía.

—Y entonces, un día, se acabó la cortesía —dijo Leandro.

No lo dijo como metáfora. Lo dijo como sentencia.

—Las comidas cambiaron. Las miradas de los funcionarios cambiaron. Las normas cambiaron. dejamos de ser huéspedes. Nos convirtieron en mano de obra. En carga. En algo que había que administrar.

Benjamín murmuró:

—Como si el hambre obedeciera decretos.

—Nos trasladaron —siguió Leandro—. Salimos de alojamientos decentes y pasamos a barracones. Nada fue abrupto. Eso fue lo más perverso. Primero cambiaron los horarios. Luego las raciones. Después, las órdenes.

—Nos asignaron trabajos obligatorios en instalaciones fabriles: municiones, piezas, logística… lo que hiciera falta. Todo se justificaba con una sola palabra: guerra.

Y la guerra, cuando empieza, siempre pide más de lo que promete.

Flavio lo miró fijo.

—¿Y la comida? ¿La recuerdas?

Leandro no sonrió.

—Arroz aguado. Sin sal. Sin proteína. Alguna verdura triste. Y eso, cuando había.

Calló un instante.

—Nos quejábamos —dijo al fin—. Éramos jóvenes. Aún creíamos que protestar servía de algo.

Bajó la voz.

—No sabíamos callar… ni sabíamos lo peligroso que era no hacerlo.

Miró el fuego, pero ya no parecía verlo.

—Entonces empezaron las listas.

Nadie preguntó cuáles.

—Cambió la forma en que nos miraban —continuó—. Ya no era desconfianza. Era evaluación. Como si midieran cuánto valía cada uno… y cuánto podía aguantar.

El silencio se volvió denso.

—Todo había empeorado, sí —dijo Leandro— con una calma que dolía más que cualquier énfasis—.

Pero aún no habíamos entendido una cosa.

Levantó la vista.

—Que todavía no éramos prescindibles del todo.

Hizo una pausa final.

—Eso vino después.

— O —

# Capítulo 6
## Rusia en tiempos de guerra

1939–1945
Segunda Guerra Mundial
Stalingrado, Unión Soviética

Leandro miraba hacia el vacío. Tardó unos segundos antes de hablar, como si necesitara ordenar la memoria antes de dejarla salir.

—Los vientos de guerra —dijo al fin— no nacían en el aire. Nacían de hombres convencidos de que sus ideas valían más que la vida de los demás. Desde despachos, tribunas o balcones, decidían el destino de millones sin conocer sus nombres. Mientras ellos hablaban de gloria, poder o victorias, otros —soldados, campesinos, muchachos— eran empujados hacia el barro, el hambre y la muerte.

Guardó silencio un instante.

—Y de pronto el mundo se pintaba de un solo color: gris. Plomo.

Leandro hablaba sin elevar la voz, como quien enumera ruinas.

—Uniformes grises. Cascos de acero. Soldados ocupando calles y poblados. El ruido de camiones, tanques, cañones, obuses y morteros. Miles de botas marchando hacia lugares donde la

muerte se volvía rutina. Seres humanos contra seres humanos. El horror normalizado.

Hizo una pausa breve.

—Luego llegó el invierno ruso. El frente dejó de parecer un frente. El barro se tragaba los pasos. Lodo, agua, nieve. Caminos borrados por charcos insalvables. Un crepúsculo helado. Noches de insomnio y vigilia forzada, con la ropa empapada de fango. Amaneceres plomizos.

Bajó la mirada.

—Otra jornada sin abrigo ni refugio. Trincheras arrancadas a la tierra a golpes de pala y azadón. Zanjas que detenían tanques y hombres por igual. Y, entre el barro, los amigos del alma: ojos abiertos, vidriosos; el rictus final clavado en el rostro. Algunos alcanzados por la bala "libertaria". Otros vencidos por la fiebre, la disentería o el frío.

Respiró hondo.

—En aquel infierno también estábamos nosotros.

Una pausa mínima.

—No olvidéis que éramos niños.

Año 2012
Recordando los días de la guerra

La tertulia continuaba en Barcelona cuando Flavio Ayerbe interrumpió con su tono entre burlón y desesperado, como quien necesita aire.

—Hostias… déjame decir algo a mí, que ya lleváis demasiado tiempo sentados en la palabra.

Leandro sonrió apenas.

—Dale, dale… pero no te pongas arisco.

Flavio perdió la sonrisa.

—Yo estuve cerca del frente. Muy cerca de Stalingrado. Corría el año 1942. La situación se volvió insostenible. Y, como mínima responsabilidad con los niños españoles, decidieron sacarnos de allí.

Bebió un sorbo antes de seguir.

—El régimen soviético resolvió enviarnos lejos. Nos repartieron en grupos: al extremo este, al sudeste, a las estepas de Siberia y a otras repúblicas vecinas. Kazajistán. Georgia. Turkmenistán. Uzbekistán…

El fuego crepitó. Nadie habló.

—Después de unas cinco semanas en instalaciones militares en Stalingrado nos subieron a buses. Nos llevaron a una estación inmensa. Y allí… nos metieron en un tren. Sin decir destino. Sin explicación.

Miró un punto fijo.

—Nos hacinaron en vagones de carga. Olían a estiércol de ganado. Nada quedaba de aquellos primeros meses, cuando llegamos "como huéspedes". Éramos unos seiscientos muchachos españoles, alejándonos cada vez más del frente.

Movió la mano, como apartando algo invisible.

—En otros vagones viajaban prisioneros. Muchos. Los bajaban en ciertos poblados y los llevaban a instalaciones cercadas con alambre de púas. Después supimos que eran prisiones de trabajo correccional: gulags. Nos dijeron que eran traidores, disidentes, enemigos del Gobierno.

En ese momento una pausa larga.

—Nos lo creímos. Porque uno cree lo que le dicen cuando es niño… hasta que caímos nosotros mismos en esa tragedia.

Leandro apretó la mandíbula.

Benjamín no parpadeó.

—Fue un viaje sin plan, sin control, sin provisiones —continuó Flavio, ahora dirigiéndose también a los demás comensales—. Nos enviaron como se envía una carga. Y ese fue el comienzo de la odisea.

El tren atravesaba Rusia.

Los Urales. Luego planicies interminables: Siberia, Kazajistán.

El mundo solo podía verse por las rendijas del vagón. Turnos para respirar aire menos viciado. Segundos robados al paisaje.

—Heladas planicies —murmuró—. Bruma. Nieve. Y esa sensación de que el horizonte no se acababa nunca.

La primera jornada duró seis horas. Sin comer.

—Lo peor no fue solo el hambre. Fue el olor. Orín y heces. No podíamos bajar. Teníamos un rincón decretado como "baño". No había adultos. Los mayores intentaban poner orden.

En la primera parada, un grito seco rompió el murmullo del vagón.

—¡Que nadie salga!

Cerrojos. Cadenas. Metal contra metal.

La compuerta se abrió. Entraron dos guardias con una olla enorme. El vapor era débil, casi inexistente. Sirvieron un líquido pálido en tazones de metal. Luego arrojaron pan negro al suelo del vagón.

Pan duro. Tan duro que parecía una burla.

Había que remojarlo en aquella sopa aguada para no romperse los dientes y engañar al estómago.

Flavio respiró hondo.

—Ese día conocí mejor a Benjamín Azcárraga. Teníamos la misma edad, pero él parecía mayor. Tenía carácter. Y en circunstancias así, eso no te salva: te condena.

Recordó:

—Benjamín dio un paso al frente.

—Este caldo es pura agua y está helado —dijo en voz alta—. Y el pan está incomible.

Uno de los guardias sonrió.

—Pues préstame tu sopa. Te sirvo de la que está caliente.

Benjamín extendió el tazón.

El guardia lo tomó… y le arrojó la sopa helada a la cara.

Risas.

Luego tiró el pan al suelo y lo aplastó con la bota embarrada.

—Ahora sí puedes comer con más ganas… Y ya tengo registrada tu cara, mocoso de mierda.

Empapado y temblando, Benjamín respondió con palabras que no eran de niño.

—Usted es un asqueroso hijo de su gran puta madre.

El silencio se heló.

Un chasquido en el aire.

El bastón le cruzó la cara.

Benjamín rodó por el suelo del vagón. Sangre en la mejilla.

Nadie gritó. Nadie se movió.

—No le pongan nada —susurró alguien—. Dejen que se seque sola.

Los guardias cerraron la compuerta. Cerrojos.

El tren volvió a moverse.

—Con el tiempo —dijo Flavio— se le formó una cicatriz grande en la cara. Y otra en el alma.

Una pausa.

—Fue un presagio.

El viaje duró once días. Raciones mínimas. Frío creciente. Nieve. Una tierra que parecía no haber sido pensada para seres humanos.

Durante días atravesamos territorios que apenas podíamos identificar. Alguien decía que estábamos en Siberia. Otro aseguraba que ya habíamos dejado atrás los Urales. Para nosotros daba igual. Éramos muchachos encerrados en un vagón de carga y el mundo exterior solo existía a través de las rendijas de madera.

Un día —o quizá dos después— el tren se detuvo. Cadenas. Gritos. Era hora de bajar.

En la reunión de Barcelona, Leandro y Benjamín recordaban cada detalle. Flavio cerraba los ojos para extraer la memoria. La tenía intacta. Feroz.

El silencio volvió.

—Recuerdo —dijo Leandro— que en nuestro vagón todos bajaron… menos dos.

Tragó saliva.

—Los guardias los sacaron cargados. Brazos y piernas rígidos. Rostros macilentos. Ojos abiertos. Llevaban horas muertos.

Los llevaron a una fosa común. Sin cruces. Sin nombres.

—Después nos llevaron a un edificio enorme, vetusto, cercado con alambre de púas. Parecía un

hospital abandonado. Corredores oscuros, habitaciones húmedas, colchones sucios, paja podrida. Un lugar donde, al parecer, solo esperaban que sobreviviéramos.

Cerca había un pequeño caserío. Tal vez dos mil habitantes, quizá algo más. Nosotros no sabíamos dónde estábamos. Nadie se preocupó por decírnoslo.

—Era un atardecer lúgubre —continuó Leandro—. Olor a tierra mojada. Humedad rancia. Y aullidos de lobos, lejanos pero presentes. No hubo bienvenida. No hubo autoridad. Un viejo maloliente señaló el edificio.

—Acomódense como puedan.

Sin comida ese día.

A la mañana siguiente aparecieron dos ancianas con una olla: agua turbia de cebolla con sal.

Leandro respiró hondo.

—Así comenzaron aquellos meses. Después vinieron otros traslados. Atravesamos regiones de Siberia y seguimos hacia el sur. Perdimos la cuenta de las estaciones, de los trenes y hasta de los días. Para nosotros todos aquellos lugares empezaban a parecerse: frío, hambre, barracones y órdenes que nadie explicaba.

Hizo una pausa.

—Hasta que finalmente terminamos en la República Socialista Soviética de Kazajistán.

Flavio levantó la vista.

—Y allí apareció un nombre que ninguno de nosotros olvidaría.

Benjamín no necesitó preguntarlo.

—Karaganda.

El fuego siguió ardiendo.

Nadie dijo nada.

— O —

# Capítulo 7
## Condenados al Gulag
## (Unión Soviética)

De paso por Siberia, Rusia.

Hielos eternos sobre planicies interminables. Viento. Silencio. Un paisaje inhóspito, tan vasto y desolado que parecía expulsar cualquier rastro de humanidad.

Letreros escritos con caracteres que no comprendíamos. Palabras extrañas. Ilegibles para nosotros.

Lobos hambrientos desplazándose a lo lejos. Vegetación escasa. Árboles perdidos más allá del horizonte. Y algunos pobladores endurecidos por una tierra donde sobrevivir parecía exigir más de lo humanamente posible.

Leandro Acuña volvió a tomar la palabra en la reunión de aquel día de 2012 en Barcelona.

—Recuerdo que, desde nuestra llegada, la búsqueda del alimento se volvió la única prioridad —dijo—. Recorríamos los campos cercanos y las calles del miserable poblado siberiano como si cada rincón escondiera una posibilidad de sobrevivir.

Cartones, papeles de diario, mantas rotas, trapos, medias desgarradas o follaje seco, servían para rellenar nuestras ropas y defendernos del frío.

Todo lo que encontrábamos se convertía en una barrera improvisada contra la inclemencia polar.

—Al invierno le llamaban el "General Invierno" —continuó—. Duraba meses interminables. Los habitantes de aquellas regiones estaban acostumbrados a temperaturas que, para nosotros, españoles llegados de otro clima, resultaban insoportables.

El viento levantaba bruma nevada desde los suelos blancos. Era el invierno de 1942, especialmente cruel. Organizamos pequeños grupos para realizar incursiones nocturnas en busca de alimentos y ropa para los más débiles. Los policías nos perseguían como sabuesos.

Las redadas no tardaron en llegar.

Varios fuimos capturados y condenados sin juicio alguno. Ya estábamos marcados desde antes.

Leandro hizo una pausa breve.

—Fue una noche sin luna. Íbamos cuatro. Flavio cubría la retaguardia; Benjamín y yo avanzábamos en medio; al frente iba Arrizábalaga, un muchacho vasco mayor que nosotros, fuerte, con voz de mando. Parecíamos soldados en una misión suicida. La supervivencia no era un juego.

Un disparo rompió el silencio.

Luego otro. Y otro más.

Todos nos lanzamos al suelo. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas. Nos arrastramos

hasta unos matorrales y corrimos de regreso al refugio creyendo haber escapado.

Pero los guardias ya nos esperaban.

Tres regresamos.

Arrizábalaga no.

—Después supimos que una bala le atravesó la cabeza —dijo Leandro en voz baja—. Tenía catorce años.

El silencio pesó unos segundos.

Aquella noche necesitaban ocho prisioneros. Éramos tres.

Nos formaron frente a los guardias y completaron el número escogiendo a otros muchachos al azar: mayores de doce años, o que al menos lo parecieran; cuerpos sanos, miradas todavía inocentes.

Así comenzó el destino hacia Karaganda en Kazajistán.

—A mí me separaron del grupo —añadió Leandro—. Me enviaron mucho más al noreste, a Pevek, en Chukotka. Pero esa es otra historia.

Leandro guardó silencio unos instantes.

—Años después intenté poner aquellos recuerdos por escrito —dijo—. Nunca supe si era un poema, una nota o simplemente una forma de no olvidar.

Y recitó de memoria:

*"Volvía el recuerdo.*
*Los días de viaje en la helada Siberia y la estepa kazaja.*
*Pisando las huellas de llantas montadas en gruesas cadenas.*
*En blancos caminos y extensas planicies nevadas,*
*como si no existiera un mundo distinto a ese polar escenario.*
*Con varios transportes, camiones y trenes.*
*Cadenas de hierro en manos y pies.*
*Escasa comida, casi inexistente.*
*Olores a estiércol y orina.*
*Vagones de carga en trenes eternos*
*y un duro tablado con sueños fugados,*
*plagados de espantos de incierto futuro*
*y un vago recuerdo. Familias lejanas, dejadas atrás.*
*Sombrío destino: Spassk Nº 99.*
*Un gulag en la provincia de Karaganda,*
*República Socialista Soviética de Kazajistán.*
*Un hueco perdido en el confín del mundo".*

Lo escucharon en silencio.

Luego, Benjamín tomó la palabra.

—Cuando por fin nos bajaron del tren —continuó Benjamín—, vimos por primera vez aquel nombre.

*Spassk N.º 99.*
*Karlag de Karaganda.*
*República Socialista Soviética de Kazajistán.*

—Ninguno de nosotros sabía entonces cuánto iba a significar ese lugar en nuestras vidas.

—No existían mejores alojamientos —continuó—. A pesar de nuestra edad nos consideraron prisioneros comunes.

Allí convivían prisioneros de guerra, miembros de la División Azul, republicanos españoles considerados sospechosos por el régimen, presos políticos y hombres de distintas nacionalidades. Todos terminábamos convertidos en lo mismo: mano de obra.

Leandro retomó el relato.

—Luego llegaron los días repetidos. Caminatas interminables hacia las minas. Jornadas de hasta catorce horas picando piedra. Y al final… la misma sopa insípida de siempre.

El trueque se volvió ley.

Un trozo de metal. Un papel. Una patata medio podrida. Incluso las ropas de los muertos adquirían valor.

Benjamín intervino:

—Muchos guardias habían sido prisioneros. Ascendían por su crueldad. Los que mostraban compasión eran degradados.

Flavio levantó la mano.

—El invierno era lo peor —dijo—. Seis meses bajo cero. Había días en que el termómetro parecía clavado en los treinta y nueve grados bajo cero. Nosotros estábamos convencidos de que lo manipulaban para que nunca alcanzara la temperatura que obligaba a suspender el trabajo.

Leandro asintió.

—Todos estábamos convencidos de aquello.

Después añadió:

—El viento podía llegar desde el oeste o desde Siberia con temperaturas mortales. No era frío… era tortura. El trabajo físico era lo único que conseguía calentar los huesos exhaustos.

—Así pasaron los años —continuó—. Castigos constantes, hambre, esfuerzos por no perder la cordura. Pensábamos en nuestros padres lejanos como si fueran un sueño.

Sus ojos se oscurecieron.

—Poco a poco dejamos de ser niños. Las caras cambiaron. La voz se volvió grave. La inocencia desapareció. Solo quedaban los que lograban resistir.

El fuego ardía bajo las palabras.

—Y, aun así —añadió—, seguíamos esperando la libertad como si fuera una promesa inevitable.

— O —

# Capítulo 8
## Las minas de uranio

—Pasados los años —dijo Leandro—, y una vez recuperada la libertad, comenzamos a comprender muchas cosas. Durante nuestra juventud habíamos trabajado en lugares cuyo verdadero propósito desconocíamos. Obedecíamos órdenes. Sobrevivíamos. Nada más.

Guardó silencio un instante.

—Mucho tiempo después supe qué eran aquellas piedras oscuras que cargábamos cada día en las minas de Pevek, en Chukotka.

Uranio.

—Por entonces nadie nos explicó nada. Tampoco preguntábamos. En los campos, la curiosidad podía ser tan peligrosa como el hambre.

Leandro hizo una pausa. Miró hacia el interior de su memoria, como buscando algo.

—Corría el año 1942 —continuó—. Yo apenas tenía trece años. Durante los primeros seis meses posteriores a nuestra captura fui enviado a trabajos forzados en aquellos campos de Pevek. Después me trasladaron a Karaganda, donde volvería a encontrarme con mis amigos españoles.

Las canteras se extendían bajo un cielo inmenso y gris. Los prisioneros empujaban carretas

cargadas de piedras negruzcas atravesadas por vetas amarillentas. Nadie sabía con certeza qué mineral extraían. A los capataces solo les importaba repetir que aquel material era vital para los intereses del Estado soviético.

Años después comprendería también la importancia estratégica de aquellas explotaciones mineras, situadas en uno de los lugares más inhóspitos del planeta.

El trabajo era extenuante.

Los enfermos caían con rapidez. Los muertos eran sustituidos casi de inmediato por nuevos contingentes llegados en trenes de carga desde regiones lejanas de la Unión Soviética.

Leandro permaneció unos instantes en silencio antes de continuar.

—Procedían de los más diversos rincones del inmenso territorio soviético y de los países sometidos a su influencia. Muchos habían sido detenidos durante redadas nocturnas. Bastaba una denuncia anónima, una sospecha o una acusación inventada para alimentar la maquinaria de los campos de trabajo forzado.

En las barracas reinaban el tifus, la difteria, la disentería y el cólera. Sin embargo, reconocer una enfermedad podía resultar fatal. Si los guardias sospechaban contagio, las represalias podían extenderse a todo el grupo.

Cuando alguno moría, el cadáver permanecía oculto hasta el día siguiente. Durante el recuento nadie explicaba nada. Simplemente faltaba uno más.

Alguien que ya no había conseguido levantarse. Pálido y rígido como un bloque de hielo.

Una dolencia reumática acompañó a Leandro durante el resto de su vida.

Décadas después, ya en Occidente, Leandro solía bromear sobre ello.

La sonrisa desaparecía enseguida.

En prisión casi no existía alivio.

—Sin embargo, en las noches nevadas me amarraba un trapo a la pierna, a la altura del muslo, y lo empapaba con aceite de hipérico. Se lo compraba a un guardia. Le pagaba con ropas de los muertos. Él las revendía.

Nadie decía nada.

—Hoy me ayuda una pastilla de marihuana medicinal que una amiga me consigue.

Los prisioneros jamás recibirían indemnización alguna por los daños sufridos. Cada uno cargaría con sus enfermedades como una prolongación silenciosa de la condena.

Leandro observó las llamas durante unos segundos.

—Los médicos decían que aquel dolor podía estar relacionado con los años pasados en las minas.

Nunca pude demostrarlo. Tampoco hacía falta. Mi cuerpo lo recordaba cada día.

Sonrió apenas.

—Cuando llegan las lluvias o el invierno aprieta, todavía siento aquel frío subir por la pierna. Es curioso... uno puede escapar de una prisión, pero algunas prisiones nunca terminan de escapar de uno.

Nadie respondió.

Las miradas parecían perderse más allá del fuego, en algún lugar donde cada uno guardaba sus propios recuerdos.

— O —

# Capítulo 9
## La experiencia de María

Reunión del año 2012 en Barcelona

La tarde comenzaba a extinguirse. La amistad seguía viva: abrazos largos, miradas cómplices y una camaradería que el tiempo no había conseguido quebrar.

La cerveza y el vino ya casi no circulaban. Sobre la mesa quedaban copas a medio terminar, migas dispersas, restos de jamón, un trozo de pan endurecido y algo de aceite de oliva en el fondo de una bandeja. La merienda se apagaba lentamente mientras los recuerdos ocupaban su lugar.

María Serrano había permanecido buena parte de la tarde escuchando. Era una de las niñas enviadas a la Unión Soviética durante la Guerra Civil Española. Ahora era una mujer mayor que vivía en Moscú y visitaba España con frecuencia.

Aquella tarde disfrutaba —según sus propias palabras— de la excelsa compañía de sus queridos contertulios. Había escuchado las historias de Benjamín, Flavio y Leandro casi sin intervenir, aunque de vez en cuando asentía o sonreía ante algún recuerdo compartido.

María pidió la palabra.

—Quería comentaros algo sobre la evacuación que vivimos en Moscú cuando estalló la Segunda Guerra Mundial.

Guardó un instante de silencio antes de continuar.

—En mi caso, junto con otros muchos críos españoles, no seríamos enviados a Siberia como vosotros, sino a otro destino.

En las barracas, durante toda una noche se escucharon cañones y explosiones cada vez más cercanas. Ya los estruendos comenzaban a hacer vibrar las ventanas y, con cada explosión, el tejado se sacudía y una nube de polvo y suciedad caía sobre nosotros.

Algunos niños lloraban y otros más grandes comenzaban a musitar las oraciones aprendidas de los mayores, buscando protección en las grandes alturas.

Nadie sabía qué estaba ocurriendo ni qué sería de nosotros al amanecer.

De pronto, una de las explosiones se sintió demasiado cerca. Algunos vidrios del recinto estallaron cayendo sobre los asistentes.

Luego de varias horas, avanzada la madrugada, nos sacaron a un patio trasero y, a la carrera, cruzando una granja, nos llevaron varias cuadras a un sitio donde unos buses nos esperaban. Esos buses lograron alejarnos de las barracas y las explosiones y llevarnos a una estación férrea cercana.

Una larga fila de vagones nos esperaba. Era la estación de *Yaroslavl,* donde nos embarcaron rumbo al sudeste del país.

El vagón olía a trigo y centeno, como si antes hubiera transportado cereales. También viajaban adultos mayores y mujeres con bebés en brazos.

—No sabíamos hacia dónde nos evacuaban. No teníamos control sobre nuestras vidas ni sobre nuestro destino. Dependíamos de hombres que parecían saber más de la guerra que de la esperanza. Y, a juzgar por sus rostros, tampoco ellos sabían qué iba a ocurrir al día siguiente.

—Después de dos jornadas de viaje alguien mencionó el nombre de nuestro destino. Un nombre extraño que no significaba nada para nosotros. Lo escuchamos una sola vez. Nadie volvió a repetirlo. Durante horas intentamos adivinar qué podía haber detrás de aquella palabra desconocida. Fue inútil. Seguíamos avanzando hacia algún lugar del que no sabíamos absolutamente nada.

—El viaje continuó. Las horas se hicieron interminables. Luego pasaron a días.

Las provisiones iniciales —panes, galletas y algo de fruta— desaparecieron mucho antes de que terminara el viaje.

—En mitad del trayecto —continuaba María— el tren se detuvo para aprovisionarse de agua.

Nos asomamos por las rendijas del vagón.

Frente a nosotros se extendía un campo inmenso de sandías.

Corrimos. Asaltamos el campo. Partimos las sandías contra las rodillas y comimos sin pensar. Ni tiempo había para escupir las pepas. Aún hoy recuerdo aquel sabor como una pequeña victoria contra el hambre.

Al amanecer, nos hicieron descender del tren.

Habíamos llegado.

Pero todavía no sabíamos dónde estábamos.

Nos condujeron hasta unas barracas militares y, pocas horas después, comenzaron a repartir tareas.

Fue entonces cuando escuchamos con más claridad el nombre de aquel lugar: Samarcanda.

Era una ciudad importante de la República Socialista Soviética de Uzbekistán.

Al día siguiente nos llevaron a trabajar en una fábrica de municiones.

—Nos trataban relativamente bien, siempre que cumpliéramos las cuotas —continuó—. Si fallábamos, nos quitaban una ración de comida. A pesar de nuestra edad, sabíamos que nuestra labor estaba ligada a la guerra y creíamos que ayudábamos a protegernos.

María sonrió apenas antes de añadir:

—Con el tiempo aprendimos muchas cosas sobre aquella tierra extraña —dijo María—, y una de ellas era una historia que los uzbekos repetían constantemente. La llamaban la «Maldición de Tamerlán».

Según contaban, un equipo de arqueólogos soviéticos, entre los que se encontraba Mijaíl Guerásimov, había abierto la tumba por orden de Stalin. La excavación se habría producido entre el 16 y el 21 de junio de 1941 y, justo al día siguiente, el 22 de junio, comenzó la Operación Barbarroja con la invasión alemana de la Unión Soviética.

—Los uzbekos —continuó María— culpaban a los soviéticos de haber desatado la guerra por profanar la tumba del antiguo conquistador turco-mongol. Y, según la leyenda, cuando sus restos fueron devueltos a la tumba, a finales de 1942, la suerte comenzó a cambiar. Poco después, a comienzos de 1943, llegó la rendición alemana en Stalingrado. Para ellos, aquello era una señal.

Hizo una pausa.

—Pero… —intervino Benjamín—, ¿creer en maldiciones a estas alturas?

—No digo que crea en ellas. Pero reconocerás que la coincidencia es interesante.

***

—La vida en Uzbekistán tampoco fue sencilla. Escasez. Penurias. Hambre. Los mayores robaban provisiones para sostener a los pequeños. Campos de cultivo asaltados a medianoche.

Había una palabra que bastaba para desatar la huida: —¡Agua!

Cuando alguien la gritaba, significaba que se acercaban los guardias. Entonces no había preguntas: pecho a tierra, correr y desaparecer.

Cualquier vegetal o tubérculo, por duro que estuviera, servía.

Así mismo, cualquier animal terminaba teniendo el mismo destino. Perros. Gatos. Aves. Ratones. Peces.

El hambre no hacía distingos.

***

—Pasamos cuatro años en Samarcanda antes de regresar a Moscú. Allí conocí a Nicolai Zarkanchenco, un muchacho ruso nacido en los Urales. Sonreía incluso cuando no había demasiadas razones para hacerlo. Siempre estaba dispuesto a ayudar y parecía estar pendiente de mí sin que yo tuviera que pedírselo.

María sonrió.

—Éramos unos críos. Crecimos juntos en medio de aquella incertidumbre y, sin saber muy bien

cuándo ocurrió, dejamos de ser simplemente amigos. Nicolai fue el amor de mi vida.

De otra parte, por aquella época, consideramos la posibilidad de emigrar. Sin embargo, cuando terminó la guerra, si bien lo pensamos, regresar a España seguía siendo imposible. Muchos eran considerados apátridas; otros, potenciales traidores si intentaban abandonar la Unión Soviética.

—Incluso —continuó María en voz baja— hubo españoles que intentaron abandonar la Unión Soviética y terminaron detenidos.

Algunos marinos y pilotos republicanos que reclamaron el derecho a marcharse fueron considerados sospechosos y acabaron en campos de trabajo. En aquellos años, querer salir del país podía bastar para despertar desconfianza.

Años después, durante la Guerra Fría, tanto Nicolai como yo comprendíamos los riesgos y las dificultades de cualquier intento de abandonar el país.

María hizo una pausa.

Decidimos radicarnos en Moscú. Yo entré a estudiar en la facultad de Medicina de la Universidad Estatal de Moscú y Nicolai en la facultad de Ingeniería de la misma Universidad.

Solo tras la muerte de Stalin en 1953 comenzó una ligera apertura política, aunque el régimen de Franco también imponía obstáculos para el regreso

de quienes eran vistos como "rusos españoles comunistas".

Sin embargo, para entonces, ya estábamos muy adaptados a la vida en Rusia. Yo trabajaba en el Hospital Clínico Central de Moscú, como médica cirujana y Nicolai era profesor de la cátedra de Estructuras antisísmicas en la Universidad de Moscú.

Pronto se agrandó la familia. Nacieron dos hijos. Llegaron el colegio, los deportes, las obligaciones cotidianas y esa rutina familiar que, después de tantos años de incertidumbre, también era una forma de felicidad.

—Para 1989 —continuó—, con la glasnost de Gorbachov, finalmente pudimos viajar libremente. Pero mi vida ya estaba en Moscú.

—En 2001 volví por primera vez a España y visité la ciudad donde pasé mi niñez, San Sebastián. La playa de La Concha, la de Ondarreta, la Catedral del Buen Pastor y el río Urumea, donde de niña comía manzanas caramelizadas después de misa.

—España despertó en mí un cariño profundo —dijo—, aunque mi hogar seguía siendo Rusia. Desde entonces vengo cada dos o tres años… y por eso, aquí me tenéis.

Los presentes levantaron sus copas en honor a María. Nadie habló durante unos segundos.

Había historias que no necesitaban aplausos.

— O —

# Capítulo 10
## Un sobrino extraviado

Reunión en Barcelona, año 2012

Avanzaba la noche y la tertulia continuaba bajo el tibio ambiente del verano. Varias antorchas de queroseno iluminaban los rostros cansados, dibujando sombras largas sobre el patio.

José de Uricoechea pidió la palabra.

—Uno de mis sobrinos, Juanchito Ayerbe Uricoechea, tenía apenas nueve años cuando partió. Desapareció en medio de aquella maraña de acontecimientos provocados por la evacuación de los niños a la Unión Soviética.

En mi familia nunca pudieron perdonarles a sus padres haber permitido que se marchara.

Hizo una pausa.

—No fue el único caso. Durante la Guerra Civil, decenas de miles de niños españoles fueron evacuados al extranjero. Francia recibió la mayoría; también fueron enviados a Gran Bretaña, Bélgica, México y otros países. A la Unión Soviética llegaron cerca de tres mil.

José bebió un sorbo antes de continuar.

—Durante muchos años pensamos que Juanchito había muerto durante la guerra. Nos equivocábamos.

Las palabras quedaron suspendidas unos segundos.

—Después supimos que había terminado en un gulag.

Su voz se volvió más grave.

—Mi sobrino cayó preso en una redada siendo apenas un niño.

María Serrano lo observaba con atención.

—Pero aquello no ocurrió solamente con los niños —continuó José—. Vosotros mismos lo habéis mencionado: también quedaron atrapados en la Unión Soviética pilotos españoles, marinos de la flota republicana, tripulaciones de buques mercantes y refugiados políticos que habían llegado buscando protección. Algunos quisieron marcharse y acabaron convertidos en sospechosos.

Flavio bajó la mirada.

—He investigado durante años —añadió José—. Durante buena parte de aquellos años, uno de los hombres más poderosos del aparato represivo soviético fue Lavrenti Beria, quien llegó a dirigir la NKVD, la policía política del régimen. Bajo aquel aparato represivo, numerosos extranjeros fueron considerados sospechosos o enemigos del pueblo. Muchos terminaron enviados a campos de trabajo en Siberia, el Círculo Polar Ártico, Norilsk, Krasnoyarsk y otras regiones de la Unión Soviética. Algunos llegaron después a Kazajistán… como vosotros.

Benjamín no dijo nada. Tampoco Leandro.

—Pero ¿nunca volvisteis a ver a vuestro sobrino? —preguntó María—. ¿Dónde ocurrió aquello?

—En Karaganda.

José se tomó unos segundos antes de continuar.

—El sistema de campos de aquella región era inmenso. Vosotros conocisteis Spassk N.º 99. Había otros campos y centros de trabajo administrados por la estructura represiva soviética. Miles de prisioneros eran utilizados como mano de obra en explotaciones mineras, agrícolas e industriales.

La voz de José se volvió más opaca.

—A Juanchito lo enviaron a trabajar a una fábrica de vidrio. Durante años no supimos nada de él.

Alguien alimentó la fogata con nuevos troncos. El fuego crepitó detrás de ellos.

—Después de la muerte de Stalin comenzaron a producirse cambios. Beria fue detenido, juzgado y ejecutado. Con el tiempo llegaron también las liberaciones. Algunos españoles regresaron; otros ya habían construido una vida en la Unión Soviética y decidieron quedarse.

María asintió.

—Para algunos —continuó José— España había dejado de ser patria. El régimen de Franco desconfiaba de quienes regresaban de Rusia y muchos tuvieron dificultades para reintegrarse.

Otros terminaron marchándose nuevamente. Algunos fueron a Cuba después de la revolución del 59… pero tampoco allí dejaron de ser extranjeros.

José miró las llamas.

—Al final, muchos habían perdido la sensación de pertenecer a algún sitio. Sin familia, sin hogar, sin una patria que sintieran verdaderamente suya. Condenados a vivir entre fronteras invisibles.

Guardó silencio.

—Pero esa no fue la suerte de mi sobrino.

Todos volvieron la mirada hacia él.

—Juanchito Ayerbe Uricoechea murió en el gulag. Una lámina de cristal le cayó encima y lo degolló mientras trabajaba. Nadie nos informó. Durante años no supimos nada. Solo conocimos la verdad cuando algunos sobrevivientes regresaron a España.

María permaneció inmóvil.

Nadie encontró palabras.

Las antorchas titilaron suavemente.

— O —

# Capítulo 11
## La historia de Carmen Urquiza

Una luna blanca buscaba su lugar entre las nubes. Las antorchas dibujaban sombras oscilantes sobre el patio y la brisa comenzaba a traer algo de frescura después del calor del día.

Durante unos instantes nadie habló. Todos parecían absortos en las llamas.

Benjamín fue el primero en romper el silencio.

—Le toca el turno a Carmen Urquiza.

Ella no estaba presente en ese momento. Había salido un rato antes con su marido para resolver una diligencia relacionada con una pensión. Sin embargo, varios de los asistentes conocían bien su historia.

—Permitidme que os cuente algo de Carmencita —continuó Benjamín—. Soy muy amigo suyo y conozco buena parte de su vida.

Carmencita fue una de aquellas niñas de la guerra que, contra todo pronóstico, terminaría encontrando algo parecido a la fortuna.

—En el 37 era una niña menuda, de apenas seis años, natural de Cangas de Onís, un pequeño pueblo asturiano entre montañas. Un lugar donde parecía que el tiempo avanzaba más despacio que en el resto del mundo.

Benjamín hizo memoria.

—Alguna vez me habló de dos lugares que conservaba desde niña: el viejo puente sobre el río Sella —romano de nombre, aunque medieval en realidad— y la basílica de Santa María la Real de Covadonga. Los domingos, según contaba, la misa era casi obligatoria si uno quería evitar los regaños del párroco.

El ambiente político se había vuelto áspero. Católicos y republicanos se miraban con desconfianza, y cualquier etiqueta ideológica podía convertirse en una sentencia.

—El padre de Carmencita era un hombre errante, pendenciero y malhablado. Un día salió a comprar cigarrillos y jamás regresó. Ella apenas tenía once meses.

Nadie volvió a mencionar su nombre con claridad. El apellido Urquiza lo heredó del padrastro, quien falleció poco después, dejando nuevamente solas a madre e hija.

La guerra terminó alcanzándolas a su manera. No necesitaba llegar hasta la puerta de la casa: bastaban las noticias, los rumores y el miedo.

Un día llegó la noticia de una gran evacuación de niños hacia el extranjero.

Doña Hortensia Malagón de Urquiza tomó entonces una decisión que cambiaría para siempre la vida de su hija.

—Carmencita me contó que todavía podía verse tomada de la mano de su madre, llevando una

pequeña maleta. Lloraba sin entender por qué tenía que marcharse. El puerto era Santurce. Y había un nombre que jamás olvidaría: *Habana*.

Después llegaron las órdenes.

—¡Todos a bordo!

Manos agitándose desde el muelle. Últimos abrazos. Lágrimas. Niños buscando entre la multitud el rostro de sus padres.

El *Habana* zarpó de Santurce rumbo a Francia. Allí, los niños destinados a la Unión Soviética fueron trasladados a otro barco, el *Sontay*, que continuó el viaje hacia Leningrado.

—Carmencita estaba convencida de que regresaría pronto —dijo Benjamín—. No fue así.

Pasaron semanas. Meses. Años.

Con el tiempo, la imagen de su madre comenzó a perder nitidez. Incluso el rostro que encontraba en los espejos empezó a cambiar sin pedirle permiso.

En ese momento, la reunión se interrumpió. Carmen Urquiza regresaba acompañada de Ricardo.

Todos se levantaron a saludarlos.

—Precisamente hablábamos de ti —dijo Leandro.

Benjamín sonrió.

—Te cedo la palabra.

Carmen preguntó brevemente en qué punto iban y, después de acomodarse junto a su marido, comenzó a hablar.

—La experiencia de Rusia fue compleja. Aquellos primeros años fueron de estudio. Aprendimos ruso, historia, política. También las teorías de Marx y Lenin. Había disciplina y una formación ideológica constante. Al principio, para nosotros, aquello formaba parte de la escuela. Éramos niños.

Hizo una pausa.

—Pero los años comenzaron a pasar y el regreso a España nunca llegaba.

Recuerdos del año 1941

—Cuando Alemania atacó a la Unión Soviética comenzó otra guerra. Y nuestra vida volvió a cambiar.

Carmen mantuvo la mirada fija en el fuego.

—Estuve en Maikop, en el Cáucaso. Trabajé en una lavandería hospitalaria y después en otros lugares donde hacíamos lo que fuera necesario. También pasé por campos agrícolas. A esas alturas nadie preguntaba demasiado. Nos trasladaban de un sitio a otro según las necesidades de la guerra.

El avance alemán alteró nuevamente todos los planes.

Las noticias llegaban fragmentadas. Poblaciones ocupadas. Carreteras cortadas. Trenes abarrotados. Órdenes que cambiaban de un día para otro.

—Comenzaron otra vez las evacuaciones. Había que alejarnos del frente, pero nadie parecía saber con certeza hacia dónde. Éramos cientos de personas moviéndonos al mismo tiempo: niños, mujeres, ancianos, soldados, heridos…

Carmen guardó silencio unos segundos.

—En uno de aquellos traslados quedé separada del grupo.

Nadie la interrumpió.

—Nunca supe exactamente qué ocurrió. Una lista equivocada, un cambio de vagón, una orden que alguien entendió mal… En medio de aquel caos me hicieron subir a otro tren. Pregunté por mis compañeros, pero nadie sabía nada. O nadie tenía tiempo para averiguarlo.

Durante días viajó junto a civiles soviéticos que también huían del avance alemán.

Dormían como podían. Compartían trozos de pan. Bajaban en estaciones atestadas y volvían a subir cuando alguien gritaba una orden.

—Yo pensaba que, tarde o temprano, alguien descubriría el error y me devolvería con los demás.

No ocurrió.

A medida que avanzaban, la guerra parecía acercarse en lugar de quedar atrás.

Primero fueron rumores.

Después, columnas de humo en el horizonte.

Más tarde comenzaron a aparecer soldados heridos.

Y finalmente escucharon la artillería.

—Fue entonces cuando comprendí que algo había salido mal. Nos estaban evacuando, pero la guerra volvía a alcanzarnos.

Durante algunos días permanecieron refugiados junto con otros civiles. La comida comenzó a escasear. Las noticias se contradecían. Unos aseguraban que todavía podían evacuarlos. Otros decían que las vías estaban cortadas.

Nadie sabía qué era verdad.

Carmen bajó la voz.

—Hasta que una mañana vimos soldados que no llevaban uniforme soviético.

Las tropas alemanas habían llegado.

—Y caímos prisioneros.

—Todavía recuerdo aquella fila interminable —continuó Carmen—. Niños de diferentes edades y procedencias, con las manos sobre la cabeza, avanzando sin saber adónde nos llevaban los soldados alemanes.

Después llegaron los trenes.

Los condujeron hasta una estación improvisada. Allí comenzaron a separarlos por nacionalidades. Revisaban documentos, preguntaban

nombres, lugares de nacimiento. Los grupos se fueron formando lentamente.

—Cuando supieron que yo era española me apartaron junto con otros niños extranjeros. No entendía por qué. Solo sabía que ya no estaba con los mismos compañeros con quienes había sido capturada.

El traslado continuó hacia territorio ocupado. Durante días Carmen perdió cualquier noción precisa del lugar donde se encontraba.

Finalmente llegaron a Budapest.

Carmen guardó silencio.

—Y allí ocurrió algo que nunca pude olvidar.

Era de madrugada. Necesitaba ir al baño y salió sola.

Mientras caminaba sintió que alguien venía detrás.

Al principio no volvió la cabeza. Después escuchó los pasos más cerca.

—Recuerdo el olor antes que el rostro. Alcohol. Un olor fuerte.

Era un soldado alemán.

El hombre la sujetó por el cabello y la arrastró hacia un rincón apartado. Carmen intentó soltarse, pero él era demasiado fuerte. Entonces vio el arma.

Una pistola.

—Yo tenía once años. No entendía completamente lo que iba a ocurrir, pero sabía que aquel hombre quería hacerme daño.

El soldado la empujó contra la pared.

Carmen cerró los ojos.

Entonces escuchó un golpe seco.

Uno solo.

Sintió que la mano que la sujetaba se aflojaba.

Abrió los ojos.

El soldado cayó al suelo.

Detrás de él había un muchacho sosteniendo un mazo entre las manos.

Durante unos segundos ninguno de los dos se movió.

—Yo estaba aterrorizada. Él también parecía asustado por lo que acababa de hacer.

Carmen respiró lentamente antes de continuar.

—Era español. Pertenecía a la División Azul.

El muchacho dejó el mazo en el suelo y se acercó a ella.

—¿Estás bien?

Carmen no respondió.

Él volvió a preguntarle:

—¿Te ha hecho algo?

Negó con la cabeza.

El joven miró al soldado tendido en el suelo. Después volvió a mirarla.

—Vete. Ahora.

Carmen echó a correr.

—Aquella noche pensé que Dios había puesto a alguien allí para salvarme. Tenía once años. A esa edad uno todavía puede creer esas cosas.

A la mañana siguiente volvió a verlo a cierta distancia, entre varios soldados españoles.

Preguntó quién era.

—Ricardo Gómez Musalén —le respondió uno de ellos.

Carmen repitió mentalmente el nombre para no olvidarlo.

Ricardo alcanzó a escuchar. Volvió la cabeza.

Sus miradas se encontraron durante unos segundos.

Carmen creyó que la había reconocido.

Él hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y siguió caminando hasta desaparecer entre los hombres de su unidad.

—No volví a verlo durante aquellos años —dijo Carmen—. Pero nunca olvidé su nombre.

Ricardo Gómez Musalén.

—Después de varios meses —continuó Carmen— nos trasladaron a Múnich. Para entonces la guerra había convertido Europa en un enorme territorio de refugiados, desplazados y personas que intentaban regresar a algún lugar que todavía pudieran llamar hogar.

Carmen hizo una pausa.

—Finalmente pude volver a España. En octubre de 1944 regresé a Cangas de Onís. Habían pasado siete años desde aquella mañana en que mi madre me llevó de la mano hasta Santurce.

Siete años.

Tenía trece cuando regresé.

La niña que había partido ya no existía.

Años posteriores

—En 1953 me casé con un médico madrileño. Tuvimos dos hijos y nos instalamos en Valencia. Fue un buen hombre durante algún tiempo, pero con los años comprendí que nuestro matrimonio había nacido más de las circunstancias que del amor.

Carmen sonrió con cierta melancolía.

—Supongo que en aquellos tiempos muchas cosas eran así.

La vida siguió.

Los hijos crecían. Las obligaciones ocupaban los días. Y aquella madrugada de la guerra quedó guardada en algún lugar de su memoria.

Pero nunca olvidó un nombre.

Ricardo Gómez Musalén.

—En 1958 ocurrió algo que todavía hoy me cuesta atribuir solamente a la casualidad.

Carmen miró por un instante al hombre de pie a su lado.

—Caminaba por Valencia. Llegué a la plaza de la Reina y, al mirar hacia la catedral, vi a un hombre entre la gente.

Se detuvo.

—Y supe que era él.

Habían pasado dieciséis años.

El muchacho que conservaba en la memoria ya era un hombre. El rostro había cambiado. También la manera de caminar. Pero había algo que permanecía intacto.

Carmen se acercó.

—Tú tienes que ser Ricardo.

Él la miró sorprendido.

—¿Nos conocemos?

—Yo sí te conozco.

Ricardo frunció el ceño, intentando encontrarla en algún lugar de su memoria.

Entonces Carmen pronunció unas pocas palabras:

—Tú me salvaste durante la guerra.

Ricardo permaneció inmóvil.

No necesitó preguntarle de qué hablaba.

Fueron a un café cercano.

—Hablamos durante horas. De España. De Rusia. De la guerra. De nuestras vidas. Pero casi no hablamos de aquella madrugada.

Ricardo evitó los detalles y Carmen comprendió que no debía insistir. Para él, aquel recuerdo también tenía un peso que había aprendido a llevar en silencio.

—Nunca volví a preguntarle qué ocurrió exactamente después de que yo saliera corriendo.

Para entonces ambos tenían sus propias vidas.

El matrimonio de Carmen atravesaba una crisis desde hacía tiempo. Su esposo permanecía largas temporadas en Tánger y la distancia entre ellos había terminado convirtiéndose en algo más profundo que la separación geográfica.

—Ricardo y yo comenzamos a vernos de vez en cuando. Al principio solo hablábamos.

Después, con mayor frecuencia.

Sus hijos terminaron conociéndose. También ellos se hicieron amigos.

Lo que comenzó como el reencuentro improbable de dos personas unidas por unos minutos perdidos en medio de una guerra fue transformándose lentamente.

Primero amistad.

Después cariño.

Y finalmente amor.

Carmen miró a Ricardo.

—Nos casamos dos años después.

Él sonrió.

—Desde entonces vivimos en Valencia, en el barrio del Carmen. Y cuando podemos nos escapamos los fines de semana a la finca de Ricardo.

Carmen tomó su copa.

—Así que esta es mi historia.

Hizo una pausa y señaló al hombre que estaba a su lado.

—Y este, como ya sabéis, es Ricardo Gómez Musalén. Mi marido.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Después las copas se levantaron.

No hubo brindis solemne.

No hacía falta.

La noche estaba avanzada. Las antorchas comenzaban a apagarse una tras otra. Sobre la mesa apenas quedaban algunas copas vacías, migas de pan y los restos de una reunión que había comenzado muchas horas antes.

Poco a poco fueron levantándose.

Hubo abrazos largos y promesas de volver a reunirse.

Quizá la próxima vez no para hablar de guerras, prisiones ni exilios.

Quizá simplemente para hablar del tiempo que todavía les quedaba por vivir.

— O —

# Capítulo 12
## ¡Oh libertad!

Año 1954
Prisión Gulag Spassk N.º 99
Karlag de Karaganda, Kazajistán

—Recuerdo aquel día —dijo Benjamín— como si aún estuviera allí, respirando el mismo aire espeso del barracón.

No sé quién fue el primero en decirlo. Tal vez un guardia descuidado, tal vez un preso recién llegado, o quizá alguien que simplemente necesitaba creer. Pero la palabra empezó a rodar entre nosotros como una chispa volando sobre los sucios tejados de la prisión:

—Libertad.

Al principio nadie la tomó en serio. En el gulag las palabras grandes solían ser trampas. Sin embargo, algo cambió en la mirada de algunos hombres.

—Escuché a unos guardias decir que Stalin murió —dijo un prisionero.

—Sí. Esta madrugada escuché algo parecido en la radio de la comandancia, mientras hacía el aseo —respondió otro.

—No… qué va. Esos rumores generalmente son noticias falsas —terció alguien.

—No te creas. Ya son varios los que hablan de lo mismo. Parece que es cierto que Stalin ha muerto.

—¿Y sabéis qué? —intervino otro—. Hay algo más. Se dice que un tal Nikita no sé qué es ahora uno de los hombres más importantes de la Unión Soviética. ¿Qué os parece?

—Creo que se llama Nikita Kruschev —dijo Leandro—. Es el primer secretario del Partido Comunista. También se habla de amnistías, de revisar condenas y hasta de liberar prisioneros de algunos campos.

Benjamín guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Nosotros no sabíamos qué creer. Con los años entendí que las noticias importantes siempre encuentran el modo de filtrarse incluso en los lugares más olvidados del mundo. Aquella prisión perdida en las estepas de Kazajistán parecía estar en el borde del fin del universo y, aun así, la noticia llegó y comenzó a extenderse por los pasillos húmedos y las barracas infestadas de frío y alimañas.

—Tiempo después supimos que Iósif Stalin había muerto un año antes. Algunos aseguraban que había sido asesinado; otros simplemente repetían rumores.

Un guardia, al parecer mejor informado, aseguró que Stalin había fallecido el 5 de marzo de 1953, después de sufrir una hemorragia cerebral.

Lo cierto era que algo comenzaba a cambiar. Se hablaba de amnistías, de revisar condenas, de liberar prisioneros. Nadie sabía cuánto había de cierto en aquellos rumores ni si alguna de esas decisiones llegaría hasta nosotros.

Pero una palabra que durante años había parecido imposible comenzaba a escucharse cada vez con mayor frecuencia entre las barracas:

Libertad.

Pero la libertad no llegó de prisa. Llegó lentamente, con una lentitud cruel. Algunos murieron esperando escuchar su nombre en las listas de liberación.

¡Oh, libertad! Amiga o enemiga… incertidumbre más que promesa.

Benjamín continuaba su relato:

—Muchos no entendían lo que significaba. Había prisioneros que llevaban tanto tiempo encerrados que ya no recordaban el sabor del mundo exterior. Otros habían sido capturados siendo niños y jamás habían vivido una vida verdadera fuera de las alambradas.

¿A dónde irían?

Muchos no tenían patria, ni familia, ni historia previa a la prisión.

—Para ellos —continuaba Benjamín—, la libertad era una amenaza. Otros, en cambio, sí la

recordaban. Eran adultos que habían sido capturados por disentir del régimen, por pertenecer a ejércitos enemigos o simplemente por haber estado en el lugar equivocado durante una redada. Ellos hablaban de ciudades lejanas, de mares cálidos, de mujeres esperando al otro lado del tiempo.

Algunos presos susurraban:
—¡Oh Libertad!
Otros respondían con amarga ironía:
—¿Libertad? ¿Cuál libertad?
Y los más agotados ya ni siquiera hablaban.

La libertad era un concepto casi abstracto para quienes habían aprendido únicamente a sobrevivir un día más.

El hambre, el tifus, la disentería y la fiebre convertían cada noche en una frontera incierta entre la vida y la muerte.

Muchos pensaban que morirían antes de cruzar las puertas del campo.

***

Desde Karaganda hacia Odesa

—Una madrugada oscura, a las 2:30 a.m., nos despertaron con gritos y golpes.

Los silbatos perforaban el silencio. Era el modo habitual de dar órdenes en el penal, aunque aquella hora no correspondía a ningún traslado conocido. Algo distinto flotaba en el aire.

Vestidos con harapos, sin equipaje alguno, nos ordenaron subir a vagones de carga que aguardaban en la estación interior del campo. Nadie poseía nada, salvo lo que llevaba escondido entre las costuras: fotografías ajadas, cartas amarillentas, estampitas religiosas, un poema doblado mil veces, un pedazo de alambre o una piedra guardada como talismán.

Tesoro era cualquier cosa que recordara que aún éramos humanos.

El tren partió.

No sabíamos el destino.

Nuevamente, los olores a estiércol y orina de ganado nos recordaron aquellos días en que habíamos llegado a la prisión, más de una década antes.

Solo había gritos, empujones y golpes de cachiporra. Nadie nos dijo adónde íbamos.

Durante días avanzamos hacia el oeste. Estaciones cuyos nombres apenas alcanzábamos a leer, largas esperas, cambios de vías, guardias que tampoco daban explicaciones.

—Durante más de cuarenta horas —continuaba Benjamín— solo habíamos recibido pan negro y agua. Todo en aquel momento era incertidumbre.

Algunos decían que nos llevaban a otro campo. Otros comenzaban a hablar nuevamente de libertad. Nadie se atrevía a creerlo.

Hasta que, después de varios días de viaje, alguien pronunció un nombre:

—Odesa.

—Sí, estamos en Odesa —dijo otro—. Esta es la República Socialista Soviética de Ucrania.

Ahí supimos que estábamos frente al mar Negro. Era el inmenso mar que se divisaba por las rendijas abiertas a golpes en los tablones del vagón.

El tren continuó avanzando hasta entrar en la zona portuaria.

—El día que llegamos a Odesa nos bajaron del tren a empujones. Nuevamente los golpes, los gritos y las consabidas órdenes de formar filas y guardar silencio. Pero el hecho de continuar en territorio soviético trajo nuevas decepciones. Nuestro ánimo, por momentos elevado, volvía a decaer ante lo que observábamos alrededor.

Era una madrugada fría, cubierta de humo y bruma, un paisaje deprimente, sobre todo para quienes habían comenzado a soñar con nuevos horizontes.

La mayoría no conocía la geografía de la región y todo seguía oliendo a amenaza.

—Nos llevan a Occidente —dijo uno.

—No seas tan infantil —respondió otro—. Simplemente nos trasladan de penal. Seguramente a uno peor, algún lugar inhóspito de la Siberia polar.

Algunos dejaron de preguntar adónde íbamos.

Nadie hablaba ya de libertad.

Todo parecía indicar que nos llevaban hacia otra prisión, otro campo de trabajo, otras jornadas de agotamiento y hambre.

Benjamín murmuró casi sin voz:

—Hasta que no vea señales de Occidente, seguiré sintiendo que esto es otro traslado hacia ninguna parte.

Pero allí estaba el barco.

En el casco podía leerse un nombre:

*Semíramis.*

Era un nombre desconocido.

Para la mayoría no significaba nada.

Otro nombre. Otro barco. Otro destino incierto.

—Después de abordar la motonave —continuó Benjamín— nadie nos explicó demasiado, pero algo en el ambiente había cambiado.

Los hombres que organizaban el traslado llevaban en el brazo una insignia que, según nos dijeron, pertenecía a la Cruz Roja Internacional.

Por primera vez en años fuimos tratados como seres humanos.

Un marinero nos comentó que el *Semíramis* era un buque de armador griego y bandera liberiana. El

simple hecho de saber que no estábamos a bordo de un barco soviético hizo que algunos comenzáramos a pensar que, esta vez, tal vez sí nos dirigíamos hacia otro destino.

Benjamín hizo una pausa.

—Cuando el *Semíramis* abandonó Odesa, ninguno de nosotros se atrevía todavía a pronunciar la palabra libertad. Habíamos aprendido a desconfiar incluso de la esperanza.

El barco avanzó por el mar Negro.

Pasaron las horas.

Hasta que apareció Estambul.

El Bósforo se abrió ante nosotros y, por primera vez, comprendimos que estábamos dejando atrás la Unión Soviética.

Algunos permanecieron en silencio. Otros lloraron. Hubo quienes se acercaron a la borda y simplemente miraron la ciudad como si necesitaran comprobar que aquello era real.

Benjamín respiró profundamente.

—Entonces sí lo entendimos. No nos llevaban a otro campo. No había otro gulag esperándonos al final del viaje.

El *Semíramis* continuó hacia el Mediterráneo.

Más tarde nos dijeron que navegábamos por el mar Egeo. A lo lejos comenzaron a aparecer islas bajo el sol.

Un marinero señaló hacia una de ellas.

—Grecia —dijo.

Algunos nos acercamos a la borda.

Una bandera azul y blanca ondeaba a lo lejos.

Occidente.

Después de tantos años, aquella palabra también parecía extraña.

Pero ya no había alambradas. No había torres de vigilancia. No había guardias soviéticos decidiendo hacia dónde podíamos caminar.

Y aquella otra palabra que durante tantos años había sido apenas un rumor, una esperanza pronunciada en voz baja entre las barracas, comenzó por fin a tener sentido.

Libertad.

— O —

# Capítulo 13
## Sesenta y un años antes

Viernes 2 de abril de 1954
Mar Mediterráneo
Frente a las Islas Baleares

Flavio Ayerbe comentaba:

—Aquel sería recordado como el día más importante de nuestras vidas. Un día imposible de olvidar.

Pero no os creáis que veníamos dando saltos de alegría. Había miedo, incertidumbre y demasiadas preguntas sin respuesta. Mejor dicho, hablando en cristiano, veníamos cagados del susto.

No teníamos ni puñetera idea de lo que íbamos a encontrarnos al llegar a España. Si es que todavía podíamos llamarla nuestra patria.

Algún maldito desgraciado, quizá con mala intención, nos había metido el miedo en el cuerpo. Decía que al llegar nos iban a rechazar, que nos meterían presos apenas pisáramos tierra, que para el régimen éramos unos comunistas enviados desde Rusia para venir a contaminar España.

Flavio hizo una mueca.

—Y, coño, después de todo lo que habíamos vivido, tampoco era tan difícil creérselo.

Éramos jóvenes, sí, pero veníamos hechos polvo. Años de hambre, frío, trabajos forzados y

golpes nos habían dejado marcas que no siempre se veían. Por fuera podíamos parecer hombres de veinticinco años. Por dentro llevábamos encima una vida que parecía mucho más larga.

Todos mirábamos hacia el horizonte esperando ver algo. Una costa, una montaña, cualquier cosa que pudiéramos señalar y decir:

—Ahí está España.

Habían pasado diecisiete años desde que salimos en 1937. Éramos unos críos entonces. Ahora volvíamos convertidos en hombres, aunque a veces ni nosotros mismos sabíamos exactamente en qué nos habíamos convertido.

—El *Semíramis* navegaba rumbo a Barcelona y pasaba frente a las Baleares. Y nosotros allí, pegados a la borda, mirando el horizonte como idiotas y con el corazón dando tumbos. Queríamos estar contentos, claro que sí. Pero después de tantos años de mierda, uno aprende a desconfiar hasta de las buenas noticias.

Flavio contaba aquello muchos años después, durante otra reunión de amigos, mientras sostenía una caña entre los dedos.

—Veníamos del infierno y, al parecer, íbamos camino de la libertad. El barco se llamaba *Semíramis*. Leandro me había contado que el nombre pertenecía a una reina antigua, mitad historia y mitad leyenda.

Sonrió.

—Pero a nosotros qué coño nos importaba la reina. Lo único que queríamos era llegar.

Guardó silencio un instante.

—Volvíamos a casa. A esa casa con la que habíamos soñado tantas noches sin poder dormir. Lo malo era que, después de tantos años, ya casi no recordábamos cómo era. Éramos unos críos cuando nos fuimos.

Las calles, las casas, los rostros de la familia… quedaban apenas como imágenes sueltas de otra vida.

—Y seguía la misma pregunta dando vueltas: ¿qué coño nos esperaba cuando bajáramos del barco? ¿La familia? ¿La policía? ¿Interrogatorios? ¿La cárcel? Nadie lo sabía.

Bebió un poco de su caña.

—Teníamos recuerdos de España, claro. Pero eran recuerdos de niños. Después de diecisiete años uno ya no sabe si recuerda las cosas como fueron o cómo ha querido recordarlas.

Miró a los demás.

—Era una mañana fría de primavera. El cielo estaba cubierto de nubarrones y el mar se veía gris, casi negro. Todo tenía mala pinta. Después de tantos años soñando con volver, uno esperaba algo distinto. Pero hasta el tiempo parecía empeñado en jodernos la bienvenida.

En ese momento Leandro Acuña intervino, evocando sus propios recuerdos:

—Dieciocho días antes habíamos salido juntos por la puerta de aquel infierno. Recuerdo cuando dejamos atrás las alambradas, las torres de vigilancia y aquellos barracones que durante tantos años habían sido nuestro mundo. Parecía mentira.

Leandro bajó la mirada antes de continuar.

—Años después supimos que por Spassk N.º 99 habían pasado más de sesenta mil prisioneros de diferentes nacionalidades. Nosotros habíamos sido apenas unos cuantos más.

Guardó silencio.

Al abandonar el campo no hubo grandes celebraciones. Tampoco lágrimas. Quizá porque habíamos llorado demasiado durante los primeros años del cautiverio. Después aprendimos a no hacerlo.

—Habíamos cruzado medio mundo… Kazajistán, Ucrania, Turquía, Grecia… lugares que jamás imaginamos conocer. Y ahora estábamos aquí, en el Mediterráneo, tan cerca de España que casi dolía respirar.

Hizo una pausa y bebió un sorbo de cerveza.

—Benjamín Azcárraga, Flavio Ayerbe y yo teníamos veinticinco años. Benjamín siempre decía que era el mayor porque había nacido en marzo; Flavio, en junio… y yo, en agosto.

Sonrió apenas.

—Éramos jóvenes. Al menos eso decían nuestros documentos. Porque por dentro nos sentíamos mucho más viejos.

Los tres habían dejado atrás amigos y compañeros que no tuvieron la misma suerte. Algunos murieron durante los años de cautiverio; otros desaparecieron entre traslados, enfermedades y campos cuyos nombres apenas llegaron a conocer. Muchos quedaron enterrados para siempre en aquellas tierras.

Leandro volvió a mirar a los presentes.

—En el *Semíramis* viajábamos 286 españoles. Había antiguos miembros de la División Azul, marinos republicanos, pilotos y otros civiles que, por diferentes circunstancias, habían terminado atrapados durante años en la Unión Soviética. Entre ellos viajaban también algunos de aquellos niños enviados a Rusia durante la Guerra Civil.

Ya adentrados en el Mediterráneo, el ambiente a bordo comenzó a cambiar.

Al principio casi nadie se había atrevido a creer en la libertad. Pero cuanto más se alejaba el barco de la Unión Soviética, más difícil resultaba contener la esperanza.

Algunos se abrazaban. Otros permanecían horas junto a la borda mirando el horizonte. Había quienes hablaban sin parar de sus familias, intentando imaginar cuánto habrían cambiado después de tantos años.

Y también estaban los que permanecían en silencio.

No sabían si alguien los esperaba.

—Eso era quizá lo que más miedo daba —continuó Leandro—. Volvíamos a España, sí. Pero muchos no sabíamos qué quedaba allí de nuestras vidas.

La llegada a Barcelona fue multitudinaria.

Desde la cubierta pudieron ver el puerto repleto de personas. Familias, autoridades, miembros de la Cruz Roja, curiosos. Algunos sostenían fotografías; otros levantaban carteles con nombres tratando de encontrar entre los hombres del barco el rostro de alguien perdido muchos años atrás.

Las sirenas de las embarcaciones resonaban alrededor del *Semíramis*.

Algunos de los repatriados lloraban.

Otros buscaban desesperadamente entre la multitud.

—A algunos los esperaban sus padres, sus hermanos, sus mujeres… A otros, nadie. Habían pasado demasiados años. Muchas de las personas que soñamos encontrar durante las noches del gulag ya habían muerto.

Leandro permaneció callado unos segundos.

—Y entonces comprendimos otra cosa.

Los presentes esperaron.

—Habíamos pasado diecisiete años soñando con regresar a casa. Pero nadie nos había explicado qué ocurría cuando uno regresaba y descubría que aquella casa también había cambiado.

La alegría del recibimiento no borraría los años anteriores.

Tampoco desaparecerían inmediatamente las sospechas. Algunos de quienes regresaban de la Unión Soviética tendrían que responder preguntas, reconstruir documentos, buscar familiares y aprender nuevamente a vivir en un país que apenas reconocían.

Y para aquellos niños que habían partido en 1937, existía una paradoja todavía más dolorosa.

Habían pasado tantos años intentando regresar a España que, cuando finalmente lo consiguieron, también ellos habían cambiado.

Leandro levantó el vaso y permaneció unos segundos observándolo.

—Éramos españoles. De eso nunca tuvimos duda. Pero después de diecisiete años fuera, había momentos en que España tampoco sabía muy bien qué éramos nosotros.

Nadie respondió.

Leandro bebió finalmente.

—Tardamos muchos años en regresar a casa.

Lo que no sabíamos era que regresar no significaba necesariamente volver.

El silencio permaneció entre ellos.

El viaje había terminado.

Pero otra historia apenas comenzaba.

— O —

# Capítulo 14
## Penurias que no acaban

Año 1956

Habían pasado dos años desde nuestro regreso.

Benjamín comentaba:

—Los jóvenes españoles llegados desde las estepas de Kazajistán intentábamos acomodarnos a una vida que, en apariencia, debía ser nueva. España nos recibía con cielos abiertos y calles conocidas, pero las noches seguían perteneciendo a otro lugar.

En las madrugadas insomnes, cuando el sueño parecía al fin rendirse, llegaban las pesadillas a perturbar el descanso.

No había silencio suficiente capaz de contener aquellas imágenes que emergían desde lo profundo, como si el pasado se negara a morir.

—La paz de las noches españolas —continuaba Benjamín— se quebraba entonces por esas pesadillas que surgían de la nada. Atacaban sin aviso, sin razón aparente, como si sobrevivir hubiera sido una falta imperdonable.

Los recuerdos regresaban con brutal precisión: las canteras de piedra, los alambres cargados de electricidad, las barreras filosas, la disentería consumiendo cuerpos tirados sobre el suelo húmedo del abominable Gulag de Karaganda.

Despertábamos sobresaltados, sudorosos, con el corazón golpeándonos el pecho. Y regresaban los rostros de quienes ya no estaban: compañeros que habían quedado tendidos en las barracas, en las canteras o sobre la nieve.

En esas noches turbias recordábamos también las madrugadas heladas de Kazajistán: los gritos, los palos contra las literas, el frío cortándonos los pulmones con el primer aliento del día.

El descanso nunca alcanzaba para reparar el cuerpo. Apenas abríamos los ojos y ya debíamos marchar hacia las canteras, obligados a devolver con esfuerzo inhumano la escasa energía obtenida de aquellas raciones miserables.

Veíamos con aprehensión a los más débiles. A esos que un día ya no podían levantar el pico y terminaban desplomándose sobre la nieve. Algunos quedaban allí, abandonados, hasta convertirse en cuerpos tiesos que ya no pertenecían a nuestro mundo.

También comprendimos la lógica perversa del campo: cuando las cifras de muertos aumentaban y escaseaban los nuevos prisioneros, las ollas recibían más patatas, más vegetales, un poco más de caldo.

No era compasión.

Era cálculo.

Un esclavo que moría dejaba de producir.

Benjamín permaneció unos segundos en silencio antes de continuar.

—Y el invierno volvía una y otra vez a nuestra memoria. Había días en que el frío descendía hasta temperaturas que deberían haber detenido el trabajo, pero nadie daba la orden. Los hombres seguían saliendo hacia las canteras.

Algunos no regresaban.

En el camino quedaban los cadáveres sobre la nieve. A veces pasábamos junto a ellos sin detenernos. Habíamos aprendido que mirar demasiado también podía convertirse en otra forma de sufrimiento.

Años después, ya en España, ocurría algo extraño. En pleno verano, bajo un calor sofocante, alguno de nosotros comenzaba a tiritar.

—El frío de Karaganda se nos había metido en los huesos —dijo Benjamín—. Y parecía no querer salir nunca.

Pero no todo había sido frío.

También recordábamos los veranos.

Entonces la estepa cambiaba por completo. El sol caía sobre las canteras y el calor se volvía insoportable. Trabajábamos con el torso desnudo, cubiertos de polvo y sudor, intentando cumplir las cuotas mientras algunos hombres comenzaban a tambalearse por el agotamiento y la falta de agua.

Uno caía.

Los demás seguían trabajando.

No porque no importara, sino porque detenerse podía significar recibir un golpe o terminar tendido a su lado.

—En aquellos días aprendimos algo terrible —continuó Benjamín—. El invierno podía matarte de frío y el verano podía hacerlo de sed. En Karaganda hasta las estaciones parecían estar en contra nuestra.

Hizo una pausa.

—Hubo momentos en que algunos llegaron a pensar que la muerte era la única manera de descansar.

Y, sin embargo, nosotros habíamos sobrevivido.

Ahora caminábamos por calles españolas llenas de luz. Llegaba la primavera y florecían los parques. En verano, las terrazas se llenaban de gente. Escuchábamos conversaciones, risas, vendedores en las calles, niños jugando.

Todo aquello debería habernos parecido normal.

Pero habíamos olvidado lo que significaba vivir con normalidad.

Aprendimos a sonreír. A conversar. A sentarnos en un café. A aparentar que todo había quedado atrás.

Pero cuando llegaba la noche y la mente bajaba la guardia, regresaban Karaganda, el frío, los gritos y los muertos.

Entonces volvía el miedo.

La sensación absurda de que alguien podía golpear la puerta en mitad de la madrugada. De que una orden podía devolvernos al tren, a los barracones, a las alambradas.

Sabíamos que aquello había terminado.

Pero el cuerpo parecía no saberlo.

Karaganda estaba lejos, pero nosotros todavía no la habíamos abandonado del todo.

—Éramos libres —continuó Benjamín—, pero seguíamos despertándonos a las cuatro de la mañana. Seguíamos escondiendo comida. Seguíamos mirando por encima del hombro. Seguíamos desconfiando de la autoridad.

La prisión había quedado atrás.

Algunas de sus costumbres, no.

Benjamín guardó silencio.

—Pasaron los años.

La vida siguió su curso, obstinada y silenciosa.

Aquellos muchachos curtidos por el cautiverio se volvieron adultos y después hombres maduros. Construyeron familias, trabajaron, envejecieron. Algunos consiguieron rehacer sus vidas mejor que otros.

Y continuaron reuniéndose de vez en cuando.

Compartían historias. Reconstruían fragmentos del pasado. Discutían sobre fechas que cada uno recordaba de manera diferente. Alguno contaba una anécdota que los demás habían

olvidado. Otro corregía un nombre. Y, algunas veces, incluso conseguían reírse de cosas que muchos años atrás no habían tenido ninguna gracia.

Quizás aquellas reuniones también fueran una manera de comprobar que seguían allí.

Que habían sobrevivido.

Que eran libres.

Aunque una parte de ellos hubiera quedado para siempre detrás de las alambradas de Karaganda.

— O —

# Capítulo 15
## Años después…
## La historia de Benjamín Azcárraga (1)
## Recuerdos de la nueva vida en los años postreros

Primeros años del siglo XXI

Muchos años después, en noches de verano densas y cálidas, ya en España y reunidos nuevamente en tertulias de amigos, los antiguos muchachos del cautiverio se reconocían unos a otros en los rostros ajados por el tiempo. Las frentes amplias, las canas dispersas o las molleras desnudas hablaban de vidas atravesadas por demasiados inviernos.

Fue entonces cuando comenzaron a conocerse, con mayor detalle, las historias personales que cada uno había construido tras la liberación. Y la primera en abrirse fue la de Benjamín Azcárraga, contada por él mismo, sin adornos innecesarios.

Benjamín había nacido en Asturias, en un caserío llamado Yernes, escondido entre montañas húmedas que miraban hacia el Cantábrico.

Cuando regresó, diecisiete años después de su partida, creyó reconocer la vieja casa familiar. No eran recuerdos nítidos, sino jirones de infancia flotando en una memoria fatigada.

La vivienda seguía allí, en el barrio La Casona, apoyada sobre un terreno inclinado que parecía a punto de deslizarse ladera abajo. Base de piedra, paredes de adobe marrón claro y un segundo piso de madera sostenido por vigas de roble, coronado por tejas de barro.

Nada había cambiado realmente.

La pobreza permanecía intacta, fiel a sí misma.

Recordaba las tardes de domingo en el campo polvoriento al borde del pueblo, cuando soñaba con ser futbolista, cantante o estrella de cine, seducido por las películas en blanco y negro que llegaban al pequeño cinema local y encendían la imaginación de quienes no tenían otra escapatoria que soñar despiertos.

Sus padres habían sido comunistas convencidos, militantes de ideas firmes y amistades escasas. Creían en la derrota del fascismo y en el regreso de la República, cantando himnos obreros junto a mineros que soñaban con una revolución que nunca llegó.

Cuando el hambre comenzó a cobrarse vidas, decidieron enviarlo lejos.

Benjamín era entonces un niño rebelde, insolente, uno más entre doce hermanos. Una boca menos que alimentar significaba alivio en tiempos de guerra, y así fue entregado al viaje hacia la Unión Soviética, aquel país que sus padres imaginaban como la encarnación de la justicia social.

Sus amigos recordarían siempre la cicatriz que cruzaba su pómulo izquierdo, recuerdo de aquel bastonazo recibido durante el viaje que terminaría llevándolos hacia las estepas.

Benjamín aprendió muy pronto que, en aquellas circunstancias, la verdadera inteligencia consistía muchas veces en pasar desapercibido.

Creció alto y fornido pese a la escasez alimentaria de aquellos años.

Era un hombre de pocas palabras y mirada profunda. No necesitaba imponerse: el respeto llegaba solo. Sus compañeros lo seguían sin que él lo buscara, reconociendo en su silencio una forma natural de liderazgo.

Sin embargo, había algo en ese silencio que nadie terminaba de descifrar. Algo que Benjamín había guardado durante muchos años.

—Recuerdo con claridad —decía Benjamín— aquel día del regreso, cuando el *Semíramis* atracó en Barcelona. Las bandas tocaban, las pancartas ondeaban y miles de personas nos esperaban en el puerto. Para las autoridades aquello era una celebración. Para nosotros era otra cosa.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Nosotros no olvidábamos. Habíamos pasado años en prisiones soviéticas, sí, pero tampoco podíamos olvidar que durante diecisiete años habíamos vivido lejos de España, sin saber si alguna

vez podríamos regresar. Éramos unos críos cuando nos marchamos. Volvimos convertidos en hombres.

Su voz se volvió más áspera.

—Y luego estaban nuestros padres.

Guardó silencio.

—El abrazo con ellos fue lo más extraño. Yo esperaba sentir algo. No sé qué… cariño, alegría, rabia. Pero cuando abracé a mi madre tuve la sensación de estar abrazando a una desconocida.

Benjamín bajó la mirada.

—Había lágrimas, aspavientos, palabras tardías. Pero diecisiete años no caben en un abrazo. Para muchos de nosotros, los padres que recordábamos habían desaparecido el mismo día en que partimos.

Aun así, Benjamín viajó a Asturias para visitar la casa familiar.

Permaneció allí apenas una semana.

Durante los primeros días intentó recuperar algo que ya no existía. Recorrió habitaciones, observó fotografías y escuchó nombres de vecinos que apenas recordaba. Sus hermanos le contaban episodios familiares ocurridos durante su ausencia y él asentía sin saber muy bien qué responder.

Poco a poco las conversaciones comenzaron a hacerse difíciles.

Una tarde, su madre colocó un plato delante de él.

—Hijo, te preparé una sopa de zapallo. De niño te gustaba…

Benjamín miró el plato.

—Ese niño ya no existe, madre. Ese niño murió hace muchos años… y ahora odio el zapallo.

La mujer quedó desconcertada.

—Pero tus hermanos todavía tienen buenos recuerdos de ti…

—Madre, fueron mis hermanos hace diecisiete años. Ahora casi no los conozco. Ellos crecieron juntos. Yo crecí en otro sitio.

—Pero siguen siendo tus hermanos.

—Lo sé. Pero eso no significa que podamos recuperar diecisiete años sentándonos alrededor de una mesa.

La madre bajó la mirada.

—Tu padre ha estado muy pendiente de tu regreso.

Benjamín miró hacia la ventana. El hombre permanecía sentado a pocos metros, ausente de la conversación.

—Madre, no insistas. Mira sus ojos. Ni siquiera sé si sabe quién soy.

Su voz se endureció.

—Me fui de esta casa siendo un niño. Ahora vuelvo y todos esperáis que siga siendo aquel niño.

Pero ya no está. No podéis pedirme que vuelva a serlo.

La madre bajó la mirada. Una lágrima resbaló por su rostro. Comprendió entonces que los diecisiete años no solo habían envejecido a su hijo. También se lo habían llevado para siempre.

En ese momento intervino una de sus hermanas.

—Pero somos tu familia, Benjamín. Tus hermanos. Y esta sigue siendo tu casa, tu hogar. Este es el sitio al que perteneces ahora.

Benjamín la miró durante unos segundos.

—No, hermanita. Después de diecisiete años fuera, cualquier lugar del mundo podría convertirse en mi hogar. Pero este ya no.

Hizo una pausa.

—Además, tengo otros hermanos. No de sangre. Hombres que estuvieron conmigo cuando pasábamos hambre, cuando nos golpeaban, cuando alguno pensaba que no llegaría vivo al día siguiente. Ellos me acompañaron durante mis años de cautiverio. Ellos saben quién soy ahora.

Nadie respondió.

Poco después, Benjamín salió a caminar por el pueblo. Necesitaba estar solo.

Entró en un café y se sentó cerca de una ventana. Intentaba acostumbrarse a algo tan sencillo como pedir una bebida, observar la calle y escuchar

conversaciones que no tuvieran que ver con raciones, guardias o trabajos forzados.

En una mesa cercana, dos mujeres mayores conversaban mientras observaban el movimiento de la calle. En un pueblo pequeño, las novedades no abundaban y la llegada de alguien después de tantos años siempre despertaba curiosidad.

Una de ellas lo miró.

—Ese hombre alto es uno de esos que han salido en los periódicos. Dicen que viene de Rusia.

La otra volvió discretamente la cabeza.

—¿De Rusia?

—Eso dicen.

—Quién sabe qué habrá aprendido por allá… seguramente nada bueno.

—En un país comunista, nada bueno se aprende. Qué susto… A lo mejor hasta es un espía.

Benjamín siguió mirando su taza.

No dijo nada.

Aquellas mujeres no sabían quién era. No conocían Karaganda. No sabían del hambre, de los muertos ni de los años perdidos.

Y, sin embargo, aquellas pocas palabras terminaron de confirmar algo que ya había comenzado a comprender desde que llegó.

Nada de aquel lugar le pertenecía.

Ni aquella familia.

Ni aquel pueblo.

Quizá ni siquiera los recuerdos que había conservado durante diecisiete años.

A la madrugada siguiente tomó su maleta.

No quiso despedidas. No quería lágrimas, explicaciones ni palabras que llegaban diecisiete años tarde.

Antes de marcharse se detuvo unos segundos frente a la casa.

La observó como quien contempla un lugar que alguna vez conoció.

Después comenzó a caminar.

Regresó a Barcelona.

Nunca volvió a mirar atrás.

— O —

# Capítulo 16
## La historia de Benjamín Azcárraga (2)
## Soñando con mejores horizontes

Benjamín les comentaba a sus amigos el rumbo que había tomado su vida durante los años posteriores a su regreso a España.

—Después de visitar mi pueblo comprendí que ya nada me ataba a ningún lugar. Mi familia, mi casa, aquellos recuerdos de infancia… todo pertenecía a una vida que había quedado demasiado lejos.

Hizo una pausa.

—Y aquello dolía, claro. Pero también tenía algo bueno: era completamente libre para tomar el rumbo que me diera la gana.

Durante el primer año, al igual que algunos de sus compañeros, Benjamín estuvo dando tumbos. En Barcelona pasó por diferentes trabajos: estibador en el puerto, ayudante ocasional y hasta guardaespaldas de una mujer adinerada, propietaria de una factoría.

—La señora decía que algunos empleados la amenazaban porque era rica y la insultaban llamándola tacaña y desgraciada. Según ella, lo único que hacía era cuidar sus gastos y mantener las cuentas en orden.

Benjamín sonrió con cierta ironía.

—La verdad era otra. Pagaba unos sueldos miserables y exprimía a sus trabajadores todo lo que podía. Pero mi trabajo era protegerla y eso hice durante seis meses… hasta que descubrí que conmigo era igual de tacaña. Entonces la mandé al carajo y me fui.

Los demás rieron.

—Para 1958 ya habían pasado cuatro años desde nuestro regreso y mi situación tampoco había mejorado demasiado. Había trabajo, sí, pero casi todo lo que encontraba era lo mismo: construcción, cargar mercancías, pintar paredes, trabajar como operario… Yo quería otra cosa. No sabía exactamente qué, pero tenía claro que no quería pasar el resto de mi vida haciendo aquello.

Fue entonces cuando, en la pensión donde vivía, conoció a un joven peruano llamado Alejandro Roselló Mendoza. Estaba de paso por Barcelona y coincidieron por casualidad.

—Alejandro era limeño. Tenía veinticinco años y venía de una familia con una situación económica bastante mejor que la mía. Hablaba mucho de Lima. Tanto, que después de escucharlo durante semanas contar historias de Miraflores, de sus calles y de sus paseos con los perros, yo ya tenía la sensación de conocer aquel lugar sin haber puesto jamás un pie en el Perú.

Alejandro era peruano de ascendencia española. Su padre provenía de Manacor, en

Mallorca, mientras que por parte de su madre existían raíces vascas y asturianas. Incluso hablaba de un lejano parentesco familiar con Toribio Rodríguez de Mendoza.

Pero hubo un detalle que llamó especialmente la atención de Benjamín.

—Un día, hablando de nuestras familias, me contó que su abuela materna se apellidaba Azcárraga.

Benjamín lo había mirado sorprendido.

—¿Azcárraga?

—Sí.

—¿Y de dónde era?

—De . De un pueblo pequeño llamado Yernes.

Benjamín soltó una carcajada al recordarlo.

—¡No me jodas! Yo soy Azcárraga y nací en Yernes.

Aquella coincidencia los llevó a comparar nombres, historias familiares y recuerdos transmitidos por sus mayores. No tardaron en llegar a una conclusión:

Eran parientes lejanos.

—Alejandro era algo más joven que yo, pero tenía mucho más mundo. Su familia lo había respaldado en sus decisiones y, además, tenía una personalidad que le abría puertas. Era simpático, conversador y hacía amigos con una facilidad que a mí me parecía casi sospechosa.

Físicamente también se parecían. Alejandro era algo más bajo, aunque bastante más extrovertido.

—Yo era otra cosa. Los años de prisión me habían vuelto desconfiado. Antes de confiar en alguien necesitaba observarlo durante bastante tiempo.

Sin embargo, con Alejandro fue diferente.

Había estudiado en Lima y comenzaba a interesarse por el mundo de los negocios y el sector inmobiliario. Benjamín, en cambio, procedía de una familia obrera y sabía que tendría que subir muchos más peldaños para alcanzar las oportunidades que su nuevo amigo había conocido desde joven.

Nada de aquello impidió que congeniaran.

—Nos hicimos amigos casi desde el primer momento. Y después descubrimos que, además de amigos, éramos algo así como primos perdidos al otro lado del Atlántico.

Alejandro hablaba constantemente de viajar.

De conocer otros países.

De empezar desde cero si era necesario.

Hasta que un día le contó sus planes.

—Me voy a Estados Unidos.

Aquellas palabras quedaron dando vueltas en la cabeza de Benjamín.

Estados Unidos.

Un país lejano del que sabía poco, salvo lo que había visto en las películas y escuchado contar a otros.

Pero la idea comenzó a crecer.

—Alejandro se marchó. Yo seguí trabajando en Barcelona, ahorrando lo que podía. Pero aquel condenado me había metido una idea en la cabeza.

Benjamín sonrió.

—Y cuando una idea se me mete en la cabeza, cuesta bastante sacármela.

Dos años después, en 1960, había reunido suficiente dinero para intentarlo.

—Pensé: si nada me retiene aquí, ¿qué demonios estoy esperando?

Vendió algunas pertenencias, preparó una maleta y compró el billete.

Su próximo destino sería Nueva York.

— O —

# Capítulo 17
## La historia de Benjamín Azcárraga (3)
## La vida en Nueva York

Recuerdos del año 1962

Tiempo después, durante otra de aquellas reuniones entre amigos, Benjamín volvió a hablar de sus primeros años en Nueva York.

—Después de la muerte de Alejandro tuve que aprender a vivir solo. Y eso tampoco fue fácil. Nueva York era una ciudad difícil de entender, incluso después de todo lo que habíamos vivido en Karaganda.

Hizo una pausa.

—A veces recordaba España. El sol, las calles, la gente sentada en las terrazas… y me preguntaba qué demonios estaba haciendo yo al otro lado del mundo, trabajando de noche en una tienda de Queens.

Sonrió.

—Pero Nueva York tenía algo. Uno podía sentirse completamente solo y, al mismo tiempo, encontrarse cada noche con personajes que terminaban formando parte de su vida.

—Había una anciana que aparecía cada dos o tres madrugadas, casi siempre hacia las tres. Llegaba en pijama, incluso en pleno invierno, y entraba caminando con los ojos cerrados.

La primera vez pensé que estaba borracha.

Pero no.

Estaba dormida.

Entraba, caminaba hasta una de las neveras y se quedaba allí, balanceándose ligeramente, sin decir una palabra.

—Ya sabíamos lo que había que hacer. No la despertábamos. Llamábamos a la policía y ellos se encargaban de llevarla nuevamente a casa.

Una noche dejó de venir.

Pasó una semana.

Luego otra.

Cuando volvieron los policías por el café, Benjamín preguntó por ella.

Uno de ellos bajó la mirada.

—La encontraron muerta en su apartamento, Ben. Llevaba varios días allí.

Benjamín guardó silencio.

—Aquello me afectó más de lo que hubiera imaginado. Ni siquiera sabía su nombre. Pero durante meses había formado parte de nuestras madrugadas. Después de su muerte, algunas veces miraba hacia la puerta a las tres de la mañana esperando verla entrar otra vez con aquel pijama y el pelo revuelto.

Hizo una pausa.

—Y estaba Orson.

Llegaba todos los días a las cuatro y media de la madrugada.

—*Hi, Ben.*

Ni buenos días ni nada. Entraba como si el negocio fuera suyo. Cogía el *Daily News*, se servía un café y se sentaba a leer.

Nunca pagaba.

Flavio soltó una carcajada.

—¿Y tú se lo permitías?

—Todos los días.

—¿Y tu jefe?

—Mi jefe fingía no verlo.

Orson era polaco. Había llegado a Estados Unidos siendo niño y durante años había trabajado como plomero. Nunca supe exactamente qué le había ocurrido. Cuando yo lo conocí ya era un viejo sin casa que dormía por la zona del Queensboro Bridge.

A las cinco y media doblaba cuidadosamente el periódico, dejaba la taza sobre el mostrador y levantaba la barbilla.

—*Bye, Ben. Have a good day.*

Y se marchaba.

—Era un indigente —recordó Benjamín—, pero salía de aquella tienda como si acabara de desayunar en el Waldorf.

Hacia las cinco y cuarenta y cinco llegaban algunas patrullas por el café. Benjamín ya conocía los gustos de cada uno: negro, con crema, con azúcar o sin nada.

—Decían que nuestro café era el mejor de Queens. Seguramente era mentira, pero venían todas las madrugadas.

Aquello terminó convirtiéndose en parte del ritual de la noche.

—También aprendí pronto que en invierno cada propietario debía limpiar la nieve frente al negocio.

La Navidad de 1962 le tocó trabajar.

Hacia las tres de la madrugada estaba quitando nieve de la acera cuando apareció un mexicano bastante borracho en una camioneta vieja.

Bajó la ventanilla.

—¿Qué coño haces trabajando en Navidad?

—Lo mismo que usted conduciendo borracho —le respondí.

El hombre se quedó mirándolo y después soltó una carcajada.

Le preguntó de dónde era.

—De España.

—¿Y tu familia?

—Lejos.

Entonces se puso a llorar.

Se bajó de la camioneta, lo abrazó como si lo conociera de toda la vida y le dijo:

—Métele huevos, cabrón. Esto no dura toda la vida.

Después compró unas cervezas, pateó un coche estacionado y comenzó a insultar a Truman.

Benjamín soltó una carcajada.

—Lo curioso es que Truman llevaba casi diez años fuera de la Casa Blanca.

—Yo salía del trabajo a las siete de la mañana —continuó— y tomaba el metro hacia Manhattan para estudiar inglés. Más de una vez me quedé dormido y desperté nuevamente en Queens sin saber dónde demonios estaba. Y varias veces me robaron sin que me diera cuenta.

Vivía en una buhardilla pequeña, de paredes agrietadas, encima de un lugar que nunca supo exactamente qué era, aunque por el movimiento nocturno podía imaginarlo.

Dormía cuando podía.

Trabajaba cuando tocaba.

—Hubo noches en que pensé seriamente en regresar a España. Recordaba Las Ramblas, la Barceloneta, las verbenas… y me preguntaba qué hacía yo allí, solo, comiéndome una hamburguesa que no sabía a nada.

Benjamín sonrió.

—Después me acordaba del pan negro de Karaganda y se me quitaban las ganas de quejarme.

Poco a poco Nueva York dejó de parecerle una ciudad enemiga.

Empezó a conocer sus calles.

Sus horarios.

Sus ruidos.

Y también a su gente.

La anciana sonámbula.

Orson.

Los policías de la madrugada.

Su jefe pakistaní.

El mexicano borracho de aquella Navidad.

Ninguno era familia.

Pero algunos comenzaban a parecerse bastante.

—Supongo que fue entonces cuando dejé de preguntarme cuándo regresaría a España.

Flavio lo miró.

—¿Y empezaste a sentirte americano?

Benjamín negó con una sonrisa.

—Qué va. Apenas estaba empezando a sentir que podía quedarme.

— O —

# Capítulo 18
## La historia de Benjamín Azcárraga (4)
## Bianca y Benjamín. Una cirugía y la vida en New Hampshire

Recuerdos del año 1964

Benjamín acababa de cumplir treinta y cinco años y llevaba cuatro viviendo en Nueva York cuando apareció una posibilidad inesperada.

Un pariente por parte de su madre, Carlos Mendoza Azcárraga, vivía a unas horas de la ciudad. Algunos familiares en España le habían hablado de la situación de Benjamín y Carlos decidió viajar hasta Nueva York para verlo.

Lo encontró agotado. Cuatro años de trabajos nocturnos, habitaciones miserables y una ciudad que nunca terminaba de darle tregua habían comenzado a pasarle factura.

—Vente conmigo a New Hampshire —le propuso—. Allí puedes empezar de nuevo.

Benjamín no respondió de inmediato.

Para entonces había aparecido alguien que hacía más difícil tomar cualquier decisión solo.

Se llamaba Bianca Martinovic.

—Bianca era chilena, de ascendencia croata —recordaba Benjamín—. Había nacido en Punta Arenas y, como su padre había sido diplomático,

había pasado buena parte de su infancia y juventud viajando de un país a otro.

Trabajaba como profesora en un jardín infantil cercano al instituto de Manhattan donde ambos estudiaban inglés. Ella estaba en los cursos avanzados. Benjamín todavía peleaba con los principiantes.

Era menuda, de ojos color miel y expresión tranquila. Hablaba poco, pero cuando decía algo uno la escuchaba.

Benjamín sonrió al recordarla.

—Y tenía una sonrisa… Bueno, supongo que por esa sonrisa empezó todo.

Comenzaron estudiando juntos. Después llegaron las caminatas por los parques, el cine y las cenas sencillas en lugares donde ninguno de los dos tuviera que mirar demasiado los precios.

La cercanía fue creciendo sin necesidad de explicaciones.

Hasta que una noche Benjamín decidió hablar.

—Mira, Bianca… desde hace tiempo siento que esto ya no es solamente amistad.

Ella lo miró en silencio.

—Tal vez podríamos intentar algo más serio.

Bianca sonrió.

—Ya me estaba impacientando. Pensé que nunca lo dirías.

Meses después decidieron casarse sin ceremonias grandiosas ni discursos solemnes. Una

firma ante la autoridad correspondiente bastó para formalizar algo que ambos consideraban mucho más importante que cualquier rito.

Poco después aceptaron la propuesta del tío Carlos y se trasladaron a New Hampshire.

Al comienzo trabajaron limpiando oficinas en la empresa familiar. Era un empleo nocturno, pero mucho más tranquilo que la vida que Benjamín había llevado en Nueva York.

Con los ingresos de ambos lograron alquilar un pequeño aparta estudio y comprar un automóvil usado que les permitió conocer los alrededores durante los fines de semana.

La vida comenzaba, por fin, a tomar cierta forma.

Hasta que una tarde todo volvió a cambiar.

Bianca salía de una tienda cuando sintió un mareo repentino.

Benjamín alcanzó a sostenerla antes de que cayera.

—Al principio pensé que era un desmayo cualquiera.

La ambulancia la llevó al hospital.

Después empezaron los exámenes. Vinieron análisis, estudios, consultas. Y finalmente el diagnóstico.

Un tumor cerebral.

Durante unos segundos ninguno de los dos supo qué decir.

Los días siguientes transcurrieron entre médicos, nuevas pruebas y explicaciones que parecían no terminar nunca.

Finalmente decidieron operar.

Minutos antes de que llevaran a Bianca al quirófano, Benjamín pidió a las enfermeras unos minutos a solas con ella.

Se sentó junto a la cama y le tomó la mano.

—Bianca, tengo que contarte algo.

Ella lo miró.

—¿Ahora?

—Sí. No sé por qué, pero necesito hacerlo ahora.

Permaneció unos segundos en silencio.

—Hace muchos años, cuando estaba en Karaganda, ocurrió algo…

Se detuvo.

Las palabras no salieron.

Había guardado aquello durante demasiado tiempo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Bianca.

Benjamín bajó la mirada.

En ese momento se abrió la puerta.

Entró el cirujano acompañado por dos enfermeras.

—Ha llegado la hora —dijo—. Hemos revisado nuevamente los estudios. Haremos todo lo posible.

Benjamín apretó la mano de Bianca.

—¿Va a salir bien?

El médico sostuvo su mirada.

—Eso esperamos.

Las enfermeras comenzaron a mover la camilla.

Benjamín caminó junto a ella por el pasillo hasta que una puerta le impidió continuar.

Bianca levantó una mano.

Él hizo lo mismo.

Después la puerta se cerró.

Benjamín quedó solo.

No sabía qué hacer.

Caminó unos metros por el corredor.

Entonces vio un pequeño letrero al fondo.

CAPILLA

Nunca se le hubiera ocurrido entrar en una capilla a rezar. Hacía muchos años que había dejado de pensar seriamente en Dios.

Aun así, entró.

La capilla estaba vacía.

Se sentó en una banca de madera.

No rezó. No sabía qué decir. Pensaba en Bianca. Eso era todo.

Permaneció allí durante varios minutos.

Y entonces ocurrió algo que todavía muchos años después no conseguía explicar.

Dejó de tener miedo.

No desapareció la preocupación.

No tuvo ninguna visión. No escuchó voces. Simplemente apareció una tranquilidad que no estaba allí cuando había entrado.

De pronto sintió los ojos húmedos.

Se llevó una mano al rostro.

—Ese no soy yo —pensó.

Se secó las lágrimas casi con rabia.

Hacía años que no lloraba.

Algo había cedido dentro de él.

Mucho tiempo después se lo contaría a Leandro y a Flavio.

—No sé qué pasó aquella tarde —les dijo—. Solo sé que entré allí sintiéndome completamente solo y salí sintiendo que no lo estaba.

Seis horas después

Benjamín seguía esperando cuando apareció el cirujano.

Se levantó de inmediato.

—La cirugía ha salido bien —dijo el médico—. Ahora tendremos que esperar y observar su evolución, pero estamos satisfechos con el resultado.

Benjamín cerró los ojos.

Sintió un alivio tan grande que durante unos segundos no supo qué hacer con él.

Y apareció una pregunta extraña.

¿A quién agradecía?

No sabía la respuesta.

Durante los meses siguientes llegaron los tratamientos, los controles y las interminables visitas al hospital.

Poco a poco los resultados comenzaron a ser favorables.

Ocho meses después, los médicos hablaron por primera vez de una recuperación satisfactoria.

Bianca había sobrevivido.

Benjamín también comenzó a cambiar de vida.

Dejó el trabajo de limpieza y consiguió empleo en un restaurante familiar de Manchester.

Al principio hacía de todo: recibía mercancía, ayudaba en la cocina, atendía clientes, limpiaba cuando era necesario y reemplazaba a quien faltara.

Su disciplina y su manera de tratar a la gente llamaron pronto la atención del propietario.

Pocos meses después lo nombraron encargado del local.

Por primera vez en muchos años, Benjamín sintió algo parecido a la estabilidad.

—No era riqueza ni gloria —recordaba—. Era algo mucho más sencillo: llegar a casa y saber que alguien me esperaba.

Hizo una pausa.

—Después de Karaganda y Nueva York, aquello ya era bastante.

Paralelamente comenzó a estudiar en cursos nocturnos relacionados con administración, publicidad y mercadeo.

La vida en pareja se fortalecía.

Pero los inviernos del norte empezaron a pesarles. La nieve. El hielo. Los meses interminables de frío.

Para Benjamín, especialmente, aquellas temperaturas traían demasiados recuerdos. Finalmente decidieron buscar un lugar más cálido. Florida comenzó a parecerles una posibilidad.

Faltaban pocos días para marcharse cuando, una mañana de febrero, Benjamín vio detenerse un vehículo policial frente al restaurante.

Dos oficiales descendieron del coche.

Phil Hunter y Steve Smolenski. Eran clientes habituales. Entraron.

—Buenos días, Ben.

—Buenos días. ¿Lo de siempre?

Hunter negó con la cabeza.

—Hoy no venimos por café.

Dejó una bolsa sobre el mostrador.

—Es para ti.

Benjamín la abrió.

Dentro había una gorra oficial de la policía de New Hampshire.

La sostuvo entre las manos sin saber qué decir.

Smolenski sonrió.

—Para que no te olvides de nosotros.

Benjamín levantó la mirada.

—No sé qué decir.

—No digas nada —respondió Hunter—. Solo llévatela.

Smolenski le tendió la mano.

—Cuídate, Ben.

Benjamín la estrechó.

Después los dos hombres lo abrazaron.

Años más tarde, todavía recordaba aquel momento.

—No sé por qué —les confesó a Leandro y a Flavio—, pero aquello me hizo llorar.

Flavio sonrió.

—Coño, Benjamín. Al final resultó que sí sabías.

Benjamín bajó la mirada y sonrió.

—Parece que sí.

— O —

# Capítulo 19
## La historia de Benjamín Azcárraga (5)
### De New Hampshire a Tampa

Mientras compartían un café en una de aquellas tertulias, Leandro recordó algunos episodios de la vida de Benjamín en Estados Unidos.

—Aquellos años en New Hampshire fueron decisivos —dijo—. Allí terminó de dominar el inglés y comenzó a estudiar en serio. Era como si quisiera recuperar todo el tiempo que le habían robado.

Flavio lo miró con curiosidad.

—Pero ¿cómo hizo para estudiar una carrera universitaria si prácticamente no había terminado la escuela?

—Eso mismo le pregunté yo una vez —respondió Leandro—. Me contó que, recién llegado a Nueva York, había comenzado a validar sus estudios de primaria y secundaria para adultos. Después siguió estudiando mientras trabajaba.

Con el tiempo, Benjamín logró ingresar a la universidad. Validó algunas materias, obtuvo su título en Marketing en Rivier University y más tarde continuó su formación académica en Massachusetts.

Muchos años después confesaría que cada examen aprobado representaba para él algo más que un logro personal.

Era también una manera de honrar la memoria de Alejandro.

Vida en Florida

Con los años, Benjamín y Bianca comenzaron a sentir que su etapa en New Hampshire estaba llegando a su fin.

Por primera vez en su vida, Benjamín podía elegir hacia dónde marcharse.

No había una guerra empujándolo.

No había guardias.

No había hambre.

No había una frontera que tuviera que cruzar para salvar la vida.

Esta vez era diferente.

Él y Bianca habían decidido marcharse porque querían hacerlo.

Hablaron durante semanas sobre diferentes posibilidades hasta que terminaron mirando hacia el sur.

Florida.

Y finalmente eligieron Tampa.

—Creo que fue una de las primeras decisiones verdaderamente libres de mi vida —recordaría Benjamín años después—. Parece una tontería, pero poder mirar un mapa y decir: «Quiero vivir allí», sin que nadie te obligue a hacerlo, era algo que todavía me resultaba extraño.

Llegó el último día en New Hampshire.

El camión de U-Haul esperaba frente al edificio, cargado con sus pertenencias. No eran

demasiadas, pero allí estaba buena parte de la nueva vida que habían conseguido construir desde casi nada.

—Ya estábamos dando el último vistazo al apartamento vacío —recordaba Benjamín—. Queríamos dejarlo limpio, tal como lo habíamos recibido.

Entonces miró a Bianca.

Permanecía inmóvil en mitad de la sala, recorriendo las paredes con la mirada.

Aquellas habitaciones habían sido testigos de sus primeros años juntos, de la enfermedad, de la cirugía, de la recuperación y de pequeños triunfos cotidianos que, después de todo lo vivido, habían terminado significando mucho.

Ninguno de los dos dijo nada.

Poco después cerraron la puerta.

Entregaron las llaves y permanecieron unos segundos frente al edificio.

Una etapa terminaba.

Benjamín abrió la puerta del camión.

—Vamos, Bianca.

Ella sonrió.

Subieron.

Benjamín encendió el motor.

—El viaje duró tres días —recordaría—. Llevábamos pocas cosas, pero una cantidad enorme de ilusiones.

La carretera se abrió delante de ellos.

Esta vez Benjamín no miró hacia atrás.

Después de tantos años viajando porque otros habían decidido por él, finalmente podía escoger su propio destino.

Y ese destino estaba al sur.

Tampa, Florida.

Llegada a Tampa

El viaje duró tres días.

Cuando finalmente llegaron a Tampa, Benjamín sintió que había entrado en otro país dentro de los Estados Unidos. El frío de New Hampshire quedó atrás. Había palmeras, un sol intenso y un aire húmedo que llegaba desde el golfo.

—Después de tantos años huyéndole al frío —recordaba—, aquello me parecía una bendición.

Los primeros meses fueron nuevamente de adaptación.

Benjamín consiguió trabajo en el sector hotelero mientras buscaba una oportunidad más acorde con su formación. Bianca, por su parte, comenzó los trámites necesarios para ejercer como educadora y, tiempo después, abrió un pequeño jardín infantil.

—A ella siempre le habían gustado los niños —contaba Benjamín—. Y tenía una paciencia que yo nunca tuve. Verla llegar cada tarde contando las ocurrencias de sus alumnos me hacía pensar que, por

fin, nuestra vida comenzaba a parecerse a la de cualquier matrimonio normal.

Aquello, para Benjamín, era mucho.

Después de Karaganda, España, Nueva York y los años difíciles en New Hampshire, la normalidad se había convertido en una forma de fortuna.

También llegó una noticia que llevaban tiempo esperando.

—Un día nos citaron para la entrevista final de inmigración. Más formularios, documentos, preguntas, huellas digitales… ya estábamos acostumbrados.

Benjamín sonrió.

—Y finalmente llegaron las *Green Cards*.

Lo celebraron de una manera especial.

Compraron dos pasajes para viajar a España.

Hacía años que Benjamín no regresaba a Europa y aquel viaje tuvo un significado diferente a los anteriores. Ya no volvía como el muchacho desconcertado que había descendido del *Semíramis* sin saber dónde estaba su lugar en el mundo.

Ahora tenía una esposa.

Una profesión.

Un hogar al cual regresar.

De vuelta en Tampa, Benjamín decidió intentar algo distinto.

—Un día me presenté en una estación de televisión. No tenía demasiadas esperanzas, pero

llevaba mis estudios, mi experiencia laboral y, sobre todo, unas ganas enormes de aprender.

Después de varias entrevistas consiguió un puesto auxiliar. El mundo de la televisión lo fascinó desde el comienzo. Cámaras. Luces. Consolas. Sonido. Edición. Equipos cuyo funcionamiento apenas comprendía.

—Yo quería saber cómo funcionaba todo aquello. —dijo Benjamín— Cuando terminaba mi jornada laboral, muchas veces permanecía más tiempo observando a los técnicos. Preguntaba. Tomaba notas. Me ofrecía para ayudar. Cuando algo no entendía, buscaba a quien pudiera explicármelo.

—Nunca me dio vergüenza preguntar. Vergüenza me habría dado tener la oportunidad de aprender y desperdiciarla.

Poco a poco Benjamín fue dominando los equipos y los procedimientos.

Aprendió edición de noticias y programas, y también todos los aspectos relacionados con sonido, iluminación, operación de cámaras, y en general la producción de televisión.

Y con cada nueva responsabilidad aparecía otra oportunidad.

Benjamín había descubierto algo que durante años nadie había podido quitarle: una enorme capacidad para adaptarse.

—En Karaganda uno aprendía rápido porque equivocarse podía costarte una paliza o algo peor. En Estados Unidos descubrí que esa misma costumbre de observar, aprender y no rendirme podía servir para otra cosa.

Ya no se trataba de sobrevivir.

Se trataba de avanzar.

Con los años, Benjamín fue adquiriendo mayores responsabilidades dentro de la estación. Su vida profesional comenzaba finalmente a tomar rumbo.

Y también la de Bianca.

Sin darse cuenta, aquellos dos inmigrantes que habían comenzado limpiando oficinas en New Hampshire estaban construyendo una vida que pocos años antes ninguno de los dos habría imaginado.

— O —

# Capítulo 20
## La historia de Flavio Ayerbe (1)
### Años después

Flavio comentaba con aquella media sonrisa retorcida que todos conocían.

—De la prisión siempre me acuerdo del Carecaucho —dijo—. Olía a mierda. Decían que la mano no le alcanzaba para limpiarse el culo, así que simplemente se subía los pantalones y asunto arreglado. Todo el mundo salía huyendo cuando el cabrón se acercaba.

Benjamín negó con la cabeza mientras sonreía. Leandro soltó una carcajada breve.

Flavio siempre terminaba recordando el episodio más cochino del campo como si fuera el mejor chiste del mundo.

Así era él. Bajo, compacto, de humor procaz y lengua afilada. Allí donde Benjamín callaba y Leandro reflexionaba, Flavio soltaba una grosería capaz de hacer reír hasta al más triste.

Solo quienes lo conocían bien sabían que, detrás de aquella risa fácil, seguía viviendo el muchacho de trece años que había sobrevivido a Karaganda.

—Recuerdo —dijo Flavio—, que en mayo del 42 me sorprendieron unos guardias soviéticos

mientras cargaba unas provisiones que acababa de robar.

Se encogió de hombros.

—Sí, coño, robadas. ¿Qué queríais que hiciera? Tenía trece años y hambre. A ver quién se pone exquisito con el estómago vacío.

Algunos sonrieron.

—Los muy hijos de puta me dieron una paliza que me dejaron la rodilla derecha hecha mierda. Hacía poco había cumplido trece años. Sin fiesta, sin regalos, sin tarta ni hostias. Mi regalo de cumpleaños fue una paliza.

Guardó silencio unos segundos.

—Después me metieron seis días en un calabozo de la estación. Sin comida, sin baño, sin nada. Aquello era un agujero inmundo. De niño había oído hablar de presos que dormían encima de su propia mierda. Nunca pensé que terminaría siendo uno de ellos.

Bebió un sorbo de su cañita antes de continuar.

—Lo único que me mantenía despierto era pensar cómo vengarme. Me pasaba las horas imaginando cómo matar a aquellos cabrones. A uno lo ahorcaba. Al otro le cortaba el cuello. Tenía trece años y ya pensaba como un asesino.

Soltó una risa seca.

—Si a uno lo mandaran al infierno por las cosas que piensa, yo ya tenía reservado sitio en primera fila.

A los seis días me soltaron.

—No fue por buena gente. No tenían ni con qué alimentarme. Así que tuve mala suerte… y buena suerte al mismo tiempo.

La paliza le dejó una cojera que nunca desaparecería por completo.

—Dicen que camino torcido y patiabierto, como si estuviera cagado —añadió con una sonrisa—. Pero aquello no fue nada. Después llegó Karaganda. Ahí sí supimos lo que era el infierno.

Flavio hizo una pausa.

—La segunda vez ya la conocéis vosotros. Fue cuando nos capturaron juntos y nos mandaron directo al campo Spassk número 99, en Karaganda.

Volvió a beber.

—Yo venía del País Vasco, de Elanchove, un pequeño pueblo de Vizcaya colgado sobre unos acantilados frente al mar. Allí los hombres salían a pescar y las familias se quedaban esperando que regresaran. Así era la vida.

Por un momento pareció alejarse de la conversación. Bebió un sorbo mientras su mirada se perdía en algún punto de la habitación. Luego continuó…

—Mis padres eran religiosos hasta los huesos: escapularios, estampitas, rosarios… En mi casa se rezaba por todo.

Hizo girar el vaso entre los dedos.

—Después de Karaganda dejé de hablar con Dios. Si estaba ahí arriba, llevaba demasiado tiempo sin contestarme.

Nadie dijo nada.

—Desde entonces aprendí otra cosa: a no esperar milagros. Antes de dar un paso procuraba saber dónde iba a poner el pie. Podía parecer temerario, pero hacía tiempo que había dejado de confiar en la suerte.

Flavio retomó entonces el relato del regreso.

—Cuando el *Semíramis* llegó a puerto español, todo era fiesta y propaganda. Banderas, discursos, gente llorando… Un espectáculo montado por un gobierno que necesitaba mostrarse magnánimo.

Su expresión cambió.

—Pero la alegría duró poco.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—Pronto nos dimos cuenta de que aquellos momentos con los que habíamos soñado durante tantos años ya no existían. Frente a nosotros había padres que parecían extraños. Abrazos sin memoria. Gente que te miraba esperando encontrar al niño que se había marchado diecisiete años antes.

Flavio permaneció unos segundos en silencio.

—Y aquel niño ya no existía.

Benjamín bajó la mirada.

Leandro permaneció inmóvil.

—Ahí estaban todos, esperando —continuó Flavio—. La gente corría de un lado para otro. Se abrazaban. Lloraban. Gritaban nombres. Yo miraba aquellas caras y no reconocía a nadie.

Una anciana que estaba cerca se volvió hacia él.

—Pero si son vuestros padres…

Flavio la miró.

No había rabia en sus ojos.

Solo cansancio.

—¿Mis padres? Mis padres murieron hace diecisiete años, señora. Estos… no sé quiénes son.

La mujer no supo qué responder.

Flavio miró una vez más hacia donde estaban aquellos dos ancianos que aguardaban por él.

Durante años había imaginado aquel momento.

En las noches del campo.

Mientras trabajaba.

Cuando el hambre no lo dejaba dormir.

Cuando pensaba que jamás volvería a España.

Había imaginado el abrazo.

Las palabras.

El regreso a casa.

Pero ahora que los tenía delante no sentía nada de aquello.

O quizá sentía demasiado.

—Hostias… —murmuró—. Me cago en la puta leche.

Se dio la vuelta.

—Me largo.

Y comenzó a caminar.

El ruido del puerto fue quedando atrás mientras avanzaba con su paso torcido.

No volvió la cabeza.

Una sola lágrima le cruzó la mejilla.

Solo Benjamín y Leandro alcanzaron a verla.

No dijeron nada.

— O —

# Capítulo 21
## La historia de Flavio Ayerbe (2)
## La entrega del paquete

Barcelona, España

En otra de aquellas reuniones, celebrando un cumpleaños entre cañas y recuerdos, los tres amigos volvieron a encontrarse alrededor de la misma mesa.

Flavio Ayerbe apoyó los codos y los miró con aquella mezcla de desparpajo y gravedad que lo caracterizaba.

—Bueno, permitidme comenzar, pero sin interrupciones, no jodáis. Durante los primeros dieciocho meses después de regresar a España estuve dando tumbos por Barcelona sin encontrar un rumbo fijo.

Bebió un sorbo antes de continuar.

—Hacía de todo: cargaba bultos en el puerto, llevaba recados para los mayoristas, cortaba césped, limpiaba piscinas en las casas de Pedralbes y Sarrià… lo que saliera.

Sonrió con picardía.

—Y también hacía algunos mandados para señoras de alcurnia que pagaban mejor ciertos favores que el trabajo honrado. Ya me entendéis. Un polvito de vez en cuando resultaba conveniente para ambas partes y, que yo recuerde, nadie presentó reclamaciones.

Benjamín negó con la cabeza.

—No seas tan fanfarrón.

—Aquí tenemos a Don Juan Tenorio —añadió Leandro.

—Envidia, coño. Eso es lo que tenéis.

Los tres rieron.

Eran años en los que cualquier pequeño placer ayudaba a dejar atrás lo vivido: unas cañas, algo de comer si alcanzaba el dinero y, de vez en cuando, una mujer con quien compartir la noche y recordar que todavía se estaba vivo.

Flavio esperó a que cesaran las risas.

—Corría 1956 cuando me ocurrió algo que terminó cambiándome la vida sin que yo pudiera imaginarlo.

Se acomodó en la silla.

—Un día, cerca de las Ramblas, vi pasar a una pareja mayor, muy bien vestida. La mujer llevaba un paquete bajo el brazo y, en algún momento, se le cayó sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Flavio lo recogió y corrió detrás de ellos.

—¡Señora! ¡Señora!

No lo oyeron.

Cuando llegó hasta la calle, la pareja ya subía a un Mercedes-Benz. El coche arrancó antes de que pudiera alcanzarlos.

—Lo único que pude hacer fue memorizar la matrícula.

Aquella noche, al regresar a la pensión, Flavio dejó el paquete sobre la pequeña mesa junto a la cama.

Durante varios minutos no lo tocó.

Se quitó los zapatos, se recostó y trató de olvidarse de él.

No pudo.

Volvió a sentarse.

Tomó el paquete entre las manos.

—¿Qué coño habrá aquí dentro?

Finalmente levantó con cuidado las cintas que lo mantenían cerrado.

—Y entonces se me secó la boca.

Había dinero. Mucho dinero.

También encontró varios documentos con sellos, nombres de bancos y empresas.

Contó los billetes una vez. Después volvió a contarlos. Un millón seiscientas cincuenta mil pesetas.

Flavio permaneció inmóvil.

—Con aquello podía cambiar mi vida. Podía comprarme una casa. Podía largarme de Barcelona. Nadie me había visto recoger el paquete. Nadie sabía que estaba conmigo.

Miró nuevamente el dinero.

—Y entonces pensé: ¿por qué no?

Durante un instante, la respuesta pareció sencilla.

Porque podía hacerlo. Porque nadie lo había visto. Porque nadie podría acusarlo de nada. Permaneció largo rato sentado frente al paquete.

Y entonces recordó una maleta.

—Yo era un crío —continuó—. Un día encontré una maleta nueva tirada cerca del colegio. No había nadie alrededor y la mía estaba hecha polvo, así que me la llevé a casa.

Cuando se lo contó a su madre, ella lo miró con desaprobación.

—Esa maleta no es tuya, Flavio.

—Pero estaba tirada. Y nadie me vio.

—¿Nadie?

—Nadie.

Su madre guardó silencio.

—Sí hubo alguien que te vio.

Flavio la miró desconcertado.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo?

—Tú te viste recogiendo una maleta que sabías que no era tuya. Y con eso basta.

Flavio no respondió.

—Puedes quedártela y recordar algún día que te quedaste con algo ajeno. O puedes llevarla mañana al colegio y dejarla allí. Quizá aparezca su dueño, quizá no. Eso ya no será asunto tuyo. Lo que sí será

asunto tuyo es saber qué clase de persona decidiste ser.

A la mañana siguiente, Flavio llevó la maleta al colegio.

Muchos años después, sentado en aquella habitación de una pensión de Barcelona, volvió a escuchar la voz de su madre.

Miró el dinero.

—Y me acordé de Karaganda. Allí vi hombres robar un pedazo de pan para no morirse. Yo mismo había robado comida cuando tenía trece años y hambre. Pero aquello era distinto. Yo ya no tenía trece años. No me estaba muriendo de hambre. Y ese dinero tenía dueño.

Cerró el paquete.

—Podían haberme roto una pierna. Podían haberme matado de hambre. Pero todavía podía decidir qué clase de hombre quería ser.

Lo escondió debajo del colchón.

Ahora tenía que encontrar al dueño.

Lo único que conservaba era la matrícula del Mercedes.

Durante los días siguientes preguntó aquí y allá. No fue sencillo. Acudió a conocidos, hizo averiguaciones y terminó encontrando a alguien que pudo ayudarlo a identificar al antiguo propietario del automóvil.

Se llamaba Ricardo Jacobsen.

Flavio consiguió localizarlo.

Jacobsen le explicó que había vendido el Mercedes meses atrás a una pareja de apellido López y, después de escuchar la historia, accedió a proporcionarle una forma de ponerse en contacto con ellos.

Flavio hizo la llamada.

—Buenos días. ¿Familia López?

—Sí. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Flavio Ayerbe. Creo que tengo algo que les pertenece.

Hubo un breve silencio.

La mujer llamó a su marido.

Pocos segundos después, una voz grave apareció al otro lado de la línea.

—¿Qué tiene usted?

—Un paquete que su esposa perdió hace unos días.

El silencio fue esta vez mucho más largo.

—¿Lo tiene usted?

—Lo tengo.

—¿Busca una recompensa? ¿De cuánto estamos hablando?

Flavio frunció el ceño.

—No, señor. No busco ninguna recompensa. Quiero devolverle su paquete.

—¿Conoce el contenido?

—Sí. Lo abrí.

—¿Y?

—Hay un millón seiscientas cincuenta mil pesetas y unos documentos financieros. Todo está ahí.

El hombre tardó unos segundos en responder.

—Tenemos que vernos.

Acordaron encontrarse esa misma tarde en la plaza de España, frente a la entrada de la plaza de toros de Las Arenas.

A las tres y media de la tarde, Flavio llegó al lugar convenido.

Gregorio López lo esperaba vestido con traje oscuro y sombrero, tal como se había descrito por teléfono.

Flavio se acercó.

—¿Señor López?

—Sí.

Sacó el paquete y se lo entregó.

—Aquí está. Revise el dinero ahora mismo, por favor.

Gregorio sostuvo el paquete entre las manos, pero no lo abrió.

—No hace falta.

Flavio lo miró sorprendido.

—Yo que usted lo contaría.

El hombre negó con la cabeza.

—No. Le creo.

—Bueno. Entonces eso es todo.

Flavio extendió la mano para despedirse.

Gregorio no se la aceptó todavía.

—De ninguna manera. Quiero que hablemos un poco más.

—¿De qué?

—De usted.

Flavio soltó una carcajada.

—Eso puede tomar bastante tiempo.

—Tengo tiempo.

Caminaron hasta un café cercano y ocuparon una mesa.

Al principio hablaron de cosas triviales. Después Gregorio comenzó a hacer preguntas.

Quería saber quién era aquel joven que había tenido durante varios días una pequeña fortuna debajo del colchón y había recorrido media Barcelona para devolverla.

Flavio terminó contándole parte de su historia.

El País Vasco.

La salida de España siendo un niño.

La Unión Soviética.

El hambre.

Karaganda.

El regreso en el *Semíramis*.

Y aquellos meses dando tumbos por Barcelona, aceptando cualquier trabajo que le permitiera sobrevivir.

Gregorio escuchó sin interrumpir.

Cuando Flavio terminó, el hombre permaneció unos instantes en silencio.

—Yo soy empresario en Cuba —dijo finalmente—. Tengo una fábrica de embutidos y carnes enlatadas.

Flavio asintió.

—Necesito gente en quien pueda confiar. Gente que no tenga que vigilar todo el tiempo.

Señaló el paquete que había dejado sobre una silla.

—Usted acaba de demostrarme algo que no se aprende en ninguna escuela.

Flavio lo observó con curiosidad.

Gregorio se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Le interesaría trabajar conmigo en La Habana?

Flavio no respondió.

Miró su taza.

Después dirigió la vista hacia la calle.

Hacía apenas unos minutos había acudido a aquel lugar con la única intención de devolver algo que no le pertenecía.

Ahora un desconocido acababa de ofrecerle la posibilidad de comenzar otra vida.

—¿La Habana? —preguntó.

—La Habana.

Flavio permaneció pensativo.

Luego se encogió de hombros.

—Nada me ata aquí.

Gregorio sonrió.

—Entonces piénselo.

—Lo pensaré.

Quedaron en encontrarse nuevamente la semana siguiente.

Cuando Flavio regresó aquella noche a la pensión, el ruido de los demás inquilinos le pareció diferente.

Entró en su habitación y encendió la luz.

La pequeña mesa estaba vacía.

También lo estaba el lugar debajo del colchón donde había permanecido escondido el paquete durante aquellos días.

Se sentó en la cama.

Por primera vez en mucho tiempo, pensó en el futuro sin saber exactamente qué esperar de él.

Recordó la voz de su madre.

Tú te viste.

Sonrió.

Apagó la luz.

Una semana después aceptó viajar a Cuba.

— O —

# Capítulo 22
## La historia de Flavio Ayerbe (3)
## Aquellos días de vida caribeña disipada

Recuerdos del año 1957

La Habana, Cuba

Flavio continuaba relatando a sus amigos algunos episodios de aquella etapa de su vida en el Caribe.

—Un par de meses después de llegar a Cuba ya estaba trabajando en La Charcutería, la fábrica de Gregorio López, en La Habana. Me asignaron como supervisor de producción y control de calidad.

La planta se dedicaba a la elaboración de productos derivados de la carne de cerdo: jamones, mortadelas, salchichas, chorizos y otros productos que también se exportaban a Estados Unidos.

El trabajo exigía disciplina, pero por primera vez en muchos años Flavio tenía algo parecido a una vida estable.

—Aquello era otro mundo —continuó—. Sol, palmeras, música por todas partes y gente con unas ganas de vivir que se contagiaban. Se trabajaba duro, claro, pero al terminar la jornada siempre había algún lugar donde tomarse un ron, escuchar música o buscar compañía.

Benjamín sonrió.

—Sobre todo compañía.

Flavio levantó el vaso.

—Coño, Benjamín, acababa de salir de diecisiete años entre guerras, hambre, nieve y cabrones. Algún derecho tendría a recuperar el tiempo perdido.

Leandro soltó una carcajada.

—Continúa, Don Juan Tenorio.

Flavio sonrió.

Durante aquellos primeros meses, los recuerdos de Karaganda comenzaron a quedar relegados a algún rincón de la memoria. Durante el día casi conseguía olvidarlos.

Por las noches era diferente.

Algunas veces despertaba sobresaltado. Regresaban los rostros demacrados, las ratas, los barracones y aquel frío que parecía haberse quedado metido para siempre dentro de los huesos.

Entonces abría los ojos.

La habitación estaba oscura.

Pero hacía calor.

Y eso bastaba para recordarle que ya no estaba allí.

—Bueno, bueno —interrumpió Benjamín—. Pero cuéntanos algo de las mujeres. Algo interesante de aquella famosa vida caribeña.

Flavio soltó una risa.

—Está bien. Hubo una noche…

Se quedó pensando unos segundos.

—Llevaba varios meses viviendo en La Habana. Era viernes y unos compañeros de la fábrica decidieron celebrar mi cumpleaños.

El calor era sofocante. La humedad pegaba la camisa al cuerpo y las bebidas llegaban a la mesa con mayor rapidez de la que desaparecían.

—Empezamos con cerveza y después apareció el ron. Mucho ron. Demasiado.

Al rato llegaron cuatro muchachas y se sentaron con ellos.

—Dos eran blancas, una negra y a mi lado se sentó una morena. No recuerdo su nombre. Ni siquiera estoy seguro de recordar su cara. Pero en aquel momento me pareció la mujer más bonita de toda La Habana.

—El ron ayuda bastante en esas apreciaciones —comentó Leandro.

—Muchísimo. Deberían venderlo como tratamiento para la fealdad.

Los tres rieron.

La música fue aumentando de volumen.

Sonaban sones, boleros, guarachas y mambos. La gente hablaba, reía y bailaba entre las mesas.

Después de cierto momento, Flavio dejó de recordar el orden de las cosas.

—Sé que la muchacha me agarraba la mano. Después recuerdo su mano sobre mi pierna.

Miró a Benjamín.

—Y hasta ahí llegan los detalles que pienso compartir con vosotros, par de degenerados.

—Continúa, coño —respondió Benjamín.

Flavio rio.

—En algún momento dejaron la música grabada y apareció un hombre cantando boleros. Ella me sacó a bailar.

A partir de entonces los recuerdos comenzaron a deshacerse.

Un taxi.

Una calle que no reconocía.

Unas escaleras oscuras.

La muchacha delante de él.

Después, nada.

—No sé cuánto tiempo pasó.

Lo primero que escuchó fue agua.

Un sonido continuo que al principio creyó formar parte de algún sueño.

Abrió los ojos.

La cabeza le estallaba.

Tardó unos segundos en comprender dónde estaba.

Era una habitación pequeña y descuidada. Las paredes tenían manchas de humedad. Había una silla desvencijada, un cuadro torcido y una botella de cerveza vacía en el suelo. Sobre un plato abandonado quedaban restos de comida.

El aire olía a humedad, alcohol y ropa sucia.

Una débil claridad entraba por una rendija de la ventana.

Entonces volvió a escuchar el agua.

Giró la cabeza.

La muchacha estaba desnuda bajo una ducha precaria al otro lado de la habitación.

Flavio se miró.

Seguía vestido.

Incluso tenía puestos los zapatos.

—Aquello me tranquilizó y me preocupó al mismo tiempo. No tenía la menor idea de qué coño había ocurrido.

Miró el reloj.

Las cinco y cuarto de la mañana.

Se incorporó con dificultad.

La cabeza le daba vueltas.

Buscó la billetera.

Estaba vacía.

—Y ahí se me quitó la borrachera.

La noche anterior llevaba consigo una cantidad importante de dinero.

Volvió a revisar la billetera.

Nada.

Miró hacia la ducha.

La mujer seguía allí.

Entonces vio un bolso en el suelo.

—Supuse que era de ella.

Lo abrió.

Encontró varios billetes.

Entre ellos creyó reconocer el dinero que llevaba la noche anterior.

—La hija de puta me había vaciado la billetera.

Flavio hizo una pausa.

—O eso pensé en aquel momento.

Benjamín lo miró.

—¿No estás seguro?

—¿Seguro? No recordaba ni cómo había llegado hasta allí. Podía haberle dado el dinero yo mismo, podía haber pagado algo, podía habérmelo sacado ella… Qué sé yo. Estaba tan borracho que nunca pude reconstruir aquellas horas.

Pero aquella mañana no se detuvo a pensarlo.

Tomó los billetes que creyó suyos, los metió en el bolsillo y salió de la habitación mientras la mujer continuaba bajo la ducha.

Bajó las escaleras.

Al llegar a la calle respiró profundamente.

Solo quería marcharse.

Detuvo un taxi y dio la dirección de su apartamento.

Durante el trayecto permaneció mirando por la ventanilla.

La Habana comenzaba a despertar.

Algunas personas caminaban hacia sus trabajos. Los primeros automóviles aparecían en las calles. Desde algún lugar llegaba olor a café.

Flavio se sentía miserable.

Cuando entró en su apartamento fue directamente al baño.

Abrió la ducha.

Y se metió debajo sin quitarse la ropa.

—No me preguntéis por qué. En aquel momento solo quería quitarme de encima el olor de aquella habitación y la noche entera.

Permaneció allí varios minutos.

Después se cambió de ropa, preparó café y extendió sobre la mesa los billetes que había sacado del bolso.

Comenzó a contarlos.

Una vez.

Frunció el ceño.

Los contó nuevamente.

Había más dinero del que recordaba llevar la noche anterior.

Mucho más.

Flavio permaneció mirando los billetes.

Entonces comprendió.

—¡Mierda!

Benjamín y Leandro lo observaban.

—Me había llevado dinero que no era mío.

El silencio alrededor de la mesa cambió.

Flavio tomó un sorbo antes de continuar.

—Lo peor es que no tenía forma de devolverlo. No sabía cómo se llamaba aquella mujer. No recordaba el nombre del lugar. Ni siquiera sabía en qué calle había pasado la noche.

—¿Intentaste encontrarla? —preguntó Leandro.

—Claro que lo intenté. Pero ¿qué coño iba a buscar? ¿Una morena en La Habana cuyo nombre no sabía, en un hotel que no podía identificar y al que había llegado completamente borracho?

Negó lentamente con la cabeza.

—Nunca la encontré.

Benjamín permaneció callado.

Flavio hizo girar el vaso entre los dedos.

—Y ahí fue cuando me acordé del paquete de Barcelona.

Leandro levantó la mirada.

—¿El dinero de Gregorio López?

—Ese mismo.

Flavio sonrió con amargura.

—Había recorrido media Barcelona para devolver una fortuna que podía haberme quedado sin que nadie lo supiera. Y ahora terminaba llevándome el dinero de una mujer cuyo nombre ni siquiera conocía.

—Pero fue un error —dijo Benjamín.

—Sí. Fue un error.

Flavio permaneció unos segundos en silencio.

—Pero los errores también pesan.

Nadie respondió.

—Han pasado muchos años y todavía recuerdo a aquella muchacha. No sé cómo se

llamaba. Ni siquiera podría reconocerla si la tuviera delante.

Bebió un sorbo.

—Pero algunas veces pienso en ella saliendo de la ducha aquella mañana. Abriendo el bolso. Buscando su dinero. Volviéndolo a buscar. Y dándose cuenta de que ya no estaba.

Flavio bajó la mirada.

—Yo sabía muy bien lo que significaba que alguien te quitara lo poco que tenías.

Guardó silencio.

—Y, sin embargo, aquella mañana fui yo quien se lo quitó.

Benjamín y Leandro no dijeron nada.

Esta vez tampoco hubo bromas.

Flavio terminó su caña y dejó el vaso sobre la mesa.

—Todavía me avergüenza.

— O —

# Capítulo 23
## La historia de Flavio Ayerbe (4)
## Sufriendo la revolución del amor

La Habana, Cuba
Año 1957

Flavio Ayerbe continuaba relatando a sus amigos otras experiencias de aquellos años convulsos.

—La primera vez que entré a la Universidad de La Habana fue un miércoles de febrero de 1957. No me preguntéis por qué recuerdo que era miércoles, pero lo recuerdo.

Todo era nuevo para él.

Los corredores hervían de estudiantes. Unos corrían para llegar a la siguiente clase; otros discutían de política a voz en cuello. En los jardines se formaban grupos que hablaban, reían o improvisaban algún juego.

Flavio los observaba con una mezcla de simpatía y envidia.

Eran jóvenes que apenas comenzaban a descubrir la vida.

Él todavía no había cumplido los veintiocho años, pero sentía que llevaba encima muchos más.

—Cada cambio de clase parecía una fiesta. Yo los miraba y pensaba: estos cabrones no saben la suerte que tienen.

Benjamín sonrió.

—Tú tampoco eras precisamente un anciano.

—No. Pero ellos habían pasado los últimos años estudiando, enamorándose y haciendo el idiota. Yo venía de otro sitio.

En más de una ocasión su apariencia provocó confusiones.

Una mañana, un estudiante se le acercó en uno de los corredores.

—Profesor, disculpe. ¿Qué cátedra tiene usted?

Flavio lo miró sorprendido.

—Ninguna.

—Perdone, pensé que era profesor.

—Pues no. Soy estudiante, como tú.

En otra ocasión escuchó a un muchacho comentarle a otro en la cafetería:

—Ese tipo que parece profesor es ejecutivo de una empresa de embutidos. Ahora está estudiando Derecho.

Flavio no dijo nada.

Ya estaba acostumbrado.

—Algo debía de tener en la cara que me hacía parecer mayor.

A veces se sorprendía observando a las muchachas del campus. Una falda movida por el viento, una joven que se recogía el cabello mientras hablaba con sus amigas, una sonrisa recibida al cruzarse en un corredor.

Después de tantos años, aquellos pequeños gestos le parecían extraordinarios.

—Durante mucho tiempo casi no había visto mujeres.

Recordó una ocasión en el campo, después de que una piedra le cayera sobre un pie y tuviera que ser llevado a la enfermería.

—Allí vi a una médica. Tendría tres veces mi edad. Después apareció una enfermera de rasgos orientales, bajita, rechoncha… Durante meses aquellas dos pobres mujeres alimentaron la imaginación de un montón de desgraciados que llevábamos demasiado tiempo rodeados de hombres.

Leandro rio.

—No teníais muchas posibilidades de elección.

—Ninguna, coño. Allí uno se enamoraba hasta de la enfermera que venía a ponerte una inyección.

La universidad era diferente.

Allí había amistad, conversaciones, invitaciones para beber y cualquier pretexto servía para celebrar.

Pero también estaban los estudios.

—Y eso sí me lo tomé en serio —continuó Flavio—. Me interesaban mucho algunas materias. Derecho comercial, derecho romano, derecho constitucional… Era como descubrir que el mundo

también podía organizarse con leyes y no solamente con órdenes gritadas por un guardia.

Benjamín lo miró.

—Curioso razonamiento para alguien como tú.

—Precisamente por eso.

Flavio sonrió.

Pero las leyes no eran lo único que ocupaba su atención.

—También estaban las estudiantes.

—¡Por fin llegamos a lo importante! —exclamó Benjamín.

—No jodas.

Hubo algunos amoríos. Encuentros breves, ilusiones que duraban unas semanas y despedidas que no dejaban demasiadas heridas.

Sus amigos comenzaron a burlarse de él.

—Tú te enamoras hasta de una escoba con faldas —le dijo Mauricio Matallana alguna vez.

Flavio protestaba.

—Eso era una calumnia. Yo tenía mis exigencias.

—Muy pocas —comentó Leandro.

Los tres rieron.

Flavio esperó unos segundos.

—Pero hubo una mujer diferente.

La sonrisa desapareció lentamente de su rostro.

—Tania Barrera.

La había visto por primera vez una noche en la cafetería de la universidad.

Flavio estaba sentado cerca de la entrada cuando Tania cruzó la puerta.

—Mi primera impresión fue que se habían equivocado de sitio y habían mandado una diosa del Olimpo a estudiar Derecho en La Habana.

Benjamín negó con la cabeza.

—Ya apareció el poeta.

—Déjame contar la historia, coño.

Durante varias semanas no se atrevió a acercarse.

La veía en los corredores, en la cafetería, entrando o saliendo de clase.

Hasta que una tarde encontró la oportunidad.

La cafetería estaba llena y Tania ocupaba sola una mesa en la que quedaban varias sillas vacías.

Flavio se acercó.

—¿Te importa si me siento?

Ella levantó la mirada.

—Adelante.

Aquello fue suficiente.

—No sé qué pensaría de mí, pero yo no estaba dispuesto a desperdiciar semejante oportunidad.

Comenzaron a conversar.

Hablaron de la universidad, de los profesores y del trabajo. Tania trabajaba en una compañía

petrolera británica. Flavio le habló de la fábrica de productos cárnicos y de su llegada reciente a Cuba.

En algún momento terminó mencionando España.

Después la Unión Soviética.

Y finalmente Karaganda.

Tania dejó la taza sobre la mesa.

—¿Cuántos años tenías?

—Cuando comenzó todo, era un niño.

Ella permaneció mirándolo.

—¿Y estuviste doce años prisionero?

—Más o menos.

Tania bajó la mirada.

Después puso una mano sobre la de él.

—Es demasiado tiempo.

Flavio no supo qué responder.

—Durante años pensé que aquel había sido el único beneficio de Karaganda: algunas mujeres escuchaban la historia y de pronto me miraban con otros ojos.

—Sinvergüenza —dijo Benjamín.

—Es la verdad.

Pero con Tania las cosas eran diferentes.

Pronto supo que estaba casada y tenía dos hijas pequeñas.

Eso bastaba para mantener cierta distancia.

O al menos eso intentó.

Un día Tania le pidió prestado un libro que necesitaba para preparar un examen.

Flavio se lo entregó.

Pasó el tiempo.

Al finalizar el segundo año de la carrera necesitó recuperarlo para preparar una de sus propias materias.

Fue entonces cuando Tania le contó que abandonaría temporalmente la universidad.

Se había separado de su marido y estaba preparando el divorcio.

—No intenté aprovecharme de la situación —aclaró Flavio—. Por una vez en mi vida me comporté como una persona decente.

—Milagro —murmuró Leandro.

—No jodas.

La amistad entre ambos fue creciendo.

Comenzaron a verse con mayor frecuencia. Salían a comer, conversaban durante horas y algunas veces hacían paseos acompañados por las dos niñas.

Sin darse cuenta, Flavio empezó a formar parte de aquella pequeña rutina familiar.

Y eso lo asustaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Tania dejó de ser simplemente la mujer que le gustaba.

Se había enamorado.

Algún tiempo después, Tania le comentó que viajaría a España con sus padres y sus hijas. Pasarían unos días en Málaga.

Por aquellas mismas fechas Flavio debía viajar a España por asuntos de la empresa. Su situación profesional había cambiado considerablemente desde su llegada a Cuba y Gregorio López le había confiado responsabilidades cada vez mayores.

Flavio decidió aprovechar el viaje.

—Casualmente terminé en Málaga.

Benjamín soltó una carcajada.

—Casualmente.

—Bueno, coño. Hice lo necesario.

Se alojó en el mismo lugar donde se encontraba Tania con su familia.

Una noche, después de que las niñas se hubieran acostado, ambos permanecieron conversando hasta tarde.

Flavio llevaba tiempo esperando aquel momento.

Finalmente se decidió.

Le dijo lo que sentía.

Le habló de los meses que llevaba pensando en ella y de una posibilidad que, probablemente, solo existía en su imaginación.

Tania permaneció inmóvil.

Después se acercó y lo besó en los labios.

Flavio creyó durante unos segundos que había obtenido la respuesta que esperaba.

Pero ella se apartó.

Sonrió con una tristeza que él todavía recordaba muchos años después.

—Mi divorcio es demasiado reciente, Flavio. No sería justo comenzar ahora otra historia.

Flavio no insistió.

—Aquella noche aprendí que un beso también puede servir para decir que no.

Los acontecimientos en Cuba comenzaron a precipitarse.

La vida universitaria, las conversaciones y los pequeños problemas personales quedaron atrapados en una realidad política que cambiaba con rapidez.

Llegó la Revolución.

Con el paso del tiempo comenzaron las nacionalizaciones y expropiaciones, y muchas familias que hasta entonces habían disfrutado de una posición económica estable empezaron a considerar la posibilidad de abandonar el país.

La familia de Tania fue una de ellas.

Finalmente decidieron marcharse.

Su destino fue Miami.

—Y ahí terminó todo.

Flavio hizo una pausa.

—Bueno, no terminó. Esa es la mierda. Hay cosas que terminan y otras que simplemente dejan de ocurrir.

Benjamín permaneció en silencio.

—Tania se fue y yo me quedé.

Durante un tiempo Flavio siguió esperando noticias.

Después dejó de hacerlo.

—No lloré. Al menos no recuerdo haber llorado. Pero durante mucho tiempo tuve la sensación de que algo se había marchado con ella.

Se encogió de hombros.

—Hasta que un día decidí mandar aquellos sueños a la mismísima mierda y continuar viviendo.

A Tania la perdió de vista.

Nunca volvió a verla.

—Durante años dije que aquello me importaba un carajo.

Bebió un sorbo.

—Mentía.

Nadie hizo ninguna broma.

—Nunca terminó de irse del todo.

Hubo otra mujer.

Se llamaba Ana María.

La había conocido también en la universidad.

—Una vez me dijo algo que nunca olvidé. Que yo parecía joven, pero que tenía una mirada de viejo.

Flavio sonrió.

—Bonita manera de conquistar a un hombre.

Con el tiempo le contó parte de su historia.

España.

La guerra.

Los años en la Unión Soviética.

Karaganda.

Ana María escuchó conmovida.

La amistad fue creciendo y Flavio comprendió que ella comenzaba a sentir algo más.

Pero llegó en el peor momento.

Él todavía intentaba desprenderse de Tania.

No estaba preparado para comenzar otra relación.

—Pensé que lo más decente era decirle la verdad.

Y se la dijo.

No estaba enamorado de ella.

No quería engañarla ni permitir que esperara algo que él no podía ofrecerle.

Ana María escuchó sin discutir.

Desde aquel día dejó de hablarle.

Cuando se cruzaban en los corredores de la universidad, pasaba a su lado sin saludarlo.

Una tarde Flavio la detuvo.

—Ana María, ¿qué coño te pasa conmigo?

Ella lo miró.

—Nada.

—Pues no parece.

—No quiero saber nada de ti, Flavio. Nunca más.

Él permaneció callado.

Ana María siguió caminando.

Flavio no volvió a detenerla.

—Y ahí terminó mi brillante carrera como enamorado universitario —dijo muchos años después.

Benjamín sonrió.

—¿Y qué hiciste?

Flavio levantó su caña.

—Lo que siempre hacía cuando algo me salía mal.

—¿Beber?

—También.

Leandro rio.

Flavio terminó el vaso.

—Pero sobre todo me repetí una de esas frases estúpidas que uno utiliza para convencerse de que algo no le duele.

—¿Cuál?

Flavio se encogió de hombros.

—Lo que no ha de servir, que se largue a la mierda.

Benjamín y Leandro rieron.

Flavio también.

Pero esta vez fue el último en hacerlo.

— O —

# Capítulo 24
## La historia de Flavio Ayerbe (5)
## Antes de la Revolución cubana

Años 1957 y 1958

Flavio continuaba con su relato.

—Aquella Cuba parecía vivir instalada en una fiesta interminable. Las playas estaban llenas de familias, las fuentes de soda rebosaban de gente y, al caer la tarde, los bulevares se llenaban de caminantes que buscaban un poco de brisa.

Hizo una pausa.

—Pero La Habana cambiaba cuando llegaba la noche.

Las luces de neón comenzaban a encenderse anunciando casinos, cabarets, bares y prostíbulos. Los grandes automóviles americanos desfilaban lentamente por las avenidas. La música escapaba por puertas y ventanas y el ron corría con generosidad.

Había dinero.

Mucho dinero.

Y gente dispuesta a gastarlo.

—A veces, después del trabajo, me daba permiso para caminar un rato y tomarme una cerveza. Nada más.

Benjamín sonrió.

—¿Nada más?

—Bueno, coño, dependía de la noche.

Leandro soltó una carcajada.

Flavio continuó.

—Una vez iba caminando cuando escuché una voz desde la entrada de un cabaré.

—¡Oye, chico!

Flavio se volvió.

Una muchacha lo llamaba desde la puerta.

—¿Quieres distraerte un rato? Diez dólares y te hago ver las estrellas.

Flavio rio.

—¿Qué estrellas ni qué coño? A mí no me vas a pegar una venérea.

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Uy! ¡Pero qué remilgado salió este!

Flavio siguió caminando.

—No era cuestión de moral —aclaró—. Era cuestión de supervivencia. Después de salir vivo de Karaganda, no pensaba dejar que me matara una noche de diversión en La Habana.

Benjamín volvió a reír.

A ambos lados de la calle se sucedían los establecimientos. Mujeres invitaban a entrar a los transeúntes. Más adelante estaban los casinos y las casas de apuestas, frente a las cuales se detenían automóviles relucientes de los que descendían hombres de traje y mujeres elegantemente vestidas.

—Entraban convencidos de que iban a hacerse ricos. Yo siempre pensaba lo mismo: si todos

ganaran, aquellos casinos no tendrían lámparas tan bonitas.

Después de caminar unas calles, Flavio entró en un bar.

Sobre la puerta podía leerse:

Mis Delirios.

Se acomodó junto a la barra.

—¿Qué se toma, joven?

Flavio levantó la vista.

Detrás del cantinero se alineaban botellas de whisky, ron, ginebra, brandy, vinos y licores de distintas procedencias.

—Una cerveza.

El hombre lo miró.

—¿Con todo lo que tengo aquí detrás?

—Precisamente. Así no tengo que pensar demasiado.

El local permanecía en penumbra. El humo de cigarrillos y habanos flotaba bajo las lámparas. Se mezclaban los olores del tabaco, el alcohol, los perfumes y el sudor de quienes bailaban cerca de la pequeña pista.

Flavio bebía despacio mientras observaba.

—Yo cuidaba el bolsillo y, dentro de lo posible, también el pellejo.

La Habana nocturna podía resultar fascinante.

También podía tragarse a cualquiera.

El dinero cambiaba de manos con rapidez. Había alcohol, juego, prostitución y establecimientos donde parecía posible comprar casi cualquier cosa.

Pero aquella era solo una parte de la ciudad.

A pocas calles de los hoteles, los casinos y los grandes automóviles, existía otra Cuba.

Flavio había comenzado a descubrirla durante sus desplazamientos por asuntos de la fábrica.

Barrios pobres.

Trabajadores que vivían con muy poco.

Familias numerosas.

Hombres que aceptaban cualquier empleo.

—Al principio yo no entendía demasiado —recordó—. Había llegado de España y tenía bastante con organizar mi propia vida. Tenía trabajo, estudiaba, ganaba un sueldo decente. ¿Qué coño iba a saber yo de la política cubana?

Pero comenzó a escuchar.

En la universidad las discusiones eran constantes.

Se hablaba de Batista.

De corrupción.

De estudiantes detenidos.

De hombres que se habían levantado en armas.

De una guerrilla que combatía en las montañas.

Los nombres empezaban a repetirse.

Fidel Castro.

Raúl Castro.

Ernesto Guevara.

Camilo Cienfuegos.

Algunos estudiantes hablaban de ellos con entusiasmo.

Otros con temor.

También estaban quienes preferían no hablar.

—Yo procuraba mantenerme al margen. Había tenido suficiente política para varias vidas.

Una noche, mientras caminaba por una de aquellas calles iluminadas, Flavio vio pasar lentamente un automóvil.

La música continuaba sonando.

Las luces de los cabarets seguían encendidas.

La gente bebía.

Un grupo reía en una esquina.

Pero a pocos metros dos policías detenían a un muchacho y le pedían documentos.

Flavio disminuyó el paso.

El joven respondió algo que no alcanzó a escuchar.

Uno de los agentes lo empujó contra una pared.

Nadie alrededor intervino.

Flavio tampoco.

Siguió caminando.

—Aquello sí lo entendía —dijo.

Benjamín levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

—El miedo.

Hubo un breve silencio.

—Puedes cambiar de país, de idioma, de uniforme… pero la cara de un hombre cuando tiene miedo de quien lleva un arma es siempre la misma.

Flavio bebió un sorbo.

Durante los meses siguientes las conversaciones se hicieron más tensas.

En la universidad algunos estudiantes desaparecían durante varios días. Otros regresaban hablando en voz baja. Había rumores, noticias contradictorias y nombres que comenzaban a mencionarse con cautela.

Mientras tanto, La Habana seguía funcionando.

Los hoteles abrían sus puertas.

Los casinos recibían clientes.

Las orquestas tocaban.

Los turistas llegaban.

En la fábrica se continuaban produciendo jamones, mortadelas y embutidos como cualquier otro día.

Aparentemente nada había cambiado.

Pero algo estaba cambiando.

—Era extraño —recordó Flavio—. Uno podía estar sentado tomándose una cerveza, escuchando música, viendo pasar mujeres hermosas y pensando que aquella ciudad iba a seguir así durante cien años.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—Y no.

Benjamín y Leandro permanecieron atentos.

—Debajo de toda aquella fiesta había demasiada gente cabreada. Unos querían acabar con Batista. Otros tenían miedo de perder lo que poseían. Otros simplemente querían que los dejaran vivir.

Flavio se encogió de hombros.

—Yo había visto antes lo que ocurre cuando demasiada gente empieza a creer que la única manera de arreglar las cosas es empuñar un arma.

La ciudad continuaba iluminándose cada noche.

Seguían encendiéndose los letreros de neón.

El ron continuaba llenando los vasos.

Las orquestas seguían tocando hasta la madrugada.

Pero, mientras La Habana bailaba, en las montañas otros hombres preparaban la guerra.

Y casi nadie imaginaba cuánto estaba a punto de cambiar aquella isla.

— O —

# Capítulo 25
## La historia de Flavio Ayerbe (6)
## La Revolución

La Habana, Cuba
Principios de 1959

Flavio hizo una pausa antes de continuar.

—Dos años después de haber comenzado mis estudios, la Revolución dejó de ser algo que ocurría en las montañas y entró definitivamente en nuestras vidas.

Recordaba una mañana en la Facultad.

Un muchacho se había subido sobre un pupitre y gritaba mientras levantaba los brazos:

—¡La Revolución ya viene! ¡Viva la Revolución!

A su alrededor varios estudiantes aplaudían.

Otros repetían consignas.

Las noticias llegaban atropelladamente. Se hablaba de las fuerzas rebeldes que avanzaban desde la Sierra Maestra, de ciudades que cambiaban de manos y de un gobierno que parecía desmoronarse.

Después llegó la noticia.

Batista había abandonado Cuba.

—Al principio hubo una alegría que parecía sincera —recordó Flavio—. Muchísima gente esperaba que aquello trajera justicia, menos corrupción y una vida mejor.

Benjamín lo observaba en silencio.

—Yo también quise creerlo.

Flavio hizo girar lentamente el vaso entre sus manos.

—El problema fue que algunas cosas empezaron a recordarme demasiado a otras que ya había vivido.

Su voz se volvió más grave.

Comenzaron los juicios revolucionarios y los fusilamientos.

Una palabra empezó a escucharse con frecuencia:

Paredón.

—Yo conocía demasiado bien lo que ocurre cuando una revolución empieza a dividir a la gente entre buenos y malos, amigos y enemigos, revolucionarios y traidores.

Leandro intervino:

—¿Ya entonces pensabas marcharte?

—No. Todavía no. Yo tenía trabajo, estudiaba Derecho y había construido una vida allí. Cuba me había recibido cuando no tenía prácticamente nada. No quería salir corriendo ante el primer problema.

Bebió un sorbo.

—Pero después empezaron a ocurrir cosas.

Un domingo estaba almorzando en casa de una familia cubana a la que conocía desde tiempo atrás.

De pronto se escucharon golpes en la puerta.

Fuertes. Insistentes.

El dueño de la casa apenas alcanzó a levantarse cuando varios hombres uniformados entraron.

—Recuerdo las armas antes que las caras —dijo Flavio—. Eso nunca se olvida.

Uno de los hombres anunció que venían en nombre de la Revolución.

Hubo una discusión.

El propietario preguntó qué ocurría.

Le respondieron que debía abandonar la vivienda.

—¿Abandonarla?

—La propiedad será intervenida.

—¿Dónde está la orden?

El hombre armado dio un paso hacia él.

—No discuta, compañero.

La esposa del propietario permanecía junto a la mesa, inmóvil.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Recojan sus cosas.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos horas.

Flavio observó a su amigo.

El hombre parecía no comprender.

—Pero esta es mi casa.

El miliciano lo miró.

—Era su casa.

Nadie habló durante unos segundos.

—Aquella frase se me quedó grabada —recordó Flavio—. «Era su casa».

La familia comenzó a recoger algunas pertenencias.

Flavio ayudó como pudo.

—No sé qué ocurrió después con aquella propiedad. Pero recuerdo perfectamente la cara de mi amigo cuando salió. Miró hacia atrás varias veces. Supongo que todavía esperaba que alguien apareciera y dijera que todo había sido un error.

Nadie apareció.

Con el paso del tiempo Flavio escuchó historias parecidas.

Empresas intervenidas.

Propiedades confiscadas.

Fincas que cambiaban de administración.

Familias que comenzaban a marcharse.

—Yo seguía trabajando. Quería pensar que mientras la fábrica produjera y la gente conservara su empleo, nosotros podríamos mantenernos al margen.

Pero en 1961 llegó el turno de La Charcutería.

—Yo estaba allí.

Flavio dejó el vaso sobre la mesa.

—Eso sí no me lo contó nadie.

Dos camiones se detuvieron frente a la fábrica.

De ellos descendieron hombres vestidos de verde y armados.

El ruido llamó inmediatamente la atención de los trabajadores.

Algunos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a las ventanas.

Después comenzaron los golpes contra la entrada.

—¡Abran!

El celador apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Cuando abrió, varios hombres entraron.

Las órdenes comenzaron de inmediato.

—¡Apaguen las máquinas!

El ruido de la planta fue desapareciendo.

Una máquina después de otra.

Hasta que quedó un silencio extraño.

—Yo llevaba años trabajando allí —recordó Flavio—. Estaba acostumbrado al ruido de los motores, las poleas, las cuchillas, la gente hablando… Cuando apagaron todo de golpe, supe que algo muy malo estaba ocurriendo.

Los trabajadores recibieron la orden de apartarse de sus puestos.

Flavio vio avanzar a varios milicianos hacia las oficinas administrativas.

Las botas resonaron en el piso de madera del segundo nivel.

Uno de ellos gritó:

—¿Quién es el dueño?

Don Gregorio apareció.

Caminó hacia ellos sin apresurarse.

—Yo soy el propietario. ¿Qué necesitan?

El hombre que parecía estar al mando respondió:

—Desde este momento la fábrica queda intervenida por el Gobierno Revolucionario.

Gregorio permaneció inmóvil.

—Quiero ver la documentación.

—Entregue las llaves.

—Primero quiero saber bajo qué disposición están tomando mi empresa.

El miliciano levantó ligeramente el arma.

—Entregue las llaves y salga.

Don Gregorio miró hacia las oficinas.

—Necesito recoger algunas pertenencias personales.

—No puede sacar nada.

Uno de los supervisores, un muchacho de carácter fuerte que observaba la escena desde unos metros más atrás, perdió la paciencia.

—¡Esto es un atropello! Muestre la orden.

El miliciano volvió la cabeza.

—¿Qué dijiste?

—Que muestre la orden.

Flavio vio cómo el hombre se acercaba.

—¿Quieres verla?

—Sí, claro.

Durante un instante pareció que iba a buscar algún documento.

En cambio, llevó la mano hacia el costado.

Sacó un revólver.

Todo ocurrió demasiado rápido.

El supervisor permaneció frente a él.

El miliciano levantó el arma.

Flavio alcanzó a escuchar el disparo.

El muchacho cayó.

Durante unos segundos nadie reaccionó.

—Yo tampoco —dijo Flavio—. Me quedé paralizado.

Una mujer gritó.

Después otra comenzó a llorar.

Don Gregorio desvió la mirada hacia el cuerpo.

El hombre del revólver guardó el arma.

—¿Alguien más quiere ver la orden?

Nadie respondió.

Flavio guardó silencio durante unos instantes.

—Después de eso ya no había nada que discutir.

Don Gregorio entregó las llaves.

Lo sacaron de la fábrica.

Nunca volvió a entrar como propietario.

Flavio conocía bien la historia de aquel hombre.

Gregorio había comenzado desde abajo.

—Una vez me contó que de niño casi siempre andaba descalzo.

Su familia tenía muy poco.

Cuando consiguió ganar algún dinero, en lugar de comprar zapatos adquirió una bicicleta usada y unas tijeras.

Iba de casa en casa cortando el cabello.

Con lo que ganaba ayudaba a su madre y a sus hermanos.

Después compró unas chanclas.

Más tarde, su primer par de zapatos.

—Y con los años se convirtió en una especie de obsesión.

Mucho tiempo después, ya en España, Gregorio le mostró a Flavio una parte de su armario.

Estaba llena de zapatos.

De todos los estilos.

Flavio se rio al verla.

—¿Para qué coño necesitas tantos?

Gregorio tomó uno de los pares.

—Por esto.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que es caminar descalzo y sentir vergüenza cuando los demás llevan zapatos.

Flavio nunca olvidó aquella respuesta.

—Ese hombre había empezado prácticamente sin nada. Después levantó empresas y dio trabajo a cientos de personas.

Hizo una pausa.

—Por eso aquel día, cuando lo vi salir de la fábrica sin poder siquiera recoger las cosas de su escritorio, entendí lo que realmente estaba perdiendo.

No eran solamente unas máquinas.

Era buena parte de su vida.

Gregorio consiguió salir de Cuba.

En España mantenía otros negocios y pudo comenzar de nuevo.

Antes de marcharse le dijo a Flavio:

—Cuando esto termine para ti, búscame. Te espero en España.

Flavio permaneció todavía algunos meses en la isla.

—No quería abandonar la fábrica. Supongo que era una estupidez sentimental.

Intentó continuar trabajando bajo la nueva administración.

Pero ya nada era igual.

Cambió la dirección.

Cambió la forma de tomar decisiones.

Algunos empleados se marcharon.

Otros permanecieron porque necesitaban el trabajo.

Las máquinas comenzaron a presentar problemas. La producción disminuyó.

—Aquello que yo había conocido empezó a desaparecer poco a poco.

Flavio comprendió finalmente que su etapa cubana había terminado.

Preparó una maleta. No llevaba mucho. Antes de marcharse quiso ver la fábrica una última vez. Cruzó la calle y se quedó en la acera de enfrente.

Las ventanas estaban cerradas. La chimenea continuaba en pie. Pero ya no salía humo.

Permaneció allí unos minutos. Pensó en el día en que había llegado a Cuba. En Gregorio López. En la universidad. En Tania. En las noches de La Habana. En todo lo que había ocurrido desde aquel paquete encontrado años atrás en Barcelona.

Había llegado buscando una oportunidad.

Y Cuba se la había dado.

Ahora tenía que marcharse.

Flavio observó por última vez la fábrica.

Después se dio la vuelta.

—Ya había aprendido que uno puede perder un país más de una vez.

Benjamín y Leandro permanecieron en silencio.

Flavio bebió el último sorbo de su cerveza.

—España me esperaba otra vez.

— O —

# Capítulo 26
## La historia de Flavio Ayerbe (7)
## De regreso a la vida normal, lejos de las revoluciones

Barcelona, España
Año 1964

En otra de aquellas reuniones, Flavio continuó relatando su historia.

—Cuando regresé definitivamente a España tenía treinta y cinco años. Y una cosa muy clara: no quería volver a saber de revoluciones.

Benjamín sonrió.

—Eso suena bastante razonable después de tu experiencia.

—Pues no todo el mundo pensaba igual.

Pocos meses después de regresar, Flavio estaba tomando unas cañas con varios conocidos cuando uno de ellos comenzó a hablar con entusiasmo de Cuba.

—Oye, Flavio. Nunca he entendido por qué te marchaste. Desaprovechaste la oportunidad de vivir la Revolución. Aquello era el futuro.

Flavio dejó lentamente el vaso sobre la mesa.

—¿El futuro?

—Claro. Por fin un país donde los pobres...

No terminó la frase.

—¿Has visto alguna vez cómo sacan a una familia de su casa apuntándole con un fusil?

El hombre guardó silencio.

—¿Has visto matar a un trabajador delante de sus compañeros por pedir que le enseñen una orden?

Varias personas de las mesas cercanas comenzaron a mirar.

—No, pero...

—Entonces no me hables de lo que no conoces.

El hombre intentó responder.

—Flavio, tampoco tienes derecho a...

Flavio se puso de pie con tanta brusquedad que golpeó la mesa. Uno de los vasos cayó al suelo y se hizo añicos.

El bar quedó en silencio.

—No vuelvas a hablarme de revoluciones mientras no hayas enterrado a un amigo por culpa de una.

Cogió su chaqueta y salió.

—Reconozco que perdí los estribos —dijo Flavio—. El pobre hombre probablemente no tenía mala intención.

—Pero tocó donde no debía —comentó Leandro.

—Exactamente.

Ya establecido en España, Flavio retomó el contacto con Gregorio López.

Gregorio le ofreció incorporarse a uno de sus negocios.

Flavio tenía otros planes.

—Don Gregorio, le agradezco la oferta, pero no quiero seguir trabajando para otros. Quiero construir algo mío.

—¿Qué tienes en mente?

—Una explotación de cerdo ibérico. Quiero producir jamones y embutidos de primera calidad.

Gregorio lo observó durante unos segundos.

—¿Quieres que seamos socios?

—Eso venía a proponerle.

El empresario negó lentamente con la cabeza.

—Mi familia siempre ha evitado las sociedades con personas ajenas. Es una norma antigua.

Flavio sintió cierta decepción.

Pero Gregorio continuó:

—Eso no significa que no vaya a ayudarte.

—¿Cómo?

—Puedo prestarte el dinero.

Flavio lo miró.

—¿A qué interés?

Gregorio sonrió.

—Uno que puedas pagar sin que tengas que vender los cerdos antes de criarlos.

Hablaron durante largo rato.

Flavio había conseguido conservar buena parte de sus ahorros de los años cubanos, pero no eran suficientes para el proyecto que tenía en mente.

El préstamo de Gregorio completaría el capital necesario para comenzar.

Cuando llegaron a un acuerdo, Flavio preguntó:

—Bueno, don Gregorio. ¿Dónde firmo?

—En ninguna parte.

—¿Cómo que en ninguna parte?

—Tu palabra es suficiente.

Flavio permaneció mirándolo.

—Estamos hablando de mucho dinero.

—Precisamente.

Gregorio se levantó.

—Cuando encontraste aquel paquete en Barcelona también era mucho dinero. Y me lo devolviste hasta la última peseta.

Se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—Yo sé a quién le estoy prestando.

Flavio no respondió.

—Y si algún día las cosas se ponen difíciles, lucharás por salir adelante. Eso me basta.

Años después, Flavio todavía recordaba aquel momento.

—Salí de allí con el dinero necesario para empezar. Pero llevaba algo que valía más: la confianza absoluta de un hombre al que admiraba.

***

Se instaló en Extremadura.

Después de meses buscando encontró una finca de unas ciento cincuenta hectáreas de dehesa, con encinas y terrenos adecuados para la cría del cerdo ibérico.

Benjamín lo interrumpió:

—¿Qué es exactamente una dehesa?

—Un terreno de pastos, generalmente con encinas o alcornoques. Allí los cerdos pueden alimentarse de bellotas durante la montanera. Y eso, amigo mío, termina convertido en una de las mejores cosas que ha producido este país.

—El jamón.

—Exactamente.

Compró la finca. Acondicionó los terrenos. Adquirió los primeros animales. Contrató trabajadores que conocían el oficio mucho mejor que él.

—Yo sabía bastante de producción cárnica gracias a Cuba, pero criar cerdos era otra historia. Así que tuve que aprender.

Los primeros años fueron de inversión y paciencia.

El jamón no permitía prisas.

Había que criar los animales, sacrificarlos en el momento adecuado, salar las piezas y esperar durante años mientras maduraban lentamente.

—Después de Karaganda, esperar tres años por un jamón tampoco parecía demasiado grave.

Leandro rio.

—Todo es cuestión de perspectiva.

—Exactamente.

Con los años, el negocio creció.

En 1971, coincidiendo con su cumpleaños número cuarenta y dos, Flavio inauguró una planta de elaboración de embutidos.

La llamó El Encinar.

—No fue un alarde de imaginación. Miré por la ventana, vi las encinas y pensé: pues ya tenemos nombre.

La empresa comenzó a abrirse camino.

Primero en España.

Después llegaron clientes de otros países europeos.

El futuro parecía prometedor.

Hasta que una mañana aparecieron dos cerdos muertos.

Al día siguiente fueron seis.

Tres días después, el veterinario terminó de revisar varios animales y se quitó lentamente los guantes.

—Tenemos peste porcina africana.

Flavio sintió un vacío en el estómago.

Sabía lo que significaba.

La enfermedad podía destruir una explotación entera.

Tuvieron que sacrificar decenas de animales.

Lograron aislar parte de la piara, pero el daño económico fue enorme.

—Aquello estuvo a punto de acabar con nosotros.

Debían dinero.

Había proveedores esperando pagos.

Quedaban obligaciones financieras y todavía no habían terminado de devolver el préstamo de Gregorio.

Durante varios días se habló de vender maquinaria, refinanciar las deudas e incluso desprenderse de la finca.

Una tarde se reunieron en la oficina.

Todos hablaban al mismo tiempo.

Hasta que Sofía se puso de pie.

—¿Ya acabaron?

Nadie respondió.

—Perfecto. Entonces ahora podemos empezar a buscar soluciones.

Flavio sonrió al recordar la escena.

—Cuando Sofía hablaba así, lo mejor era obedecer.

Benjamín levantó una ceja.

—Espera. ¿Sofía?

—Mi mujer.

—¿Y cuándo coño apareció tu mujer en esta historia?

Flavio rio.

—Eso mismo os iba a contar.

La había conocido en 1970.

Flavio viajaba con frecuencia por asuntos relacionados con su proyecto empresarial. En uno de aquellos viajes tomó un vuelo entre Madrid y Lisboa.

Sofía Oliveira ocupaba un asiento cercano.

Era portuguesa, música de profesión y viajaba a Lisboa por compromisos relacionados con una agrupación de cámara.

En algún momento del vuelo hubo una turbulencia.

Una taza de café terminó sobre la chaqueta de Flavio.

—¡Oh, Dios mío! Perdóneme.

Flavio miró la mancha.

Después la miró a ella.

—Sospecho que lo ha hecho a propósito para conocerme.

Sofía abrió los ojos.

—¡Por supuesto que no!

Entonces vio que él sonreía.

—Idiota.

—Bueno, por lo menos ya hemos superado las presentaciones.

Ella también terminó riendo.

—Me llamo Sofía.

—Flavio.

Comenzaron a conversar.

Y continuaron haciéndolo hasta aterrizar.

Sofía le habló de Portugal, de sus estudios musicales, del violín y de la pequeña orquesta de cámara con la que trabajaba.

Flavio le habló de Extremadura, de sus cerdos y del proyecto que intentaba sacar adelante.

—Una conversación tremendamente romántica —comentó Benjamín.

—Pues funcionó.

Para sorpresa de ambos, al llegar descubrieron que se alojarían en el mismo hotel.

Sin embargo, cuando Flavio fue a registrarse, encontró un problema: su reserva no aparecía confirmada y el hotel estaba lleno.

Después de varias llamadas y discusiones en la recepción, comprendió que aquella noche difícilmente conseguiría alojamiento.

Sofía, que había presenciado parte del problema, se acercó.

—Oye, Flavio... parece que te has quedado sin habitación.

—Eso parece.

—Mi suite es bastante grande y tiene un sofá cama en la sala. Si no te incomoda, puedes dormir allí esta noche.

Flavio la miró sorprendido.

—La verdad, me da un poco de vergüenza. Apenas nos conocemos y no quisiera aprovecharme de tu amabilidad.

—No te preocupes. Hay espacio de sobra.

Sofía dudó un instante antes de añadir:

—Aunque... espero que tu mujer no venga después a reclamarme.

Flavio soltó una carcajada.

—¿Cuál mujer? ¿Tan mal me ves que ya tengo hasta cara de casado?

Ella rio.

—No quería decir eso. Pensé que quizá tenías pareja.

—Mi única pareja en este momento es una finca llena de cerdos en Extremadura. Y créeme, es bastante exigente.

Sofía volvió a reír.

—Entonces no habrá problema.

—¿Y en tu caso?

Ella tardó un poco en responder.

—Tengo una relación desde hace algunos años... aunque últimamente las cosas no marchan demasiado bien.

Flavio no preguntó más.

Aquella noche la invitó a cenar como agradecimiento. Hablaron durante horas. Sofía le contó de su vida, de Portugal, de la música y de la orquesta de cámara. Flavio habló de España, de su

proyecto empresarial y, solo de manera superficial, de algunos años de su pasado.

Al día siguiente asistió a una presentación de la agrupación de Sofía.

Esa noche, al regresar al hotel, cada uno ocupó su lugar. Sofía se retiró al dormitorio y Flavio se acomodó en el sofá cama de la sala.

Durante algunas horas todo permaneció en silencio.

Hasta que, en plena madrugada, Flavio comenzó a gritar.

—¡No!... ¡No me pegues!... ¡Hijo de puta!

Había regresado a Karaganda.

El frío.

El suelo.

El guardia.

Los golpes en las piernas.

Intentó protegerse.

Sofía, despertada por los gritos, salió del dormitorio y corrió hacia él.

—¡Flavio!

Él seguía atrapado en la pesadilla.

Ella le puso una mano sobre el hombro.

Flavio abrió los ojos sobresaltado.

—Tranquilo...

Respiraba con dificultad.

—Ya pasó.

Él miró alrededor sin comprender.

—Estás aquí, Flavio.

Poco a poco reconoció la habitación.

No había nieve. No había barracones. No había ningún guardia. Estaba empapado en sudor.

Sofía se sentó a su lado.

No hizo preguntas.

Simplemente tomó su mano.

Permaneció allí hasta que la respiración de Flavio comenzó a serenarse.

—Nunca había tenido una pesadilla tan violenta desde que salí de Karaganda.

Años después todavía recordaba aquella imagen.

Sofía sentada junto a él.

Su mano entre las de ella.

La primera claridad de la mañana entrando lentamente por la ventana.

—Creo que aquella madrugada comenzó todo.

No se convirtieron inmediatamente en pareja.

Sofía tenía entonces una relación sentimental y Flavio respetó esa distancia.

Se hicieron amigos.

Después, grandes amigos.

—Aunque yo viajaba a Madrid con una frecuencia sospechosamente alta por supuestos asuntos de negocios.

Leandro sonrió.

—Muy profesional.

—Absolutamente.

Pasaron los meses.

Se encontraban en Madrid, Lisboa o Extremadura cuando las circunstancias lo permitían.

Hasta que un día Sofía le contó que su relación había terminado.

Flavio tampoco se precipitó.

La amistad continuó.

Pero algo había cambiado.

Algún tiempo después coincidieron nuevamente en Lisboa.

Una noche salieron a cenar.

La conversación terminó llegando a aquello que ambos habían evitado durante demasiado tiempo.

Flavio dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Sofía, tengo que decirte algo.

Ella esperó.

—No puedo seguir fingiendo que somos solamente amigos.

Sofía permaneció en silencio.

—Estoy enamorado de ti desde hace bastante tiempo.

Ella bajó la mirada.

Flavio esperó.

Finalmente, Sofía sonrió.

—Pues has tardado bastante.

Flavio la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo también estoy enamorada de ti.
Él no dijo nada.
—Y desde hace tiempo.
Sofía tomó su mano.
—Pero hay algo más importante.
—¿Qué?
—Confío en ti.
Lo miró a los ojos.
—Contigo siento que estoy en casa.

A partir de entonces se volvieron inseparables.

Sofía repartía su tiempo entre la música y la vida que comenzaba a construir junto a Flavio.

Y cuando años después la peste porcina puso a El Encinar al borde de la desaparición, fue ella quien se negó a aceptar la derrota.

—Mientras quede una sola posibilidad de salvar esta empresa, no pienso rendirme —les dijo aquella tarde—. Espero que vosotros tampoco.

Al día siguiente estaban revisando cuentas, renegociando créditos y buscando dónde reducir gastos.

Sofía no era ganadera ni experta en producción cárnica.

Era música.

Pero durante aquellos meses se olvidó de cualquier distancia entre los escenarios y la finca. Trabajó junto a administradores, empleados y trabajadores.

Tomaron decisiones difíciles.

Redujeron gastos. Aplazaron inversiones. Renegociaron deudas. Hubo meses en los que cada peseta contaba.

Pero sobrevivieron.

Tres años después, El Encinar había recuperado el equilibrio.

Poco después terminaron de pagar a Gregorio hasta la última peseta.

Flavio viajó personalmente para hacerlo.

Gregorio recibió el dinero.

—Sabía que lo harías.

Flavio sonrió.

—Yo también.

—Mentiroso.

Ambos rieron.

Flavio y Sofía se casaron en febrero de 1979.

Con el paso de los años llegaron los hijos.

Después, los hijos crecieron.

Y un día comenzaron a hacerse cargo de aquella empresa que había nacido como el sueño de un hombre que regresaba de Cuba sin saber exactamente qué hacer con el resto de su vida.

Flavio dejó que el silencio permaneciera unos segundos.

—Así que esa es, más o menos, la historia de mi vida después de las revoluciones.

Benjamín sonrió.

—No estuvo mal.

—No.

Flavio miró su vaso.

Había sobrevivido a una guerra.

A Karaganda.

A Cuba.

Había perdido países, amigos, amores y certezas.

Pero también había encontrado a Sofía.

Había construido una familia.

Y había levantado algo que podía dejarles a sus hijos.

Flavio alzó la mirada.

—Después de todo, creo que tuve bastante suerte.

— O —

# Capítulo 27

Años después…

La historia de Leandro Acuña (1)

Recuerdos del exilio en 1937 al retorno en 1954

Leandro permaneció unos segundos en silencio antes de hablar.

A diferencia de Flavio, nunca había sido un hombre de palabras fáciles.

Miró su vaso.

Luego levantó la vista.

—Creo que ahora me toca a mí...

——Tenía ocho años cuando mi madre me llevó al puerto.

Recuerdo que me arregló el cuello de la chaqueta por última vez.

Después me besó la frente. Nunca volvimos a vernos. Pero esa imagen de mi madre me acompañó desde entonces.

Recuerdo aquella mezcla extraña. Por un lado, la emoción de subir a un barco y conocer lugares que ni siquiera sabía imaginar. Por otro, una molestia en la boca del estómago. Era miedo, aunque entonces no supiera llamarlo así. Me alejaba de mi madre sin saber cuándo volvería a verla.

Por aquella época yo no conocía la situación de pobreza y no tenía edad o punto de comparar, pero posteriormente me pude enterar de lo que era la verdadera realidad en mí casa. A mi regreso a España una familiar lejana, franquista hasta las banderas, de nombre Clarisa Vengoechea, me puso al tanto.

Al preguntarle por mi madre, bajó la mirada, hizo una pausa un par de segundos y me dijo: Murió hace unos cinco años. No dijo nada más… no hizo falta. No lloré… había pasado mucho tiempo, y el tiempo mata el alma.

—Tu madre lo pasó muy mal después de la muerte de tu padre —dijo Clarisa—. Éramos muchos los que sabíamos que apenas podía alimentaros. Trabajaba donde fuera y a cualquier hora. Cuando apareció la posibilidad de enviarte a Rusia, creyó que estaba salvándote.

Respecto a mi padre, a su muerte, recuerdo, nunca vi el cuerpo. Solo me quedó la imagen de mi madre sentada en una silla, con un pañuelo negro entre las manos. No lloraba, no hablaba y la mirada perdida en la nada.

Nadie hablaba.

Tus hermanos mayores —continuaba Clarisa—, eran demasiado jóvenes todavía, apenas lograban aportar algo al sustento.

Cuando surgió la posibilidad de enviarte al horizonte socialista que tantos idealizaban, creyó ver en ello una salida. Tal vez —pensaba ella— se cumpliría el sueño inconcluso de tu padre de vivir algún día en la Rusia soviética.

—Yo había nacido en la pequeña localidad marinera de Cudillero, en el Principado de Asturias, una villa levantada frente al mar Cantábrico donde todos se conocían. Allí los guardias civiles vigilaban de cerca a quienes simpatizaban con ideas anarquistas o bolcheviques. Bastaba una sospecha para acabar fusilado, como también ocurrió con mi hermano mayor cuando aún era adolescente.

Éramos pobres hasta la médula. El sustento familiar había dependido de la talabartería de mi padre y de las escasas ventas de artículos de cuero con que intentaba alimentar a nueve bocas hambrientas. Muerto él, mi madre quedó a la deriva, recorriendo grandes distancias para conseguir trabajos domésticos mal pagados. No había dinero para estudios ni útiles escolares y crecíamos a merced del azar.

—En medio de aquel caos —continuó Leandro— apareció la oportunidad de enviarme a Rusia. Corría el año 1937 y España era un territorio desgarrado por la guerra. Así terminé embarcado hacia una tragedia que nadie podía imaginar.

—Durante mis primeros años en Rusia, lo que más me sorprendía era la abundancia de alimentos. Papas preparadas de mil formas, pescados de todo tipo —caballas, arenques, salmones— e incluso carnes que jamás había probado en Asturias. Detestaba el caviar; su sabor me resultaba extraño. Pero había pollo, cerdo, arroz y verduras cultivadas en huertos colectivos.

Entonces no podía imaginar que años después estaría a punto de morir de inanición cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y los niños españoles refugiados fuimos enviados a la estepa siberiana bajo la excusa de protegernos de la guerra.

—La improvisación fue total. No había ropa adecuada ni suministros suficientes para enfrentar aquel clima brutal. Fue allí donde aprendí a robar para sobrevivir… no por valentía, sino por hambre.

Aprendimos a desenterrar raíces y cocinarlas pensando que eran alimentos aptos para humanos, así mismo, nos inventamos que ciertas plantas y hojas eran comestibles, sin serlo.

Las misiones en búsqueda de provisiones se convirtieron en correrías normales, solo que el peligro de ser descubiertos era el riesgo de cada misión. Salíamos por turnos, casi en silencio, buscando algo que nos mantuviera vivos un día más.

Después llegaron las capturas. Y más tarde… Karaganda. Pero no necesito decir mucho más. Ustedes ya conocen esa parte de la historia.

Eran recuerdos que, ya viejo, habría preferido olvidar.

—Sin embargo, hubo una imagen que jamás se borraría de mi memoria. Ustedes ya han contado su versión del regreso… ahora déjenme contar la mía.

Muchos años después, tras una navegación interminable marcada por mareos y vómitos, me encontraba apoyado en la borda de un gran navío. En su costado se leía el nombre *Semíramis*. El barco se acercaba lentamente al puerto de Barcelona.

Recuerdo las primeras siluetas del puerto. La gente agitaba pañuelos. Sonaba música. Algunos lloraban.

Yo buscaba un rostro conocido... y no encontraba ninguno.

Veníamos de un lugar con un nombre extraño… Karaganda, en la República Socialista Soviética de Kazajistán. Un lugar que nadie de los presentes podría identificar en un mapa… Como si no existiera.

Habían pasado diecisiete años desde mi partida. Ya era un joven adulto, vestido con ropa donada por las autoridades españolas que habían subido al barco días antes para volver más decente la imagen de los recién liberados.

Aquella recepción no era solo una bienvenida. Era también un espectáculo político cuidadosamente organizado por el régimen de Franco.

No reconocí a nadie en el puerto. Mis hermanos eran desconocidos.

Mi madre, supe después, había muerto cinco años antes sin volver a verme.

—Preferí quedarme en las posadas gratuitas ofrecidas por el gobierno en Barcelona, al igual que Benjamín y Flavio.

Con el tiempo comprendí que la aparente hospitalidad tenía otra cara. Las autoridades querían vigilar de cerca a quienes regresábamos de la Unión Soviética.

Bajo el pretexto de la ayuda estatal comenzaron interrogatorios interminables: nombres de guardias, métodos de adoctrinamiento, información sobre minas, fábricas y campos petroleros. También indagaban sobre nuestras ideas políticas y posibles vínculos con el comunismo.

Aquella información era compartida con agencias de seguridad occidentales, en plena época del macartismo, cuando cualquier sombra bastaba para despertar sospechas.

Eso fue lo que más recuerdo del regreso: la sensación de ser observado incluso en libertad.

Con el paso de los meses, los exprisioneros fuimos encontrando trabajos modestos y

comenzamos a integrarnos lentamente a una vida civil que nos resultaba extraña.

Mi primer empleo fue como dependiente en una pequeña librería de barrio, modesta pero llena de libros valiosos. Ahí comenzó mi afición a leer y comprar libros e ir formando una base de lectura.

Y quizá sin saberlo todavía, fue allí donde empezó a reconstruirse una vida lejos de las ideologías que alguna vez habían prometido salvar el mundo.

— O —

# Capítulo 28
## La historia de Leandro Acuña (2)
## Los años de confusión en Argentina

Leandro continuó hablando de aquellos primeros años después de su regreso a España.

—Barcelona nunca terminó de convertirse en mi casa. Dos años después volví a hacer las maletas.

En 1956 surgió la oportunidad de embarcarse rumbo a Argentina junto con un grupo de asturianos que buscaban rehacer sus vidas lejos de una Europa todavía marcada por la guerra.

Los pocos libros que había comenzado a reunir en Barcelona viajaron con él hasta Buenos Aires.

Al principio ocuparon un rincón.

Después un estante.

Con los años terminarían cubriendo una pared entera del pequeño apartamento que consiguió.

—Buenos Aires me desconcertó desde el principio. Los porteños hablaban rápido y parecían discutir incluso cuando estaban de acuerdo.

Flavio sonrió.

—Te parecías bastante a ellos.

—Ni de lejos. Además, tenían ese aire de suficiencia que al principio me resultaba bastante insufrible.

Poco a poco fue descubriendo la ciudad.

Había cafés en casi cada esquina, librerías por todas partes, hombres caminando con el diario bajo el brazo y fútbol en cualquier conversación.

Aprendió también algunas palabras.

El trabajo era *laburo*.

El metro era *subte*.

Y el fútbol...

—Bueno, el fútbol era otra cosa. Aquello parecía una religión.

Contra todo pronóstico, Leandro terminó convertido en seguidor de Boca Juniors.

Uno de sus compañeros de trabajo solía burlarse de él.

—Mírenlo. El intelectual español. Ahora no se pierde un solo partido de Boca.

Leandro protestaba.

Hasta que comenzaba el partido.

Entonces desaparecía el intelectual.

—¡Goooooool!

Benjamín soltó una carcajada.

—Eso sí me habría gustado verlo.

—No tienes idea.

Pero Buenos Aires le ofreció algo todavía más importante. Los libros.

Leandro comenzó a frecuentar librerías y cafés donde las conversaciones podían prolongarse durante horas.

Literatura. Historia. Política. Filosofía.

Y un nombre que aparecía una y otra vez:

Jorge Luis Borges.

—Borges... Borges eran palabras mayores.

Flavio lo miró.

—¿Tanto así?

—Mucho más. Con los años se convirtió para mí en una especie de dios de la literatura. Nunca entendí que no le hubieran dado el Nobel.

—Bueno, eso lo dices tú —intervino Benjamín.

—Claro que lo digo yo. ¿Quién coño quieres que lo diga?

Los tres rieron.

En cuestiones religiosas, Leandro también había cambiado.

—De niño fui católico porque en mi casa todos lo éramos. Después de todo lo que ocurrió dejé de practicar. No iba a misa y cada vez me costaba más aceptar los dogmas.

Hizo una pausa.

—Pero algunas cosas se quedaron conmigo. No hacer daño. Cumplir la palabra. Ayudar cuando se puede.

Se encogió de hombros.

—Llámalo cristianismo, ética o simplemente decencia.

Poco después de llegar a Buenos Aires consiguió empleo como auxiliar contable en una pequeña empresa de distribución textil.

El sueldo apenas alcanzaba para vivir con modestia, pero le permitía mantenerse sin depender de nadie.

Sus ideas políticas también habían cambiado.

—Después de España y de la Unión Soviética desarrollé una especie de alergia a los salvadores del mundo. Cada vez que alguien comenzaba a explicarme una ideología capaz de resolver todos los problemas de la humanidad, yo empezaba a buscar la puerta de salida.

Flavio levantó el vaso.

—En eso estamos de acuerdo.

—Milagro.

Había otra pequeña costumbre.

Cada semana Leandro compraba un billete de lotería.

Cuando podía, lo hacía personalmente en una administración oficial.

—No era superstición —aclaró.

Benjamín lo miró divertido.

—Claro que era superstición.

—No. Era precaución.

—¿Precaución contra qué?

—Contra ganar y descubrir después que el billete era falso.

Flavio soltó una carcajada.

—Eso es exactamente superstición.

—Llamadlo como queráis.

En realidad, detrás de aquel pequeño ritual había algo que Leandro nunca reconocía abiertamente.

Una esperanza.

La posibilidad remota de que algún día la vida pudiera cambiar sin previo aviso.

En 1961 comenzó a rondarle una idea.

Leer ya no le bastaba.

Quería estudiar.

Pero una cosa era desearlo y otra poder hacerlo.

Necesitaba trabajar. Pagar el alquiler. Comer. Comprar libros. Durante varios años ahorró todo lo que pudo y buscó la manera de financiar los estudios.

Finalmente, en 1965, consiguió ingresar a la Facultad de Letras.

—Ese día ocurrió algo curioso.

—¿Qué? —preguntó Benjamín.

—Por primera vez desde que salí de la Unión Soviética sentí que no estaba simplemente huyendo de algún sitio.

Leandro guardó silencio unos segundos.

—Estaba yendo hacia alguna parte.

Por aquellos días frecuentaba con varios amigos españoles algunos cafés de Buenos Aires.

Una tarde se encontraba conversando con ellos en La Biela, en Recoleta.

Discutían de política y literatura.

O, como decía Flavio, de cosas que no servían para pagar la cuenta.

Fue entonces cuando Leandro la vio entrar.

Era alta y delgada.

Llevaba el cabello castaño oscuro hasta los hombros y vestía de rojo.

Entró acompañada por otras mujeres.

Leandro la observó.

Apartó la mirada.

Volvió a mirarla.

Después fingió interesarse nuevamente en la conversación de sus amigos.

No funcionó.

Uno de ellos terminó dándose cuenta.

—Deja de mirar, hombre. Se va a dar cuenta.

Leandro volvió la cabeza.

—¿De qué?

—De que llevas diez minutos sin escuchar una palabra de lo que estamos diciendo.

—Estoy escuchando.

—¿De qué hablábamos?

Leandro permaneció callado.

Sus amigos rieron.

La mujer se había sentado a pocos metros.

En algún momento levantó la mirada.

Los ojos de ambos se encontraron.

Leandro apartó los suyos inmediatamente.

—Muy discreto —murmuró uno de sus compañeros.

—Cállate.

Volvió a mirar.

Esta vez ella sonreía.

Leandro sintió que acababa de hacer el ridículo.

Era un hombre alto, delgado, de movimientos pausados. Llevaba gafas gruesas, boina y una bufanda escocesa que utilizaba con demasiada frecuencia.

Hablaba poco.

Observaba mucho.

Probablemente por eso aquella mujer lo había desconcertado.

No era solamente hermosa.

Había algo sereno en ella.

Una forma tranquila de permanecer en medio del ruido del café.

Leandro llamó al camarero, viejo conocido del grupo.

—Oye, ¿sabes quiénes son?

El hombre miró discretamente hacia la otra mesa.

—Las he visto varias veces. Algunas trabajan en la embajada británica.

—¿Británicas?

—Creo que sí.

El camarero se alejó.

Uno de los amigos de Leandro sonrió.

—Pues ya sabes. Ahora solo tienes que aprender inglés.

—Vete al carajo.

Las risas volvieron alrededor de la mesa.

Pero Leandro apenas las escuchó.

Miró nuevamente hacia aquella mujer.

Durante años había vivido pensando en lugares que había dejado atrás.

España.

La Unión Soviética.

Karaganda.

Los compañeros que no regresaron.

Las cosas que había perdido.

Por unos minutos no pensó en nada de aquello.

Solo en aquella mujer sentada a pocos metros.

Ella levantó nuevamente los ojos.

Esta vez Leandro no apartó la mirada.

Y ella tampoco.

— O —

# Capítulo 29
## La historia de Leandro Acuña (3)
## Tiempo de estudio y de tragedia

Buenos Aires, Argentina
1965

La joven del vestido rojo se llamaba Patricia Álzaga.

Leandro no tardó demasiado en averiguarlo.

Con el tiempo sabría también que pertenecía a una antigua familia argentina de ascendencia vasca, vinculada desde generaciones atrás a la historia del Río de la Plata.

Pero todo aquello tenía poca importancia para él. Lo importante era Patricia.

Volvieron a encontrarse una noche de invierno.

Afuera llovía con fuerza. Leandro llegó al café con la gabardina empapada y dejó el paraguas en la entrada.

Adentro, el ambiente era completamente distinto. El murmullo de las conversaciones, el olor del café recién servido y las pequeñas lámparas sobre las mesas contrastaban con el frío de la calle.

Leandro se sentó cerca de una ventana.

Los cristales estaban empañados.

Distraídamente pasó un dedo sobre el vaho.

Escribió:

Patricia Álzaga.

Contempló el nombre durante unos segundos.

Entonces la vio entrar.

Leandro se quedó inmóvil.

Patricia llevaba un abrigo de lana beige y el cabello ligeramente húmedo por la lluvia.

Caminó hacia el interior del café.

Al pasar cerca de su mesa vio algo escrito sobre el cristal.

Se detuvo.

Leyó su nombre.

Después miró a Leandro.

Él sintió que la cara comenzaba a arderle.

Patricia sonrió.

Sin pedir permiso, apartó la silla y se sentó frente a él.

—Bueno... decime de una vez. ¿Vos quién sos?

Leandro tardó unos segundos en reaccionar.

—Leandro Acuña.

—Eso ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Pregunté.

Leandro sonrió.

—Entonces estamos empatados.

—¿También preguntaste por mí?

—Un poco.

—¿Un poco?

—Lo estrictamente necesario.

Patricia miró hacia el cristal.

—Claro. Lo estrictamente necesario para escribir mi nombre en una ventana.

Leandro pasó rápidamente la mano sobre el vidrio.

—Eso ha sido un accidente.

Patricia soltó una carcajada.

—¿También escribís nombres accidentalmente?

—Solo cuando llueve.

Ella volvió a reír.

La tensión desapareció.

—Sos español —dijo Patricia—. Se nota por el acento.

—Asturiano.

—¿De dónde?

—Mi familia es de Cudillero. Un pueblo en la costa del Cantábrico.

Patricia abrió los ojos.

—Entonces tenemos algo en común. Mi familia también tiene origen vasco.

—Eso me contó mi pajarito.

—¿Tenés un pajarito?

—Muy bien informado.

—¿Y qué más te contó?

—Que trabajas en la embajada británica.

Patricia levantó una ceja.

—Ese pájaro habla demasiado.

—Estoy pensando en despedirlo.

—Hacés bien.

Permanecieron unos segundos sonriendo.

Después Patricia preguntó:

—¿Y vos qué hacés?

—Trabajo en una empresa textil y estudio Literatura.

—¿Hace mucho que vivís en Argentina?

—Desde 1956.

Ella lo observó.

—Hay algo raro en tu acento.

Leandro asintió.

—Viví muchos años en la Unión Soviética.

—¿En Rusia?

—Desde que era niño.

Patricia esperó una explicación.

Leandro respiró profundamente.

—Mis padres me enviaron allí durante la Guerra Civil española. Se suponía que sería temporal.

—Pero no lo fue.

—No.

—¿Cuánto tiempo?

—Diecisiete años.

La expresión de Patricia cambió.

—¿Diecisiete?

Leandro asintió.

Le contó solamente lo indispensable.

La evacuación. La guerra. Karaganda. El campo. El regreso a España.

Patricia permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Qué edad tenías cuando llegaste allí?

—Era un niño.

Ella bajó la mirada.

—Lo siento.

Leandro hizo un pequeño gesto con la mano.

—No quiero hablar demasiado de eso.

Patricia entendió.

No insistió.

—Entonces hablemos de otra cosa.

Y hablaron.

De Buenos Aires. De España. De libros. De música. De cosas importantes y de otras que no tenían ninguna importancia.

Cuando finalmente miraron la hora, el café estaba casi vacío.

Afuera seguía lloviendo.

Después llegaron otros encuentros. Al principio parecían casuales. Después dejaron de fingir que lo eran.

Caminaron por Buenos Aires. Pasaron tardes enteras en cafés. Entraron en librerías sin intención de comprar nada y salieron cargados de libros.

Leandro comenzó a escribir para ella.

Primero fueron pequeñas dedicatorias. Después poemas. Algún cuento.

Patricia se convirtió poco a poco en la primera persona a quien quería mostrarle lo que escribía.

—Yo estaba enamorado desde el primer día —confesó Leandro—. Lo demás fue simplemente esperar a que ella se diera cuenta.

Flavio sonrió.

—Muy valiente.

—Nunca he dicho que lo fuera.

Con el paso de los meses Patricia también se enamoró.

Sus padres recibieron la relación con cierta reserva.

Leandro era un inmigrante español sin fortuna, empleado de una empresa textil, estudiante y con una historia personal difícil de explicar.

Patricia no parecía demasiado preocupada.

—Mis padres tendrán que acostumbrarse.

—No quiero causarte problemas.

—No los estás causando vos.

—Eso dices ahora.

—Y lo voy a seguir diciendo mañana.

Finalmente, la familia terminó aceptándolo.

Un tiempo después se comprometieron.

Al terminar sus estudios, Leandro consiguió una oportunidad que pocos años antes habría

considerado imposible: continuar su formación en Inglaterra.

Había obtenido una beca para realizar estudios de posgrado en Literatura Inglesa en Trinity College, de la Universidad de Cambridge.

Para Leandro, que había pasado buena parte de su juventud entre barracones, minas y campos de trabajo soviéticos, llegar a Cambridge tenía algo de irreal.

Patricia y él tomaron una decisión.

Se casarían cuando regresara.

En el aeropuerto de Ezeiza, antes de despedirse, Patricia lo abrazó.

—No te vayas a enamorar de una inglesa.

—Imposible.

—Eso dicen todos.

—Yo ya estoy enamorado.

Patricia sonrió.

—Escríbeme.

—Todos los días.

—No seas exagerado.

—Entonces día por medio.

Ella volvió a abrazarlo.

Ninguno de los dos podía imaginar que aquella sería la última vez que se verían.

Londres fue estudio. Bibliotecas. Clases. Libros. Horas interminables frente a un escritorio.

Las cartas de Patricia llegaban regularmente desde Buenos Aires.

Ella tenía previsto viajar a Inglaterra antes de que Leandro terminara sus estudios.

Ya había comprado el pasaje.

Pero una tarde de domingo llegó la noticia.

Patricia había muerto en un accidente de automóvil en Buenos Aires.

Leandro dejó de hablar.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Después continuó.

—Hay noticias que uno entiende inmediatamente y, al mismo tiempo, se niega a comprender.

Había leído las palabras.

Sabía lo que significaban.

Pero su mente se resistía a aceptarlas.

Patricia. Muerta.

La mujer con quien iba a casarse. La mujer que debía viajar a Londres pocas semanas después. No vendría nunca.

Leandro permaneció sentado durante mucho tiempo.

No lloró inmediatamente.

Solo miraba hacia algún punto de la habitación.

Durante un largo rato permaneció sentado en su habitación, sin saber qué hacer.

Finalmente salió.

Caminó sin rumbo por Trinity College. Atravesó uno de sus patios mientras a su alrededor la vida continuaba con una normalidad que le resultaba incomprensible. Algunos estudiantes pasaban apresurados con libros bajo el brazo. Otros conversaban junto a las antiguas paredes de piedra. A lo lejos sonó una campana.

Leandro siguió caminando.

Pensó en la extraña distancia que separaba aquel lugar de todo lo que había vivido. Él, que de niño había salido de España huyendo de una guerra y había pasado parte de su juventud entre barracones y campos de trabajo soviéticos, estaba ahora estudiando Literatura en Trinity College, en la Universidad de Cambridge.

Durante años había imaginado que llegar hasta allí significaba haber dejado atrás aquella otra vida.

Pero esa tarde nada de eso importaba.

Ni Cambridge. Ni Trinity. Ni los libros.

Patricia había muerto.

Continuó caminando hasta acercarse al río Cam. Se detuvo en el pequeño puente y permaneció allí, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, viendo correr el agua.

Patricia debía estar con él dentro de pocas semanas.

Ya tenía el pasaje.

Habían hablado de los lugares que recorrerían juntos. De Cambridge. De Londres. Incluso Leandro le había pedido que lo acompañara a conocer Stratford-upon-Avon, la ciudad natal de Shakespeare.

Después regresarían juntos a Buenos Aires.

Allí comenzarían finalmente aquella vida que llevaban tanto tiempo imaginando.

Ahora no habría viaje.

No habría boda.

No habría casa.

No habría hijos.

Leandro bajó la mirada.

El agua continuaba pasando frente a él.

Y por primera vez desde que había recibido la noticia, lloró.

***

Quiso regresar a Buenos Aires. Dejarlo todo. Tomar el primer avión. Pero faltaban pocas semanas para los exámenes finales.

—Esa fue una de las decisiones más difíciles de mi vida.

Una parte de él quería abandonar los estudios. La otra repetía que Patricia jamás habría querido que tirara por la borda todo el esfuerzo realizado.

Se quedó. No porque le importara demasiado el título en aquel momento. Sino porque terminó convenciéndose de que ella habría querido que acabara.

Los días siguientes fueron una sucesión de clases, libros y noches casi sin dormir.

A veces permanecía durante horas frente a una página sin comprender lo que acababa de leer.

Entonces volvía a empezar.

En el pequeño cuarto de estudiante apenas había espacio para la cama, el escritorio y los libros.

Algunas noches se quedaba dormido vestido sobre la colcha.

Otras veían amanecer sentado frente al escritorio.

Y siempre regresaban los recuerdos.

Meses antes, Patricia y él habían hablado de la vida que querían construir.

Una casa en las afueras de Buenos Aires. No demasiado grande. Un terreno. Caballos. Algunos animales. Una mesa suficientemente larga para reunir a la familia los domingos.

—Patricia quería hijos.

Leandro hizo una pausa.

—Varios.

—¿Y tú? —preguntó Benjamín.

—También.

Habían hablado incluso de nombres. De escuelas. De viajes. De estupideces que solamente se hablan cuando uno cree que dispone de toda la vida por delante. Ahora nada de aquello ocurriría.

***

Leandro terminó los estudios.

El día que recibió el diploma no sintió alegría. Lo sostuvo entre las manos durante unos segundos. Pensó en Patricia. Había cumplido.

Eso era todo.

De regreso a Buenos Aires, visitó a la familia de Patricia. Fue al lugar donde estaba enterrada. Permaneció allí solo durante largo rato. No encontró nada importante que decir. Finalmente dejó unas flores.

Después se marchó.

Buenos Aires había dejado de ser la ciudad a la que había llegado buscando una nueva vida.

Todo le recordaba a ella. Los cafés. Las librerías. Las calles. La lluvia. Especialmente la lluvia.

Poco tiempo después volvió a hacer las maletas.

Regresó a España.

Eligió Barcelona para comenzar otra vez.

Antes de partir pasó una última vez frente al café donde habían hablado por primera vez.

Se detuvo unos segundos.

Miró hacia la ventana. El cristal estaba limpio. No había ningún nombre escrito.

Leandro continuó caminando.

— O —

# Capítulo 30
## La historia de Leandro Acuña (4)
## Religión, espiritualidad o intelecto, buscando una nueva conciencia

Un par de años después todavía no lograba superar lo ocurrido. Intentaba adaptarme a una realidad que nunca había pedido. A veces rezaba en silencio, tratando de reunir el fervor suficiente para que alguien allá arriba escuchara… pero nada ocurría.

Llegué a pensar que algo andaba mal conmigo.

Alguna vez, alguien profundamente religioso me dijo que el problema era la falta de fe, que sin ella ni Dios ni nadie podían ayudarme.

Pensaba en eso una y otra vez.

Pero las injusticias que había visto durante aquellos años seguían presentes en mis recuerdos, y me resultaba imposible aceptar la idea de un Dios indiferente ante tanta miseria humana.

Siempre aparecía algún fanático distraído repitiendo la misma sentencia:

—Te falta fe.

Y yo pensaba: *Fe… qué palabra tan pequeña y, sin embargo, cargada de un misterio insondable.*

Un día me contaron la historia de alguien que había encontrado la fe a través de la oración y ahora era feliz. Decían que tenía buena salud, una familia

perfecta y prosperidad económica. Según ellos, Dios lo había escuchado gracias a su devoción absoluta.

Aquello me parecía una auténtica payasada. No podía aceptar que la relación con un supuesto Ser Supremo fuera una especie de intercambio comercial, una transacción disfrazada de espiritualidad. Si existía algo divino, debía ser mucho más profundo que una negociación de favores.

Cuando finalmente regresé a Barcelona, el tiempo siguió avanzando sin traerme demasiadas certezas.

Mi vida era irregular: temporadas buenas seguidas inevitablemente por épocas difíciles. Mi salud, aunque aceptable, se veía atravesada por temores constantes. Escuchaba historias de enfermedades terribles relatadas con detalle por amigos y conocidos, y mi mente comenzaba a construir escenarios sombríos.

Sin darme cuenta, me convertí en un hipocondríaco silencioso. Conocía de memoria síntomas, nombres médicos, posibilidades remotas. Vivía con la sensación de que cualquier descuido podía convertirse en una sentencia.

Y la felicidad…

La felicidad me parecía algo externo, caprichoso. Aparecía sin avisar y desaparecía del mismo modo, como si castigara cualquier intento de aferrarme a ella. Pensaba que dependía del azar o, según decían mis amigos creyentes, del beneplácito

de ese Dios al que había que rendir pleitesía constante.

Aquello me resultaba insoportable.

Creer o no creer se había convertido en un dilema. Pero la negación tampoco constituía una certeza. Era, más bien, una reacción defensiva frente a respuestas que nunca llegaban.

No sabía si Dios existía. No podía afirmarlo ni negarlo con total seguridad. Pero si existía, estaba convencido de que no podía ser un ser caprichoso, emocional e impositivo como los hombres.

Mi vida había sido gris durante demasiado tiempo: empleos mal pagados, esfuerzos silenciosos y pocas certezas sobre el futuro.

Aun así, no me resignaba. La literatura y la filosofía seguían siendo el único camino que sentía verdadero.

Entonces llegó otra noticia que me sacudió por completo.

Una tarde recibí una llamada. Era otro asturiano al que conocía desde hacía años.

—Leandro… tengo que darte una mala noticia.

Reconocí inmediatamente el cambio en su voz.

—¿Qué pasó?

Me dio el nombre de nuestro amigo.

—Federico…

Guardó silencio unos segundos.

—Se ha quitado la vida.

No respondí.

Permanecí con el teléfono en la mano durante varios segundos.

Su historia se parecía demasiado a la mía.

Durante los días siguientes no pude dejar de pensar en él. Fracasos acumulados, proyectos truncados, una rutina asfixiante que poco a poco lo había ido empujando hacia el abismo.

Y apareció una idea que me asustó más de lo que estaba dispuesto a reconocer:

¿Podría ocurrirme a mí lo mismo?

Aquella pregunta me acompañó durante mucho tiempo.

Golpeado por la noticia, hice una promesa silenciosa: encontraría alguna respuesta, costara lo que costara.

No sabía dónde buscarla.

Ni siquiera sabía exactamente qué estaba buscando.

Pero tenía que existir otra manera de entender la vida.

Con el paso del tiempo, algunas cosas comenzaron a cambiar. No porque hubiera encontrado las respuestas que buscaba, sino porque me negué a permanecer inmóvil.

Escribía todas las noches. Cuentos, poemas, ensayos, alguna novela que nunca terminé. Sobre mi

escritorio comenzaron a acumularse páginas y más páginas.

Los estudios realizados en Cambridge terminaron abriéndome algunas puertas en el mundo académico. Poco después tuve la oportunidad de comenzar a dictar clases en Barcelona.

También llegaron los primeros reconocimientos literarios.

Primero fue un cuento.

Después algunos poemas.

Más tarde, una novela llamó la atención de una editorial.

Desde afuera, cualquiera habría podido pensar que mi vida finalmente comenzaba a ordenarse.

Pero había algo que seguía exactamente igual.

Yo continuaba sin encontrar respuestas.

Fue entonces cuando alguien me habló de un hombre.

—Deberías conocerlo, Leandro.

—¿Quién es?

—Alguien que quizá pueda responder algunas de las preguntas que llevas años haciéndote.

No presté demasiada atención al principio. Había conocido sacerdotes, profesores, intelectuales y toda clase de iluminados convencidos de poseer la verdad. Ninguno me había servido de mucho.

Pero aquel nombre volvió a aparecer semanas después.

Y después, otra vez.

Finalmente decidí buscarlo.

No fue fácil encontrarlo, pero conseguí establecer contacto.

Concertamos una cita.

Recuerdo perfectamente el día en que llegué hasta su puerta.

Me quedé unos segundos frente a ella antes de llamar.

No esperaba encontrar a Dios.

A esas alturas, ni siquiera estaba seguro de estar buscándolo.

Solo quería encontrar una respuesta que me permitiera entender algo de mí mismo.

Finalmente llamé.

Y esperé.

— O —

# Capítulo 31
## La historia de Leandro Acuña (5)
## El Hombre Sabio

El hombre que Leandro tenía frente a sí no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Era bajo, de cuerpo delgado. Tenía poco cabello, casi completamente blanco, y una barba corta y bien cuidada. Sus ojos mostraban los primeros efectos de unas cataratas que parecían obligarlo a observar con mayor atención a quien tenía delante.

Hablaba poco.

Y cuando lo hacía, no parecía tener ninguna intención de convencer.

Después de las presentaciones se produjo un silencio prolongado. El hombre terminó de servir el té y dejó la tetera sobre la mesa.

Leandro fue el primero en hablar.

—He pensado mucho en esta reunión. No sabía bien qué preguntarle… pero creo que todo se reduce a una sola cosa.

El hombre levantó ligeramente la cabeza.

—Dígame.

—¿Usted cree que Dios existe?

No respondió de inmediato.

Tomó la taza entre las manos y permaneció unos segundos mirándola.

—Depende de lo que entienda usted por Dios.

Leandro suspiró.

—Ese es precisamente el problema. Ya no sé qué entiendo por Dios.

El hombre esperó.

—He rezado —continuó Leandro—. Mucho. He pedido ayuda. He pedido respuestas. He pedido alguna señal de que todo esto tiene sentido.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada.

—¿Nada?

—Silencio.

Leandro hizo una pausa.

—He visto cosas que ningún muchacho debería haber visto. He pasado por un campo de trabajo. He visto morir gente de hambre, de frío, de enfermedad. Perdí amigos. Después perdí a la mujer con quien pensaba compartir mi vida. Si Dios existe, me cuesta entender cómo puede permanecer indiferente ante todo eso.

El hombre lo observó durante unos segundos.

—Tal vez porque está atribuyéndole características humanas.

—¿Como cuáles?

—La indiferencia, por ejemplo.

Leandro frunció el ceño.

—¿Entonces Dios no es humano?

—Espero que no.

Leandro estuvo a punto de sonreír.

El hombre bebió un poco de té.

—Creo que uno de nuestros problemas comienza con la propia palabra *Dios*. La hemos utilizado durante siglos para demasiadas cosas. Para explicar lo que no comprendemos. Para consolarnos. Para asustarnos. También para justificar atrocidades.

—Entonces, ¿usted no cree en Dios?

—Yo no he dicho eso.

—Pero tampoco parece creer en el Dios del que me hablaron cuando era niño.

—Probablemente no.

Leandro se acomodó en la silla.

—Entonces dígame en qué cree.

El hombre volvió a guardar silencio.

—No concibo a Dios como un ser sentado en alguna parte del universo observándonos. Tampoco como un juez que lleva la cuenta de nuestros actos para decidir a quién premia y a quién castiga.

—Entonces, ¿qué es?

—No sé si puedo decirle qué es.

Leandro lo miró sorprendido.

—Me dijeron que usted podía ayudarme a encontrar respuestas.

—Ayudarlo no significa responder por usted.

Leandro permaneció callado.

—Pero puedo decirle cómo intento comprenderlo —continuó el hombre—. Piense, por

un momento, en una Fuente. Una Conciencia que no tiene la forma que nosotros queremos darle. Algo de lo cual emerge todo cuanto existe.

—¿Una Conciencia?

—Llámela así si la palabra le sirve.

—Suena bastante abstracto.

—Lo es.

—Y bastante cómodo.

El hombre sonrió ligeramente.

—También.

Leandro no esperaba aquella respuesta.

—La mente necesita imágenes —continuó el hombre—. Un anciano, un padre, un juez, un creador sentado fuera de su creación. Nos cuesta aceptar aquello que no podemos representar.

—¿Y esa Conciencia estaría en todas partes?

—Quizá no sea cuestión de estar en todas partes.

—No entiendo.

—Porque seguimos hablando de lugares.

Leandro guardó silencio.

—Usted conoce a Borges, ¿verdad? —preguntó el hombre.

—Por supuesto.

—¿Recuerda *El Aleph*?

Leandro asintió.

—Ese punto en el que están contenidos todos los puntos.

—Exactamente. No le estoy diciendo que Borges estuviera describiendo a Dios. Pero la imagen puede servirnos. La totalidad contenida sin dejar de ser totalidad.

Leandro se quedó pensando.

—Esto se parece a algo que había leído en Spinoza.

—Es posible.

—Dios no estaría separado del universo.

—Esa es una manera de acercarse a la idea.

—Entonces Dios estaría presente en todo.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y nosotros? —preguntó Leandro.

—También.

—¿Somos parte de esa Conciencia?

—¿Por qué no habríamos de serlo?

Leandro se reclinó en la silla.

—Entonces aparece un problema.

—Seguramente aparecerán muchos.

—El horror.

El hombre esperó.

—Si todo procede de esa Conciencia, también Karaganda procedería de ella. También las guerras. También un hombre golpeando a otro hasta matarlo.

—No necesariamente.

—¿Por qué?

—Porque está confundiendo la posibilidad de crear con aquello que cada ser humano decide hacer con esa posibilidad.

Leandro negó con la cabeza.

—No estoy seguro de entenderlo.

—Los seres humanos pensamos, elegimos, sentimos miedo, deseamos, odiamos, amamos. Y actuamos. De allí pueden surgir una sinfonía o una guerra. Una caricia o un asesinato.

—¿Entonces somos creadores?

—En alguna medida, sí.

Leandro soltó una breve risa sin alegría.

—Pues yo debo ser un pésimo creador.

—¿Por qué?

—Mire mi vida.

El hombre lo hizo.

Leandro bajó la mirada.

—He perdido a la mujer que amaba. Pasé años viviendo de trabajos que apenas me permitían sobrevivir. He tenido miedo de enfermar, miedo de fracasar, miedo de quedarme solo. Y antes de todo eso estuvieron Rusia y Karaganda.

El hombre dejó la taza sobre la mesa.

—Usted no creó Karaganda, Leandro.

Leandro levantó los ojos.

—Tampoco creó la guerra. Ni decidió que lo enviaran fuera de España siendo un niño. No eligió que lo encerraran siendo un muchacho. Y mucho menos provocó la muerte de Patricia.

Leandro permaneció inmóvil.

—Entonces ¿de qué soy responsable?

—De lo que hace ahora con todo aquello.

No respondió.

—No confunda responsabilidad con culpa —continuó el hombre—. Hay cosas que otros hacen con nosotros. Hay acontecimientos que jamás elegimos y que pueden destrozarnos la vida. Pretender lo contrario sería una crueldad.

Leandro lo escuchaba atentamente.

—Pero llega un momento —prosiguió— en que debemos preguntarnos qué vamos a hacer con lo que nos hicieron.

—¿Y si no puedo hacer nada?

—Ya está haciendo algo.

—¿Qué?

—Está aquí.

Leandro bajó la mirada.

Durante unos segundos solo se escuchó el leve sonido de una cucharilla contra la porcelana.

—¿Y Patricia? —preguntó finalmente—. ¿Qué hago con eso?

El hombre tardó en contestar.

—No lo sé.

La respuesta desconcertó a Leandro.

—¿No lo sabe?

—No conocí a Patricia. No viví su relación. No sentí lo que usted sintió cuando murió. ¿Por qué habría de decirle qué debe hacer con ese dolor?

Leandro lo miró en silencio.

—Pero puedo preguntarle algo.

—¿Qué?

—¿Haberla amado hizo que su vida fuera peor?

Leandro respondió casi inmediatamente.

—No.

—Entonces no convierta ese amor en un castigo.

Leandro tragó saliva.

—La sigo echando de menos.

—Eso no tiene nada de extraño.

—Han pasado años.

—El tiempo sabe contar años. No siempre sabe qué hacer con nuestros afectos.

Leandro permaneció un momento mirando sus manos.

—Entonces Dios no me castigó.

—Yo no encuentro ninguna razón para pensar que lo hizo.

—¿Ni me abandonó?

—Para abandonarlo tendría que haber estado separado de usted.

Leandro levantó la mirada.

Aquella respuesta lo dejó pensando.

—He rezado durante años —dijo—. Algunas veces con fe. Otras por desesperación. ¿Sirvió de algo?

—¿Qué esperaba que ocurriera?

—Que alguien me escuchara.

—Quizá lo escuchó.

—Nunca respondió.

El hombre se inclinó ligeramente hacia él.

—Tal vez porque pensamos que rezar consiste únicamente en hablar.

—¿Y no?

—Tal vez también consista en aprender a escuchar.

—¿Escuchar qué?

El hombre guardó silencio.

Leandro esperó.

—Eso tendrá que descubrirlo usted.

—No me está ayudando demasiado.

—No vine a ayudarlo a creer en mí.

Leandro sonrió por primera vez.

—Eso se lo reconozco.

El hombre también sonrió.

Después volvió a ponerse serio.

—Ha pasado buena parte de su vida buscando respuestas afuera. En la religión, en los libros, en otras personas. Todo eso puede ser útil. Pero llega un momento en que uno tiene que aprender a observar lo que ocurre dentro.

—¿Dentro de mí?

—Sí.

—¿Y qué se supone que voy a encontrar?

—Al principio, probablemente mucho ruido.

Leandro volvió a sonreír.

—De eso tengo bastante.

—Pensamientos. Miedos. Recuerdos. Creencias que alguien puso allí hace muchos años y que usted terminó aceptando como propias.

—¿Y debajo de todo eso?

El hombre lo miró.

—Observe primero. Después hablamos de lo que hay debajo.

Leandro se quedó callado.

La respuesta comenzaba a irritarlo y, al mismo tiempo, despertaba su curiosidad.

—Usted habla de una Conciencia —dijo—. ¿Está diciendo que existe algo en mí que puede observar mis propios pensamientos?

—¿Puede usted darse cuenta de que está pensando?

—Claro.

—Entonces aquello que se da cuenta no puede ser exactamente lo mismo que el pensamiento que está observando.

Leandro frunció el ceño.

—Eso parece un juego de palabras.

—Puede ser. Compruébelo usted mismo.

—¿Cómo?

—Observe.

—¿Eso es todo?

—Para empezar, es bastante.

Leandro se quedó pensando.

—Si todo esto fuera cierto… tendría que cambiar muchas cosas.

—¿Por qué?

—Porque llevo años esperando que algo exterior cambie mi vida.

El hombre asintió.

—Y quizá algunas cosas exteriores cambien.

—¿Y otras no?

—Seguramente.

—Entonces ¿qué puedo cambiar?

—La manera en que se relaciona con ellas. Las decisiones que toma. Las historias que sigue repitiéndose. Lo que hace hoy con aquello que ya no puede modificar.

Leandro respiró profundamente.

—Eso significa asumir responsabilidad por mi vida.

—Sí.

—No sé si me gusta.

—No tiene por qué gustarle.

—También da miedo.

—La libertad suele darlo.

Se produjo otro silencio.

El hombre miró el reloj y comenzó a recoger lentamente algunas cosas de la mesa.

Leandro comprendió que la conversación había terminado.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Por hoy.

—¿Y qué hago ahora?

El hombre tomó su abrigo.

—Empiece por observar.

—¿Mis pensamientos?

—También sus certezas.

—¿Y después?

—Desaprenda algunas cosas.

Leandro se levantó.

—¿Cuáles?

El hombre abrió la puerta.

—Las que descubra que nunca fueron verdaderamente suyas.

Leandro permaneció unos segundos sin moverse.

—¿Y nadie va a decirme cuáles son?

El hombre negó suavemente con la cabeza.

—Si alguien pretende hacerlo, desconfíe.

Leandro soltó una pequeña carcajada.

El hombre le tendió la mano.

—Una última cosa.

—Dígame.

—No espere que alguien venga a salvarlo.

Leandro lo miró.

—Eso no suena demasiado esperanzador.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto valore usted su libertad.

Leandro hizo ademán de marcharse, pero el hombre lo detuvo.

—Y ¿sabe qué?

—¿Qué?

—Comience por hacer silencio.

—¿Silencio?

—Sí. Silencio por fuera y por dentro.

Leandro lo miró sin comprender del todo.

—Hay una frase que leí hace muchos años y que nunca he olvidado: *«Nada se parece tanto a Dios como el silencio»*.

Hizo una pausa.

—Tal vez, cuando consiga acallar por un momento todo ese ruido que lleva dentro, empiece a descubrir quién es usted realmente.

—¿Mi verdadera identidad?

—La que queda cuando deja de confundirse con sus miedos, sus recuerdos y todo lo que otros le dijeron que debía ser.

Leandro permaneció callado.

El hombre sonrió ligeramente.

—Pero no me crea. Haga silencio y descúbralo usted mismo.

Con aquello se dio por terminada la reunión.

Leandro salió.

Durante unos instantes permaneció frente a la puerta cerrada.

No había encontrado a un hombre que le explicara a Dios.

Tampoco había recibido una fórmula para superar la muerte de Patricia ni una respuesta capaz de justificar Karaganda.

Y, sin embargo, algo había cambiado.

Por primera vez en muchos años, no sentía consuelo.

Pero tampoco desesperación.

Sentía algo distinto.

Responsabilidad.

Y, por debajo de ella, una tenue, casi imperceptible sensación de libertad.

— O —

# Capítulo 32
## La historia de Leandro Acuña (6)
## El cambio de Leandro

Con el paso de los años, algo había cambiado en Leandro.

Seguía siendo un hombre de pocas palabras. Continuaba escribiendo, leyendo y dictando sus clases en la universidad. Pero quienes lo conocían desde hacía tiempo comenzaron a notar que ya no era exactamente el mismo.

No se había vuelto más alegre ni más sociable. Tampoco hablaba de revelaciones ni pretendía convencer a nadie de las ideas que había ido construyendo.

Simplemente parecía vivir de otra manera.

Había dejado de buscar respuestas en todas partes.

Ahora dedicaba más tiempo a observarse a sí mismo.

Se había vuelto más solitario, aunque no necesariamente distante. Frecuentaba menos a amigos y conocidos y encontraba especial sosiego en sus libros, sus ensayos y en la escritura literaria, que seguía siendo su gran pasión.

También disfrutaba de la naturaleza. Podía permanecer largos ratos caminando sin hablar con

nadie, observando los árboles, los animales o simplemente escuchando.

Con sus ahorros adquirió una pequeña parcela rural, no demasiado lejos de Barcelona. Cultivó una huerta y mantuvo algunas vacas, cabras y gallinas. Con la ayuda de un matrimonio que vivía en la propiedad atendía los animales y las labores del campo. Vendía parte de lo que producían y reservaba el resto para su propio consumo.

La finca nunca pretendió convertirse en un gran negocio.

Era, sobre todo, el lugar donde quería vivir.

Allí distribuía sus días entre el trabajo de la tierra, la lectura y la escritura.

Cuando estaba en compañía de otros, prefería escuchar. Había descubierto que no todas las conversaciones necesitaban su opinión y que no todo silencio debía ser llenado con palabras.

Aquella soledad elegida se había convertido en una compañía distinta.

En esa nueva forma de vivir comenzaron a surgir intuiciones que antes no había tenido.

No eran respuestas definitivas.

Ni siquiera estaba seguro de que fueran respuestas.

Eran nuevas maneras de observarse y de comprender el mundo que lo rodeaba.

Conocía personas que, a pesar de sus logros profesionales y materiales, confesaban sentir un

extraño vacío. Algunas fantaseaban con abandonar la ciudad, comprar una casa en el campo y comenzar una vida diferente, como si la tranquilidad de un paisaje pudiera resolver aquello que llevaban dentro.

Leandro había llegado a pensar de otra manera.

El campo podía ofrecer silencio.

Pero el silencio no garantizaba la paz.

Si uno no estaba dispuesto a encontrarse consigo mismo, aquel silencio podía convertirse en un espejo bastante incómodo.

Recordó entonces algo que aquel hombre le había dicho muchos años atrás:

*Comience por hacer silencio.*

Con el tiempo, aquellas palabras habían adquirido un significado que entonces no alcanzó a comprender.

La meditación terminó formando parte de su vida.

A las 4:50 de la madrugada, Leandro abrió los ojos.

Afuera todavía era noche cerrada.

Se levantó sin encender las luces, bebió un poco de agua y caminó hasta la pequeña habitación que utilizaba para meditar.

Se sentó en posición Zazen.

Encendió una vela.

Después, una varilla de incienso.

Durante algunos minutos observó la llama.

Luego cerró los ojos.

Afuera apenas se escuchaba algún sonido lejano de los animales y, de vez en cuando, el viento contra las ramas de los árboles.

Los pensamientos comenzaron a aparecer.

Karaganda.

Su madre.

Patricia.

Los años perdidos.

Los libros.

No intentó rechazarlos.

Los dejó pasar.

Otros pensamientos llegaron después. Algunos insignificantes. Otros dolorosos.

También los dejó pasar.

Permaneció allí, respirando, atento a lo que aparecía y desaparecía dentro de su mente.

Había tardado años en comprender algo que, al principio, le había parecido demasiado simple: hacer silencio no significaba dejar de pensar.

Significaba no tener que seguir cada pensamiento.

A veces surgían intuiciones que le parecían luminosas; otras, cosas sobre sí mismo que hubiera preferido no descubrir.

Ya no huía de ellas.

La meditación no le producía euforia ni experiencias extraordinarias. Tampoco esperaba encontrarlas.

Era algo mucho más sencillo.

Una serenidad sin estridencias.

Había dejado atrás la necesidad de imaginar demonios o dioses pendientes de premiar o castigar cada uno de sus actos. Tampoco necesitaba decidir definitivamente si aquello que alguna vez había llamado Dios era una Conciencia, una Fuente, una presencia o simplemente un misterio que nunca llegaría a comprender.

Ya no le preocupaba demasiado ponerle un nombre.

Sus convicciones podían cambiar. De hecho, esperaba que algunas lo hicieran.

Había aprendido a desconfiar de las verdades que necesitaban permanecer inmóviles para seguir siendo verdaderas.

Se sentía libre.

Y quizá una parte de aquella libertad consistía precisamente en haber aceptado que no necesitaba tener respuestas para todo.

Benjamín lo observaba algunas veces durante aquellas reuniones de viejos amigos.

Leandro seguía hablando poco. Escuchaba las historias de Flavio, sonreía ante sus groserías y, de vez en cuando, intervenía con alguna frase breve.

Una tarde, cuando Leandro se levantó de la mesa para ir al baño, Benjamín se inclinó hacia Flavio.

—Este hombre ha cambiado mucho.

Flavio miró hacia donde había desaparecido su amigo.

—Sí. Antes también era raro. Pero ahora es un raro ilustrado.

Benjamín soltó una carcajada.

—No seas cabrón.

Flavio sonrió.

Benjamín quedó pensativo.

—Ha sufrido mucho. Todos hemos sufrido. Pero él encontró algo que nosotros no encontramos.

—¿Qué cosa?

Benjamín se encogió de hombros.

—No lo sé.

Miró nuevamente hacia el interior del establecimiento.

—Pero creo que finalmente es feliz.

— O —

# Capítulo 33
## Un brindis por los compañeros idos y la memoria de lo que no se dijo

Barcelona, España

Un día de diciembre, Benjamín, Flavio y Leandro se reunieron para celebrar conjuntamente sus cumpleaños. Los tres habían superado ya los ochenta años y consideraban aquello, por sí solo, motivo suficiente para brindar.

Después de las penurias sufridas en los campos soviéticos y de las incontables experiencias que habían venido después, llegar juntos a esa edad era, de alguna manera, una pequeña victoria.

Aquellas reuniones también servían para recordar a Rusia.

Un país que había significado sufrimiento y que, sin embargo, despertaba en ellos una extraña nostalgia. Allí también habían conocido gente buena. Personas sencillas que los habían acogido con afecto a pesar de ser extranjeros y que, en algunos casos, habían compartido con ellos lo poco que tenían.

Muchos de sus compañeros de aquellos años habían sido presos políticos rusos. Otros, simplemente personas atrapadas por un sistema en el que bastaba una acusación, una sospecha o encontrarse en el lugar equivocado para terminar tras las alambradas.

El cautiverio había creado entre ellos una forma de hermandad difícil de explicar a quienes no la habían vivido.

Primero brindaron por sus respectivos cumpleaños. Uno por uno cantaron el *Happy Birthday*, entre bromas y risas, mientras levantaban las copas rebosantes de un buen vino adquirido especialmente para la ocasión.

Después comenzaron los brindis por los recuerdos.

—Yo brindo por Iván, a quien le decíamos en ruso *тонкий*, *Tonkiy*, "el flacucho" —dijo Flavio—. Realmente se llamaba Iván Melnikov. Era tan alto y delgado que parecía que en cualquier momento iba a partirse por la mitad.

Leandro comenzó a sonreír.

—Nos divertía con sus ocurrencias y, sobre todo, con sus fétidos olores —continuó Flavio—. ¿Recordáis cuando apagaban la luz de la barraca y daban la orden de dormir? El muy cabrón esperaba unos minutos y soltaba una de aquellas flatulencias que podían matar a cualquiera. El olor duraba una eternidad. ¡Qué cochino era Iván Melnikov… pero cómo nos hacía reír en medio de aquella desgracia!

Los tres rieron.

—Ahora yo brindo por uno de los panaderos de la prisión —dijo Leandro—. Su nombre ya no lo recuerdo, pero le decíamos "Panettone". ¿Os acordáis? Aquel gordo napolitano, queridísimo por

todos, que siempre conseguía guardarnos alguna cosa a escondidas.

Benjamín asintió.

—Claro que me acuerdo.

Flavio levantó nuevamente la copa.

—¿Y sabéis qué? No podemos olvidarnos de "Care-caucho" Kowalski, aquel guardia de origen polaco. La mejor persona de toda la prisión.

—Cierto —dijo Benjamín—. En polaco le decían *Gumowa twarz*. "Cara de caucho". Hacía unos gestos imposibles de imitar. Parecía no tener huesos en la cara.

Sonrió al recordarlo.

—Una vez Kowalski me consiguió papel y un tizón para escribir una carta a una muchacha que había conocido allí. Se llamaba Ivanka Rabinovich. Era una de las médicas que atendían a los prisioneros. Nunca supe si aquella carta llegó a sus manos, pero al menos pude escribirla.

—¿Y estaba buena la doctora? —preguntó Flavio.

Benjamín lo miró.

—Éramos prisioneros, Flavio. Cualquier mujer nos parecía una aparición de la Virgen.

Flavio soltó una carcajada.

—Eso sí que es verdad.

Benjamín sonrió.

—La conocí cuando me fracturé el tobillo en la cantera norte. Estuvo pendiente de mí hasta que

me recuperé. Durante muchas noches soñé con ella. Aquello hacía un poco más llevaderos los días detrás de las alambradas.

Leandro levantó su copa.

—Otro por el que debemos brindar es Joaquín Muller, el capellán. Alguna vez me contó que era hijo de padre alemán y madre rusa. Era cristiano ortodoxo. Me ayudó con algunos de los trámites que finalmente hicieron posible mi regreso a España. Nunca lo olvidé.

—A mí también me ayudó —dijo Benjamín.

—Y a mí —añadió Flavio—. Ese curita era un verdadero cristiano. Sin tanto rezo ni tanta parafernalia, pero, como decían los cubanos, a la hora de los mameyes siempre daba la cara por uno.

Bebió un sorbo antes de continuar.

—¿Y os acordáis de Nicolai Pavlenski? El "Calamity".

Leandro rio.

—Imposible olvidarlo.

—Torpe hasta los tuétanos. Se tropezaba con todo, rompía hasta lo irrompible y, cuando agarraba una escoba, era mejor apartarse porque terminaba golpeando a cualquiera que estuviera cerca. Nunca dijo exactamente de dónde era. Solo sabíamos que venía de algún lugar del este de Rusia.

Flavio movió la cabeza, divertido.

—Era casi un deporte apostar cuándo sería su próxima caída. Pero parecía de caucho. Nunca le pasaba nada.

Rieron otra vez.

Después, poco a poco, las risas fueron apagándose.

Flavio permaneció unos segundos mirando su copa.

—¿Sabéis una cosa? Pasa el tiempo. Llegan otras historias, otras personas, otros problemas… Uno cree que va a olvidar.

Hizo una pausa.

—Pero no olvida. Algunas cosas se quedan ahí para siempre.

Nadie respondió.

Todavía faltaban algunos nombres.

Leandro levantó nuevamente su copa.

—Yo brindo por Chelá.

Benjamín dejó de sonreír.

—El viejo sabio —continuó Leandro—. Sí… era un gran maestro. Nos enseñó a pensar en cosas grandes cuando alrededor nuestro todo era miseria.

Benjamín apartó la mirada.

De pronto regresó a aquel baño de la prisión.

A la madrugada.

A Chelá tirado en el suelo mientras Chernyshev lo golpeaba sin piedad.

Él había estado allí.

Escondido detrás de unas canecas.

Había visto todo.

Y nunca había dicho nada.

Miró por la ventana.

Otra voz lo devolvió al presente.

—Y yo brindo por el alma de "Cartucho Espinoza" —dijo Leandro—. Le decían "el españolete". Era el más servicial de todos. Siempre dispuesto a ayudar.

Leandro bebió un poco antes de continuar.

—Recuerdo que intentó levantar a un prisionero que había caído exhausto en la nieve. Chernyshev le dio un culatazo en la nuca. Cartucho cayó y no volvió a levantarse.

Flavio apretó los labios.

—El mismo hijo de puta de Chelá.

—Sí —respondió Leandro—. Siempre se dijo que había sido él quien le dio aquella golpiza en el baño. Al día siguiente Chelá murió.

Se hizo un breve silencio.

Flavio dejó la copa sobre la mesa.

—Pero también debéis recordar lo que ocurrió unos días después.

Benjamín permaneció inmóvil.

—Chernyshev apareció muerto en una de las letrinas —continuó Flavio—. Degollado. Y con unas heridas que prefiero no recordar mientras estamos comiendo.

Leandro negó lentamente con la cabeza.

—Nunca se supo quién lo hizo.

—Nunca —dijo Flavio—. Y en represalia ejecutaron a quince internos.

El silencio volvió a instalarse entre ellos.

—Nadie habló —añadió—. Todo quedó así.

Flavio bebió otro sorbo de vino.

—Algunos sospechábamos de aquel tipo tan callado… Juan Salgado. El que decía haber vivido en Colombia. Había contado alguna vez historias de ejecuciones parecidas. Pero después de tantos años, quién coño sabe.

Benjamín bajó la mirada.

Ninguno de los otros dos reparó en él.

Durante todos aquellos años había guardado el secreto.

Había visto morir a Chelá.

Había visto después el cuerpo de Chernyshev.

Y sabía mucho más de aquella muerte de lo que sus amigos imaginaban.

Pero lo peor no era eso.

Lo peor eran los otros quince.

Los hombres ejecutados como represalia.

Quince nombres que el tiempo había ido borrando de la memoria de los demás, pero que para Benjamín nunca habían desaparecido del todo.

Tomó la copa.

La sostuvo unos segundos entre las manos.

Y no dijo nada.

— O —

# Epílogo
## La memoria de lo que no se dijo

Habían pasado los años. Casi una vida entera.

Benjamín, Flavio y Leandro seguían reuniéndose de vez en cuando. Hablaban del pasado, de los compañeros que habían quedado atrás y de aquellos años que ninguno de los tres había conseguido olvidar por completo.

Eran recuerdos desdibujados por el tiempo: inviernos interminables, barracas decrépitas, alimentos escasos, cuerpos debilitados por el hambre y las extenuantes marchas hacia los lugares de trabajo.

Recordaban las filas de prisioneros avanzando sobre la nieve.

Y a quienes, vencidos por el cansancio, quedaban tendidos al borde del camino.

También recordaban las enfermedades, las noches sin dormir, el hambre y aquellos pequeños objetos que dentro del campo adquirían un valor desproporcionado. Un trozo de pan. Un cigarrillo. Un cordón de zapato.

Y, de vez en cuando, algún amor imposible conservado durante años en una fotografía descolorida.

Ahora eran tres ancianos.

El cabello escaso, las arrugas profundas y una vida entera a sus espaldas.

Después de tantas luchas, quizá había llegado, al fin, un tiempo de paz.

31 de mayo de 2015

Astaná, República de Kazajistán

Las cruces conmemorativas se levantaban sobre la inmensidad de la planicie kazaja.

Aquella mañana se celebraba una ceremonia en memoria de los españoles que habían pasado por los campos soviéticos de aquella región y de quienes nunca regresaron.

Habían transcurrido más de sesenta años desde la liberación.

Entre los asistentes se encontraban algunos ancianos sobrevivientes. Los acompañaban hijos, nietos y familiares de quienes ya habían muerto, además de representantes de España y de Kazajistán.

Las historias que habían conducido a aquellos españoles hasta allí eran muy diferentes.

Había antiguos miembros de la División Azul. Republicanos. Personas acusadas de espionaje. Españoles que habían llegado a la Unión Soviética por circunstancias muy distintas y que, en algún momento de sus vidas, habían terminado atrapados por el sistema de campos.

Entre aquellas historias estaban también las de algunos de los niños españoles que habían llegado a la Unión Soviética durante la Guerra Civil.

En un extremo de la explanada se encontraban Benjamín Azcárraga, Flavio Ayerbe y Leandro Acuña.

Los tres habían superado los ochenta años.

Escucharon en silencio los nombres de quienes habían muerto.

Algunos les resultaban conocidos.

Otros no.

Pero todos parecían pertenecer, de alguna manera, a aquella misma memoria.

Entonces sonó *El Toque del Silencio*.

Una trompeta solitaria atravesó la explanada.

Algunos de los presentes bajaron la cabeza.

Otros no pudieron contener las lágrimas.

Benjamín permaneció inmóvil.

Flavio miraba hacia el suelo.

Leandro cerró los ojos.

Cuando terminó la ceremonia, los tres permanecieron todavía unos minutos junto al monumento.

Fue entonces cuando alcanzaron a divisar a una anciana que se alejaba lentamente, acompañada por otra persona.

Benjamín la reconoció.

—Svetlana…

Flavio levantó la mirada.

Era Svetlana Stepanova.

La esposa de Chelá.

Ninguno de los tres dijo nada.

La observaron alejarse lentamente hasta confundirse con las demás personas que abandonaban el lugar.

Al caer la tarde, los tres amigos se reunieron en el bar del hotel y pidieron una botella de vino.

Durante un rato hablaron de cualquier cosa.

Quizá porque ya habían recordado demasiado.

En algún momento, Leandro volvió a mencionar la melodía que habían escuchado durante la ceremonia.

—¿Sabéis? *El Toque del Silencio* nació como una melodía instrumental. Con los años aparecieron distintas letras.

Flavio lo miró.

—No me jodas, Leandro. Hasta hoy vienes a darnos clase.

Leandro sonrió.

—Solo iba a deciros que hay unas palabras de una de esas versiones que siempre me han gustado.

—Pues dilo de una vez.

Leandro levantó ligeramente la copa.

—*Dios está cerca. No temas.*

Flavio no hizo ninguna broma.

Benjamín tampoco dijo nada.

Los tres levantaron sus copas.

Brindaron por los compañeros que ya no estaban.

Afuera, el atardecer se extendía sobre la planicie kazaja.

Durante un largo rato permanecieron en silencio. Leandro miró hacia el horizonte.

—Dios está cerca… no temas —repitió en voz baja.

Benjamín continuó mirando a través de la ventana. Nunca se lo había contado a nadie. Y ya no lo haría.

Pensó en Chernyshev. En aquella madrugada. En los quince hombres ejecutados después.

Luego recordó a Chelá.

Una lágrima descendió lentamente por su mejilla.

Había cosas que uno podía recordar durante toda una vida.

Y otras que morirían con uno porque nunca habían sido dichas.

FIN